

J. V. GONZÁLEZ

LA TRADICIÓN NACIONAL

LA TRADICIÓN NACIONAL

3220

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA TRADICIÓN NACIONAL

NUEVA EDICIÓN

CON UNA CARTA DEL GENERAL MITRE

TOMO I

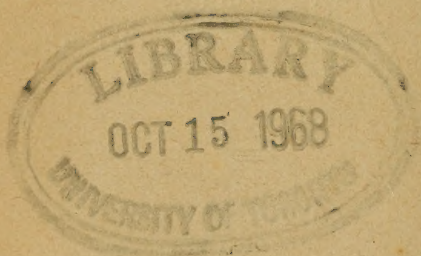
BUENOS AIRES

LIBRERÍA "LA FACULTAD", DE JUAN ROLDÁN

418 - FLORIDA - 418

1912




LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

CARTA DEL GENERAL MITRE AL AUTOR

(INÉDITA)

Buenos Aires, mayo 28 de 1889.

Señor doctor Joaquín V. González.

Distinguido compatriota:

LA TRADICIÓN NACIONAL *era un libro que faltaba en mi Biblioteca americana, y lo había ya pedido á su editor, el señor Lajouane, cuando tuve la satisfacción de recibir el precioso ejemplar de él, con su amable dedicatoria autógrafa, juntamente con su estimable de 25 del corriente que le da mayor valor.*

Había leído algunos capítulos de su libro, llamando fuertemente mi atención su espíritu filosófico, la amplitud de sus vistas, su estilo galano sin exageración ni amaneramientos, y sobre todo, el sentimiento patriótico de que

está impregnado. La lectura atenta que de él he hecho, ha confirmado esta primera impresión y ha afirmado mi juicio respecto de su valor intrínseco, como producto literario y trabajo de pensamiento bajo las inspiraciones sanas de su patriotismo ilustrado. No me queda sino felicitarle por su obra y por los merecidos aplausos que ella le ha granjeado.

Debo, sin embargo, hacer una reserva, ya que usted me pide mi juicio al respecto, y lo haré con la franqueza y la simpatía que la obra me inspira, así como su autor, aun sin tener el gusto de conocerle personalmente.

La obra consta de tres partes bien diseñadas: 1.ª La introducción, que son los prolegómenos del asunto, ó sea el medio geográfico, histórico, etnográfico é intelectual, en que se desarrolla el drama de la tradición americana en sus enlaces con la tradición nacional.—2.ª Lo que constituye el núcleo ó sea el nudo del asunto, cuando se opera la revolución de la Independencia, que se describe política y socialmente—la evolución que involucraba la tradición. 3.ª Los corolarios y conclusiones que se deducen lógicamente del asunto tratado.

La introducción está bien concebida y bellamente expuesta en sus partes capitales, siendo tal vez susceptible de mayor desarrollo en la parte fundamental por lo que respecta á la teoría de la evolución de las razas y de la for-

mación de la sociabilidad, que es la base de toda tradición.

La segunda parte, de rasgos brillantes y vistas largas, es la más débil, considerada desde el punto de vista científico y filosófico. Puede decirse que casi toda ella gira alrededor de la idea de que los hispano-americanos somos los descendientes genuinos de los americanos de la época pre-colombiana.—Protesto contra esta idea.—Me llevaría muy lejos entrar á la crítica razonada de esa parte de su trabajo, y aun la creo inútil, porque pienso que reflexionando usted maduramente, se formaría una idea más racional de la tradición al respecto.

Respecto de esta parte sólo le aportaré una observación.

Al tiempo de estallar la revolución, la América española estaba poblada por cinco razas, que para los efectos de la tradición histórica pueden reducirse á tres: 1.ª La española, ó sea la raza conquistadora. 2.ª Los indios, ó sea la raza conquistada. 3.ª Los criollos, ó sea la raza hispano-americana, producto de la conquista y del consorcio de las dos razas anteriores. Agréguese la raza negra, ó sea la raza servil, y los mestizos, producto de todas las razas juntas, y se tendrá el cuadro antropológico de la América del Sud en 1810.

El antagonismo, la revolución estaba latente en el seno de estas razas. La raza indígena

hizo su explosión en 1780, levantándose contra los conquistadores, pero fué lógicamente vencida para siempre, porque no era dueña de las fuerzas vivas de la Sociedad, porque en vez de representar la causa de la América civilizada representaba la tradición anterior á la conquista, ó sea el cacicazgo y la barbarie. La raza criolla hizo su revolución en 1810 en nombre de otro principio y de otras aspiraciones, y conquistó por sí y para sí la Independencia y la libertad, imprimiéndole el carácter político, moral y social que entrañaba la nueva raza, que no se proponía ni continuar á los indios, ni restaurar el Imperio Americano (como usted parece insinuarlo), sino fundar esa civilización, continuación de la europea, sin sus privilegios y bajo el principio de la equidad humana. Los sudamericanos, ni física ni moralmente somos descendientes de los pampas, los araucanos, los quichúas, etc., como los norteamericanos no lo son de los iroqueses ni de los mohicanos, aun cuando allá como acá se operó el consorcio de la raza conquistada y conquistadora, simbolizados por Pocahontas.

Como lo digo en un libro histórico que publicaré bien pronto (la Historia de San Martín), cuando estalló en 1810, con sorpresa y admiración del mundo, la revolución de nuestra Independencia, se dijo que la América del Sud sería inglesa ó francesa; y después de su triunfo se presagió que sería indígena y bárbara.

Por la obra y la voluntad de los criollos que la hicieron, la dirigieron y la hicieron triunfar, dándole después su organización política, fué americana republicana y civilizada.—Este es el nudo de la tradición que el historiador y el filósofo debe desatar.

La última parte de su libro, bella en sí, no corresponde del todo á sus dos partes sustanciales, pero contiene en germen sus conclusiones generales, que son susceptibles de ser encerradas en líneas más precisas.

Prescindiendo de estos detalles y condensando mi juicio respecto de su libro, le diré que es el primer trabajo que en su género se haya hecho entre nosotros, con sinceridad, con amor y con ilustración y que contiene el germen de otros libros más completos que promete la mente de su autor, nutrido por estudios serios, en que la reflexión y el sentimiento se equilibrase.

Estimo como debo los benévolos conceptos con que usted se sirve favorecerme, y los retribuyo por mi parte cordialmente, siéndome agradable con este motivo suscribirme de usted su afectísimo compatriota y S. S.,

BARTOLOMÉ MITRE.

LIBRO PRIMERO

I. La tierra y el hombre.—II. Evolución, tradición.—III. Importancia del pasado.—IV. Poesía y religiones.—V. La naturaleza americana.—VI. Dos cuadros.—VII. Literatura nacional. —VIII. La llanura, la poesía, los sepulcros.—IX. La montaña, mitologías, epopeyas. La *Araucana*. Reconstrucción del pasado.—X. Cultura araucana.—XI. Cultura quichúa. —XII. *Ollantay*.

I

No recuerdo dónde he leído—creo que en las inmortales páginas de Montesquieu sobre las leyes, — que en los pueblos que habitan las inmensas llanuras abrasadas por el sol, nacen aquellos grandes caracteres, mezcla de abismos profundos y de horizontes abiertos, donde las pasiones más tenebrosas fermentan, y pugnan por estallar las más colosales ambiciones, donde la libertad es un anhelo innato pero voraz, y la dominación una tendencia perfectamente paralela, aunque paradójica, con la libertad.

Todos los caracteres, todas las tendencias, todas las pasiones, tienen en la variada naturaleza de nuestro país un teatro aparente: desde las montañas inaccesibles coronadas de nie-

ve y de sol, de cuva cima la vista revela al espíritu ámbitos infinitos, hasta la llanura dilatada y seca, despojada de verdura, donde la vista no revela vastos horizontes, pero el espíritu descubre dentro de sí mismo anhelos inagotables, tanto más profundos cuanto más extensa es la planicie que el ojo no puede abarcar; desde las márgenes sonrientes de los grandes ríos, morada de la poesía nativa, donde á no dudarlo se oculta la musa nacional velada por las brumas matinales, hasta las selvas del trópico que desafían las facultades creadoras del hombre en busca del arma, del elemento, de la fuerza con que ha de combatir la avasalladora expansión de sus raíces seculares.

Cada una de estas regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio, — la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos; — cada una tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su religión natural y su concepción peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada familia, de cada tribu, de cada raza, están destinadas á producir las grandes evoluciones que la historia recoge después, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza en una corriente común.

Pero ni la historia ni su filosofía ponen de relieve las palpitaciones internas del corazón de los pueblos, ni recogen las armonías que flotan en la atmósfera, ni las invisibles pero grandiosas escenas que teniendo por teatro un valle estrecho, una montaña escarpada y sombría, conmueven, sin embargo, en su cimiento la vida de una agrupación, y que sólo se perpetúan por la tradición oral, hasta que los rap-

sodistas, — esos Homeros de todos los tiempos, — las convierten en poemas; y esos poemas tradicionales son las notas escapadas del conjunto al historiador, que sólo percibe las grandes armonías, el tema general.

La poesía es la armonía de la historia, y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan á esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma; pero ese pueblo no ha existido nunca, ni existirá en el futuro.

II

Las grandes conmociones sociales, las grandes revoluciones que renuevan la savia y el espíritu de una época, comienzan su elaboración en el sentimiento, que se convierte en idea y en acción; por eso los largos períodos de quietud, si bien son una atmósfera propicia para las artes, envuelven el peligro de una decadencia moral: si un pueblo no es revolucionario, por lo menos debe ser constantemente evolucionista. La evolución es la revolución de los espíritus: es la fórmula del progreso humano.

La tradición popular, trasmitida de unas generaciones á otras, revela la existencia de un culto por la memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma; revela que hay una preocupación permanente por mantener la unidad del drama social, sin la

que el espíritu colectivo se expondría á perder su punto de apoyo.

Si se me dice que hay en la historia de una sociedad un período del que no han quedado tradiciones ni recuerdos, deduzco que ese período fué teatro de cataclismos sangrientos que sepultaron en sus ruinas actores y espectadores; que allí no hubo pueblo ni espíritu público; que en él no alentaba un alma ni germinaba un pensamiento; que un inmenso y profundo abismo interrumpió la marcha del perfeccionamiento social.

Y, sin embargo, tal es el apego del hombre por su pasado, que cuando esos intermedios de sombra se presentan en su historia, se esfuerza por llenarlos de creaciones más ó menos fantásticas, más ó menos oscuras como el alma de esas épocas; y de allí esas teogonías vacías de fundamento aparente con que reemplazan la acción humana; de allí esas abdicaciones inexplicables de las que resultan largos siglos de retardo en la ascensión del espíritu.

La poesía, la tradición, como elementos primos de la historia, y como sus mejores y más bellos atavíos, son, pues, esenciales á las agrupaciones humanas; y si quisiéramos reconstituir una nacionalidad sumergida en esas tempestades que derriban toda la labor de los siglos, podríamos, estudiando su poesía y sus tradiciones, que han quedado flotando sobre las ruinas como el polvo que levantan los terremotos, elevarnos á la concepción del alma que tales acentos produjo, de la organización social que tales actos ejecutó y que la tradición perpetúa. ¡Y cuánta vida, cuánto color, cuánta armonía prestan á la historia—de suyo tan severa,—los apasionados relatos trasmitidos por

la pasión de un pueblo á su posteridad! ¡ Con cuánto brillo se destacan en el tiempo esos seres sublimizados por el amor, divinizados por la religión, exaltados por la fantasía, cuando han condensado en su pensamiento, en su corazón y en sus sacrificios por la libertad, todas las ideas, todos los sentimientos y todos los magnánimos heroísmos de su generación!

La historia descarnada y fría, desnuda de los atavíos con que la adorna el sentimiento humano, se parece á aquellos maestros rígidos y patibularios que instruían el entendimiento secando el corazón, ó á esas llanuras abrasadas por el sol, donde ni un sola corriente de agua hace brotar las yerbas y las flores que refrescan y perfuman el ambiente.

III

Yo he recorrido algunos rincones ignorados de nuestro suelo; he penetrado en las gargantas de las montañas donde las razas extinguidas levantaron sus fortalezas; he visto algunas de esas construcciones graníticas que aún el tiempo y la civilización no han destruído; he seguido las huellas de la conquista religiosa y de la conquista militar; y—lo confieso,—me he sentido conmovido ante el genio perpetuado en piedra, ante el valor indómito revelado por la tradición y la arquitectura, ante la pasión íntima de una raza destruída que, como los luminosos pueblos de la India primitiva,

tuvo sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores.

Penetrar con la investigación en los misterios de los tiempos prehistóricos; escuchar, siquiera sea á tan enorme distancia, los cantos, los gritos y las palpitaciones de una sociedad que ha desaparecido; remover el polvo que cubre sus cenizas, y con ellas, todas las revelaciones de su vida desbordante de savia, es entrar en un templo solitario, donde bajo la majestad de las bóvedas sombrías, se percibe el rumor inmenso del órgano semejante á la música de las olas que se escucha á lo lejos... Hay siempre algo sagrado en el misterio de esas vidas que han cesado de latir. Hacer resucitar las razas del fondo de sus sepulcros, es dar al mundo una revelación. La exhumación de los poemas indios, de los jeroglíficos egipcios, de los ladrillos babilónicos, fué en el siglo XVIII una revolución literaria y científica. ¡Cuántos tesoros duermen en el fondo de nuestras montañas, de nuestros desiertos que, desenterrados, serían quizá la gran revelación de nuestra literatura indígena!

Todos los pueblos tienen su biblia, ha dicho Michelet, y cada generación escribe en ella un versículo; y las biblias son al espíritu y á la cultura, lo que las grandes mareas á los continentes y á las altas montañas. ¿Cómo se escriben esos sublimes versos que condensan el pensamiento ó el latido de una época histórica? Los pueblos cantan, sufren, esculpen, edifican, y cada poema, cada drama social, cada estatua, cada monumento, son el reflejo de su pensamiento en la literatura, en la ciencia y en el arte.

Y no se diga que es tarea estéril en tiempos

en que el espíritu se encauza por corrientes positivistas. internarse en especulaciones de este género; porque el criterio positivo no significa mercantilismo, sino la investigación de los fenómenos sociales en su fuente—la naturaleza,—y la averiguación de las leyes que los produjeron. Y ¿de qué otra manera llegaremos á la fórmula natural de nuestras relaciones políticas, si no es conociendo las raíces primitivas de nuestra sociabilidad y de nuestro gobierno?

La causa de los más grandes desastres que llenan de tragedias sangrientas la marcha de la humanidad, no es otra—la historia lo prueba,—que el no haber adoptado los hombres reunidos en naciones la fórmula natural de su gobierno, esto es, aquella forma que fluye de la esencia de las cosas como el fruto nace del árbol.

La evolución social se verifica en virtud de fuerzas latentes que obran de lo interior á lo exterior, equilibradas por influencias externas, como el equilibrio entre la vida animal y la atmósfera. La marcha humana sigue la resultante de esas presiones opuestas. Descubrir esas leyes latentes y convertirlas en fórmulas, es la obra del jurisconsulto que busca organizar el gobierno humano sobre bases de granito.

La poesía como manifestación primitiva del espíritu, y la tradición como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va á beber los elementos de la obra reveladora; y la poesía y la tradición, teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, no mueren sino que toman nuevas formas siguiendo la elevación del nivel social, y las transformaciones progresivas que los

tiempos y los sucesos obran en la esencia de las razas.

IV

Volvamos á nosotros. El origen del hombre americano se discute y se investiga con la ciencia y con la historia. La luz plena no está hecha aún; pero esto no me preocupa, porque le tomo desde los tiempos en que su existencia se revela con caracteres positivos.

¿Conocemos algo de aquella vida primitiva, de los sacudimientos sociales que fueron causa de la inmensa extensión que alcanzó el imperio Inca?

¿Sabemos algo de la historia íntima de los numerosos pueblos que vivieron de ambos lados de los Andes, y en las dilatadas soledades del sud del continente? ¿Tenemos alguna revelación sobre la existencia de las sociedades que nacieron y vivieron á la margen de los grandes ríos tributarios del Atlántico, y debajo de las selvas que ellos fecundizan desde el trópico hasta el Río de la Plata?

Indudablemente la historia de esas épocas es pobre; largas intermitencias separan unos de otros los períodos conocidos; un trabajo prolijo de deducción retrospectiva nos llevaría quizá á reconstruir lo que los siglos han cubierto de sombra. Pero lo que no muere, lo que flota sobre las tinieblas y sobre los abismos, la poesía y la tradición, respiran aún sobre las grandiosas montañas y las solemnes y dilatadas llanuras, porque el pensamiento nunca se

aparta del todo del suelo donde germinó; y allí, sobre las rocas gigantescas, bajo las capas de nieves eternas, por cima de las cumbres habitadas por el cóndor, en la llanura desolada, á la margen de los ríos, y dentro el espeso follaje de las selvas seculares, existen construcciones graníticas, tumbas petrificadas, leyendas míticas, canciones salvajes, idilios ternísimos, que atestiguan el paso de una raza gigantesca, heroica y apasionada.

El carácter de la tradición indígena es el de todo pueblo primitivo: lo fantástico, lo incorpóreo, lo sobrenatural, basado, sin embargo, sobre los rasgos externos de la naturaleza, sobre los fenómenos sorprendentes é inexplicados que ella presenta á la imaginación de un pueblo niño, dispuesto siempre á suplir con la divinidad lo que falta á su criterio embrionario. Y ¿qué cosa más atrayente y sublime que esas creaciones populares que no son sino los poemas de una raza? ¿Y qué cosa más bella que esas tradiciones que han inmortalizado las montañas de Escocia é Irlanda, de Bretaña, de Dinamarca y Escandinavia, de Alemania y Suiza, de España é Italia con los bardos, los trovadores, los *minesingers*, y que han elevado á la más alta forma artística los Walter Scott, los Tennyson, los Andersen, los Hoffmann, los Wagner, los Zorrilla, etc.?

Y no nos internemos en la riquísima y nativa poesía popular de los países de Oriente, porque la India nos deslumbraría con sus epopeyas y teogonías, la Persia con sus fantasías inagotables, y la Arabia con sus sueños y relatos, que tienen todo el calor de sus desiertos y todo el perfume de sus cedros; no penetremos en ese sagrado hacinamiento de ruinas que co-

rona aún las montañas de la Grecia, ni en sus bosques misteriosos poblados en otros tiempos de la alada pléyade de dioses y semidioses, mitos y genios, encarnaciones de la imaginación más fecunda que conocieron los siglos; no penetremos allí, porque los recuerdos nos harían derramar lágrimas, los sátiros, las ondinas nos envolverían en sus redes de música y amor, y porque Homero, Píndaro, Safo, sus historiadores y sus trágicos, sus oradores y sus atletas nos detendrían en sus dinteles silenciosos...! Hoy la Grecia es un sepulcro que la humanidad riega cada siglo con sus lágrimas, porque encierra las cenizas de la belleza y del amor del mundo, y sus sueños más sublimes petrificados en el mármol en el momento del delirio. Dejémosla allí como la ha pintado el poeta:

L'harmonieuse Hellas, vierge aux tresses dorées
A qui l'amour d'un monde a dressé des autels,
Gît, muette à jamais, au bord des mers sacrées,
Sur les membres divins de ses blancs immortels.

He ahí, pues, las fuentes siempre vírgenes de la tradición y de la historia. Una línea curva perfilada en la piedra evoca un pensamiento ó revela la idea de un artífice; por eso el hombre en presencia de la naturaleza ha forjado sus dioses; y tal es el poder de ese pensamiento y de esa idea que, con la observación y la emoción que despiertan las formas, han llegado á convertirse en dominio y en fuerza sociales.

Nunca se logrará separar del todo la idea religiosa de las formas y de los fenómenos siempre nuevos que la naturaleza exhibe al es-

píritu y á la observación. La poesía ha nacido con el hombre, y ella, como única facultad creadora de la belleza artística, ha forjado los dioses y las religiones, pervertidos y materializados después por la especulación. Las religiones han dejado de ser una forma de la belleza ideal, cuando la poesía fué derribada del eterno pedestal de la naturaleza. Ella las crea y las sostiene; el arte es la savia que las alimenta y las salva de los cataclismos de la historia. El *Genio del cristianismo* ha hecho más por la salvación de la religión católica del naufragio del 93, que todos los libros, que todas las fulminaciones y que todas las polémicas de sus teólogos, de su Iglesia y de sus filósofos.

V

Nada hay más grandioso sobre el planeta que los espectáculos que la naturaleza americana ofrece á los sentidos y á la imaginación; nada más sublime que esas montañas gigantescas que desde Magallanes hasta el istmo de Panamá, se extienden como un esfuerzo de la tierra por llegar al firmamento, con su línea de cumbres veladas por las nieblas portadoras del misterio, y cubiertas eternamente por la nieve donde la luz se quiebra en rayos multicolores; con sus nidos de cóndores colgados en las ramas de árboles inaccesibles, ó construídos en la roca hendida por los sacudimientos internos· con sus fuegos que en las tinieblas de la noche resplandecen á la distancia como

auroras boreales, ó cometas cuyo núcleo se escondiera en el seno del granito; con sus conmociones profundas que infunden terror secreto á hombres y animales, y que de tiempo en tiempo sumergen en el polvo las ciudades levantadas por la labor de los siglos; con sus quebradas y grutas misteriosas que la fantasía puebla de genios y de ninfas, de buenos y de malos espíritus, de dioses tutelares y de leyendas míticas; con sus rebaños de ciervos y vicuñas que, como las gacelas de los Alpes, parecen llevar en su instinto delicado toda la poesía de los paisajes que habitan; con sus huracanes desencadenados que sacuden sus cimientos seculares y hacen rodar al abismo, como enormes pedazos de la montaña misma, los colosales témpanos de la nieve acumulada en las cumbres; y por último, nada que levante en el corazón y en el cerebro supersticiones, sentimientos é ideas más profundas y solemnes que las contemplaciones de esas tormentas del espacio, donde el trueno multiplicado en voces y en intensidad por cada cumbre y por cada abismo parece ser la expresión de la cólera del infinito.

Ni los sacudimientos del Ida ante el enojo de Jove, ni las tempestades del Sinaí ante la revelación de la ley de Dios, ni los estremecimientos del Cáucaso ante los esfuerzos del sublime encadenado, ni las conmociones que agitan el legendario Himalaya, morada de dioses y génesis de razas luminosas, pueden compararse á los mil fenómenos y cuadros con que los Andes sorprenden y extasían, aterrorizan y entusiasman, sacuden y avasallan al que los contempla de cerca; ni pueden las imágenes de Homero que se petrifican en mármol, ni las

candentes revelaciones de Moisés que se convierten en códigos, ni los versos calcinados de Esquilo que descubren un ideal humano, ni los exuberantes poemas de Valmiki que enseñan un nuevo paraíso terrestre, contener más sublimidad, más misterio, más filosofía, ni más amor virgen y puro que las epopeyas, las biblias, las tragedias y los idilios que cantaron y sintieron las razas primitivas que habitaron las laderas de los Andes.

VI

Permítaseme la evocación de un recuerdo personal, porque los recuerdos son el alma de estas páginas. Yo he presenciado una escena que ha quedado estereotipada en mi cerebro, y que como un manantial inagotable, alimenta mi imaginación y mantiene siempre viva esa facultad engendradora de toda poesía—la admiración de la naturaleza.

Había atravesado la desolada llanura que ha inmortalizado á Facundo, y que dió vida á muchos otros tigres humanos; ascendí á la montaña que anuncia á la cordillera madre, y que se levanta al occidente de la triste Rioja para consolarla de las amenazas del desierto. Al lento paso de una mula que os enseña á dominar el vértigo de los grandes abismos, las sorpresas de paisajes tan variados como súbitos sostenían mis fuerzas y preparaban mi espíritu para la magna impresión de las cumbres.

No veía el sol que ya descendía; caminaba

envuelto en esa media luz de las tardes, fecunda en emociones y en ideas: la sombra preparaba mi retina para la visión plena que me esperaba en lo alto. De súbito mi vista se ofusca, mi corazón se agita desordenado, mi cerebro se alucina, mi respiración se suspende, y mis pulmones, dando repentina salida á un volcán de aire comprimido, se desahogan en un grito supremo que condensaba la admiración de todas mis facultades: á lo lejos, sobre el nivel que yo ocupaba, vi como una explosión de luz blanca é irisada, las cumbres del Famatina, vestidas de nieve secular; y el sol suspendido sobre ellas como una diadema gigantesca, parecía detenerse un instante para ser admirado en la plenitud de su poder. Desde allí enviaba en haces de luz refractada por el cristal de la cima su despedida solemne á los valles inclinados que cuelgan del coloso como los velos de un templo, dibujados de flores é imitando el firmamento azul, porque la distancia y las emanaciones de la tarde presentan los paisajes medio velados por una niebla azulada. Se diría que es el incienso sagrado que la admiración de la naturaleza quemaba en las aras de aquel portentoso santuario de la poesía, y que el sol es el dios que se encierra en su inmenso cáliz de nieve.

Quedé rendido por la fatiga del espíritu. Nunca había contemplado ese cuadro, aunque mi niñez transcurrió en esos valles y en presencia de ese mismo monumento de los siglos; pero una larga ausencia de mi suelo nativo me había transformado, y mi corazón hambriento de emociones, no pudo resistir sin desfallecimiento á la súbita aparición de aquel valle y de aquella montaña, á cuyo pie transcurrieron

los más bellos días de mi vida, y en donde las más sangrientas tragedias forjadas por el odio de los hombres, habían enlutado los hogares y repleto de cadáveres sus rústicos y humildes cementerios.

El cielo estaba limpio, y su azul comenzaba á iluminarse con las claridades precursoras de la luna. Mi cerebro no descansaba, porque al deslumbrante fenómeno del día expirante, comenzaban á suceder las apacibles y silenciosas escenas de la noche siempre bella, siempre amiga, siempre llena de misterios y de encantos. Comenzaron á hablarme en su lenguaje armonioso todos los gritos, los cantos, los rumores, los aleteos y los lamentos de cuantos seres viven del aliento de la sombra. Mi memoria volaba por el pasado evocando un recuerdo en cada accidente del valle, que divisaba desde lo alto de la cumbre, merced á la luna que desgarraba las tinieblas; y así, lentamente, los pensamientos se convirtieron en sueños cuando mis ojos se cerraron al peso de la fatiga del cuerpo y del alma.

Pero me esperaba aquella noche otra sorpresa y otro sacudimiento tan profundos como los del día. Me despertó de mi sueño un estampido sordo é intermitente que parecía venir del fondo de las montañas, que temblaban como si fueran á desquiciarse; abrí los ojos y vi á la luna siempre radiante en el zenit, la cumbre nevada del Famatina brillar á lo lejos como un astro inmóvil, pero había una especie de polvo luminoso interpuesto entre mi vista y el firmamento; corrí á la cima de una roca que dominaba el horizonte, y desde donde la pendiente era casi perpendicular; desde allí, petrificado por el espanto, la admiración y el estupor, fuí

testigo del drama más grandioso de la naturaleza que es dado contemplar á los hombres.

A mis pies, en las profundas cavidades que los cerros dejan entre sí, una tormenta desencadenada hervía en el seno de los abismos; las nubes apiñadas en estrechos recintos, encendidas por los relámpagos con intermitencias febriles, parecían una olla inmensa de metal candente que ardiera con explosiones infernales. En el cielo la luna, las estrellas y las cimas nevadas os ofrecen un tesoro de fantasías y de sueños tranquilos, y en el fondo de las montañas reina el horror de los elementos enfurecidos. El contraste os agobia, porque todas vuestras facultades luchan como lucha el viento con el granito. Al día siguiente á la salida del sol, volví instintivamente á mirar aquel abismo. El cuadro era distinto, pero igualmente hermoso: una extensa bóveda de nubes blancas se dilataba sobre los cerros menores y sobre los valles, como un océano congelado en el momento de la marea.

VII

La naturaleza no ha cambiado; y si hoy los hombres de este siglo nos forjamos las más raras fantasías; si nos sentimos aterrorizados ó subyugados ante la majestad de los cielos, de las montañas y de los valles; si nos llena de supersticiones extrañas el misterioso rumor que sube de los llanos á la cumbre como un himno de los desiertos á las alturas, imagine-

mos cuánta admiración, cuántas ideas, cuántas revelaciones despertaron en el alma de aquellas razas primitivas entregadas sin defensa á la acción salvaje y avasalladora en la tierra! ¡Cuánto tesoro ignorado por nuestros poetas condenados á cantar las montañas legendarias de la patria—teatros grandiosos de nuestras epopeyas,—sólo por lo que refieren los viajeros que, más felices que ellos, tuvieron la suerte de contemplarlas y de sentir las profundas emociones que levantan sus cuadros y sus fenómenos!

¡Qué matices tan nuevos y brillantes adornarían la musa nacional, si en vez de consagrarse á celebrar las glorias de ajenas civilizaciones ó de culturas exóticas, volviera sus ojos hacia las selvas aun vírgenes y las llanuras desoladas donde reina ese silencio majestuoso de la inmensidad, ó hacia las montañas agrestes donde en cada valle, donde en cada lago oculto, donde en cada cumbre descubriría los poemas más divinos del amor, de la tristeza, del heroísmo nativo, de la vida pastoral, y los más tiernos idilios con que Teócrito inmortalizó su patria, y que son la poesía de todos los climas donde respira la juventud del género humano!

Y allí están inmóviles sobre sus cimientos de granito, como páginas esculpidas de la remota historia, las ruinas y los despojos de la lucha que el hombre primitivo sostuvo con la montaña y sus fatales estremecimientos; allí están todavía, sin que les falte una piedra, los campamentos en que se atrincheraron las tribus denodadas en sus combates por el predominio de la fuerza, del derecho y de la sangre; allí las fortalezas donde reunidos ante el peli-

gro común, se sacrificaron á millares por los huesos de sus padres, por la honra de sus héroes, por la divinidad de sus creencias y por la gloria de sus tradiciones.

Pero no; lejos de ir á evocar sus manes sagrados, nuestra generación indiferente va ahondando su sepulcro; y cuando las evoluciones sucesivas y nuestras desgracias futuras nos arrojen en las pendientes de la decadencia de que ningún pueblo se ha salvado, no será ya tiempo de remover sus cenizas, ni de buscar en su pasado aquel vigor indígena que nos haría inconmovibles, y que nos identificaría con la naturaleza—única savia que no se agota, única fuerza que no logran vencer las más radicales transformaciones de los siglos.

La libertad no es obra del convenio de los hombres, ni de la bondad de los reyes, ni de los dones de los dioses que el hombre adora sin comprender; ella es hija de la naturaleza, y tiene sus raíces profundas en la tierra. Y ¿para qué querríamos literatura, arte y ciencias, sino para levantar el espíritu nacional á la inteligencia de su grandeza, para iluminar á las sociedades en su evolución histórica y para ser libres hasta la eternidad?

VIII

Si descendemos á la llanura que se extiende como un océano interior entre las regiones montañosas y las de los ríos tributarios del Atlántico, y en la cual también dejaron huellas in-

delebles los pueblos primitivos, la impresión es diferente; pero sus influencias sobre la cultura, sobre el carácter del hombre y sus sentimientos sigue su naturaleza grandiosamente triste, pero ilimitada y misteriosa. Las creaciones fantásticas son más propias de la montaña que de las llanuras; allí influyen las sordas y recónditas convulsiones, los diálogos aterradores entre las cumbres inaccesibles y las nubes cargadas de tormentas; allí siempre habla la divinidad al corazón del indígena; la lucha con la tierra reviste proporciones colosales, y la lucha con el hombre se subordina á los obstáculos ingentes de las escarpadas serranías.

Aquí la sociabilidad es más fácil y progresista; porque hay mayores dificultades para trasladar la vivienda, y porque las construcciones de piedra tienen algo de la eternidad de las montañas que las producen. El hogar está arraigado, el horizonte que se ofrece á la ambición es más limitado, y los elementos de la tradición nacen entonces de la vida íntima de los cuadros naturales ó de las secretas voces del espacio, multiplicadas al infinito por las repercusiones de la piedra, que les dan todo el sentido de esos seres incorpóreos, que siendo imaginación, ideas, supersticiones en su principio, se convierten luego en divinidades amigas ó adversas, según que influyan de una ú otra manera en el corazón y en el cerebro.

Pero la llanura donde la vegetación parece seguir las caprichosas veleidades de la naturaleza; donde el sol agosta en germen la savia que engendra la verdura y la vida; donde las selvas espesas abrigan con ventaja á la fiera siempre en acecho; donde el hombre se abru-

ma y se desespera ante la inmensurable extensión, y en que la falta de variedad y de matices da al espíritu y al carácter una monotonía melancólica y cierto fatalismo perezoso, no interrumpido sino cuando la falta de alimento obliga á la voluntad á correr en busca de la conservación: esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, á las creaciones de la imaginación, á la poesía nativa y á la tradición, toda la tristeza, la monotonía y la sombría majestad de sus misterios.

La epopeya de los pueblos que las habitan nace de los combates del hombre con la fiera ó con la selva ruda; la poesía es íntima y subjetiva, porque el pensamiento no tiene múltiples paisajes, ni fenómenos de difícil explicación donde emplear su poder deductivo, ó la riquísima fecundidad de creación que las comparaciones ofrecen al hombre de la montaña. Así, ese pensamiento solitario, aislado entre la tierra y el cielo, una vez que ha penetrado en el firmamento para forjar su dios, y en el seno de la tierra para arrancarle el alimento del cuerpo, se reconcentra en las cavidades de su propio ser, y allí sólo encuentra lo incomprensible, lo inescrutable.

Conozco algunas leyendas de la llanura argentina que la tradición oral ha hecho populares, algunos caracteres, no ya de aquellos tiempos precolombianos, sino de origen más reciente, pero que no por eso pierden el colorido local, que abisman la razón del hombre de estudio, y que recuerdan algunos de esos personajes que, como Macbeth, como Hamlet, como Lear, parecen llevar en la intimidad de su alma las más sombrías ambiciones y deseos, los más tenebrosos escepticismos, los más ho-

rribles desencantos... La soledad engendra los monstruos de la tierra, y sus héroes son los que la lucha de las pasiones entregadas á sí mismas engendra en sus paroxismos insondables.

Pero allí donde los ríos serpentean y hacen brotar los oasis; donde la semilla arrojada en el seno de la tierra se multiplica y alfombra la llanura; allí donde la vida pastoril y agrícola suaviza los instintos y adorna la vida con sus encantos apacibles y sus días serenos; allí donde las selvas se levantan espontáneas para convertirse en morada de las aves y de los hombres; allí aparece la poesía tierna y sentimental, los amores tranquilos, y la tradición reviste tòda la sublimidad de esos poemas, de esas églogas, de esos idilios que poblaron de armonías inimitables los bosques de la India, de la Arcadia, de Sicilia, y de Germania.

La poesía heroica desaparece después que nos ha referido los combates de los primeros antagonismos que preceden á la formación del hogar del hombre y á la posesión de la tierra. Sigue el período de la paz doméstica donde florecen los sentimientos delicados, y donde cada faena y cada labor son un asunto para un idilio de Teócrito, hasta que la ola expansiva de la cultura de otros pueblos que han pasado su época salvaje, hace oir su primer rugido en las puertas de las cabañas y á la entrada de las selvas seculares. Entonces renace la fibra épica; el valor que da la tierra donde se ha nacido estalla en tempestades que todo lo incendian. Pero es la epopeya de la muerte que no será cantada por los bardos primitivos, sino por los poetas de la civilización invasora. No es ya la tradición indígena, poética y sencilla,

la que va á cantar las hazañas de los héroes inmolados, sino la historia severa que juzga con el criterio del vencedor, y en cuyas páginas no se respiran los perfumes, ni se escuchan las músicas arrobadoras de las selvas donde vivieron y se inmolaron las razas extinguidas.

La América está sembrada de sus sepulcros desde Méjico hasta Magallanes y desde el Pacífico hasta el Atlántico; y en cada uno de ellos ha perecido una epopeya, sin que su grito de desesperación ó su despedida de la patria que defendieron como los tigres de sus selvas y de sus montañas, se hayan perpetuado siquiera por ningún poeta. Sus cadáveres que sepultaban con solemne pompa y con religiosa solicitud en panteones que fueron templos, han sido removidos por la codicia que buscaba despojarlos de los adornos con que asistían á sus nupcias con la muerte, sin que nadie pensara entonces ver en esos despojos un indicio de su pasado. Conquistar es civilizar; pero la civilización no significa la muerte, ni menos la destrucción del pensamiento y del corazón de una raza.

IX

Volvamos á las montañas; busquemos en sus secretos senderos y en sus espectáculos sorprendentes, las influencias que ejercieron sobre el temple de los pueblos que las habitaron; y después que hemos presenciado sus tempestades y admirado sus cuadros á la luz del sol ó de la luna, preguntémosles cómo sen-

tían y cómo admiraban aquellos hombres que nos precedieron en este nuevo paraíso.

Un ilustre argentino que dió brillo y esplendor á nuestra naciente literatura, y que fué á la vez poeta inspirado en las grandezas de su patria, escribe estas líneas que tienen toda la sonoridad, todo el brillo y toda la pasión que bullen en las montañas de América: «Cuando la tempestad se desencadena, y los relámpagos brillan en las nubes negras y el trueno repercute su voz en la tierra y el relámpago ilumina y deslumbra súbito y pasajero, entonces aquellos indios, inclinados por naturaleza á la reflexión, toman un aire sombrío y reposado, y contemplan con religioso recogimiento aquel espectáculo siempre gradioso aun para quienes conocen las leyes físicas á que obedece. Ellos ven en él con los ojos de la fantasía una batalla sostenida por las falanges miltonianas de los pillanes que se disputan entre sí el imperio de los destinos humanos, y siguen con emoción las vicisitudes de la lucha, en que las ráfagas son flechas, los relámpagos corceles de fuego, y el trueno la artillería de los pillanes cristianos. ¡Sabe Dios cuánta regla estratégica han aprendido aquellos salvajes en su estudio de las batallas atmosféricas! Pues qué, el guerrero también ¿no tiene inspiraciones como el artista, y no fingen las nubes cuanto la imaginación quiere ver en ellas? ¿No fué en su seno donde Constantino descubrió el signo que le aseguró la victoria?» (1).

¡Qué asunto tan magnífico para un poeta el pintar en estrofas candentes esos combates del

(1) Dr. Juan María Gutiérrez, *De la poesía y de la elocuencia de las tribus de América*. (Revista de Buenos Aires, t. xix, xx).

cielo, que desde los poemas de la India primitiva hasta las fantasías de los pueblos occidentales, tuvieron su lugar preferente en la acción, y recibieron de la musa de todos los tiempos una personificación brillante de la divinidad ó de las fuerzas que conmueven el universo! ¡Qué dramas, qué leyendas ocultas en el olvido aquellas que resultan de un modo natural y sencillo de la influencia de esos fenómenos en la vida de las razas indígenas! Pienso que si se descubriera algún monumento literario de las razas de América, algo como un poema bíblico, ó como una gran tragedia de aquellas que condensan una historia, ellos tendrían todos los caracteres, todos los colores, todos los sentimientos, todo el vigor descriptivo que nos asombran en los poemas de la India.

He leído mucho de esta región de la luz ideal; he sentido y he soñado con sus guerreros legendarios; he sufrido con las desgracias de sus héroes y heroínas perseguidos por los celos de divinidades envidiosas; he sentido henchirse mi corazón y dilatarse mi espíritu con nueva fuerza al leer las descripciones exuberantes de aquellas selvas vírgenes, de aquellos ríos consagrados, de aquellas montañas sumidas en nebulosas eternas, donde rugen los vientos, fulminan los rayos y repercuten los truenos mil veces en los abismos; y he visto también por cima de este horror que espanta al hombre, atravesar como un relámpago más vivo el carro luminoso de Douchmanta y de Rama, que van á vencer á los espíritus malignos, ó á acudir á los sublimes desenlaces de sus dramas íntimos, tanto ó más inspirados que los que Homero, Esquilo ó Eurípides inmortalizaron.

En casi todas esas descripciones que la pintura clásica ni moderna no podrían trasladar á la tela, porque ésta no copia las emociones ni la savia oculta, ni la música de los bosques y montañas, he reconocido la naturaleza de mi patria; sus ríos que corren desde la gran cordillera hasta el Atlántico entre orillas alfombradas de verdura, y bajo techumbres de árboles seculares; sus montañas que quisiera describir tantas veces como acuden á mi recuerdo; sus llanuras ilimitadas llenas de temores silenciosos y de pensamientos concentrados; el rugido de las fieras, la armonía de los cantos, el fragor de sus tormentas; y en todos estos cuadros he visto cruzar, envueltas en aureolas de fuego, las divinidades que creó la imaginación poética de las tribus de América, con las cuales sostuvieron diálogos secretos, y cuyos nombres conservaron en un idioma que remeda al vivo las voces ora dulces y apacibles, ora formidables y ensordecedoras de la naturaleza.

Como las epopeyas homérica y védica, y como la epopeya virgiliana, esas voces inexplicadas ejercieron influencia decisiva sobre los combates y sobre los actos de la vida colectiva, doméstica ó política. El mismo escritor que he citado antes dice, además, sobre esto: «El rumbo que toma el núcleo de la tempestad es para el araucano un motivo de vivísima inquietud. La dirección del viento es tan decisiva en el éxito de la batalla meteorológica, como en un combate naval antes de la invención del vapor»; y refiriéndose á las luchas de la conquista, agrega: «Si la borrasca, llevada del norte, camina de las tierras de los españoles hacia las de ellos, dicen que los pillanes van perdiendo el terreno, y procuran darles esfuerzos con vo-

ces alentadoras y briosas, diciendo: *ea, yabulamen pugnamutum!* que quieren decir: «¡ ea, varones, echad pie á tierra y tened esfuerzo!» Cuando por el contrario, el viento lleva la dirección de sur á norte, creen entonces que los suyos llevan lo mejor en la pelea, y los aplauden, celebran su valentía y los animan á que persigan los contrarios, diciendo á voces: *inabimn, puen, ling bimn, urquilbimn!*—«seguidlos, seguidlos varones, matadlos, no les tengais lástima!» ¿Quién no encuentra reflejadas al vivo en esas palabras las explosiones repetidas del trueno que se asemeja á una artillería colosal descargada á la distancia? ¿Qué idioma ha imitado mejor jamás, si no es el de Homero, los terribles fragores de una tempestad?

Desde luego, es indudable que la tradición araucana reviste un carácter principalmente belicoso y heroico, y así está demostrado por los prolijos estudios de los historiadores de ambos lados de los Andes, por las antiguas crónicas de las colonias, y antes que ellos, por el inmortal poema de Ercilla, tanto más grandioso y rico en poesía y en material histórico, como desdeñado por los que, siguiendo el impulso dominador de las nuevas corrientes literarias, creen que no es posible armonizar lo viejo con lo nuevo.

Ercilla nada tiene que envidiar en ciertos pasajes de su obra, á los cuadros más acabados que Homero, Virgilio y el Tasso describieron, ó á las escenas ya tiernas, ya heroicas que narraron, y ha creado tipos de héroes indígenas y de mujeres americanas que merecen perpetuarse en la historia del arte, al lado de Elena, Hécuba, Dido, Armida y de algunas de las creaciones dramáticas de Shakespeare; y creo

además, que la *Araucana,* como poema histórico y descriptivo, es una de las fuentes más puras de la tradición de aquella región de América. Allí, si bien no podemos tomar sus relatos con todo rigor histórico, por cuanto existe la fantasía poética, encontramos pintado y de relieve el carácter dominante de la raza vencida, sus prácticas guerreras, sus creencias, sus leyes, sus costumbres; y aun más, de todas las epopeyas conocidas, ninguna como la *Araucana* ha precisado menos adulterar la verdad para dar al poema la belleza artística, porque Ercilla encontró en América una tierra virgen, jamás descrita ni cantada, y sus descripciones inimitables de un realismo que sorprende, siendo copia exacta de una espléndida región desconocida, debían tener en su época y en todo tiempo el precioso encanto de la novedad, que va siendo tan escaso en nuestra poesía contemporánea.

Es ese mismo pueblo inmortalizado por la epopeya y la desgracia el que, siguiendo sus impulsos de dominación y de conquista, ha ocupado también las llanuras y las selvas paradisíacas de nuestras regiones australes; el que atrincherado y casi diezmado por la colonización moderna en un rincón de la tierra que dominó como soberano, y á la orilla del océano que se estrella en sus rocas, donde sus poetas y sacerdotes lloraron por largo tiempo la pérdida de su patria, hace apenas algunos años acaba de someterse por completo al imperio de nuestras leyes y de nuestra cultura, después de librar combates desesperados, y después de una larga guerra de venganza y de exterminio en defensa de lo que él, siguiendo la ley natural, creía de su dominio eterno é indisputable;

y aunque la cultura araucana decayó algún tanto después que fué dominada y perseguida, y como todos los pueblos diezmados por la guerra, degradaron ú olvidaron sus ideales poéticos sobre religión y política, su rastro no se ha perdido del todo, y tenemos algunos literatos investigadores que tratan, siquiera sea de un modo indirecto, de reconstituir por la tradición, por el estudio de las costumbres y por la descripción de sus viviendas, todo el pasado de los pueblos de esa raza que se esparcieron por el sud del continente (2). Atrevidos exploradores, tanto extranjeros como nacionales, han estudiado los orígenes del primitivo habitante de nuestras llanuras y de nuestras selvas patagónicas, y sus trabajos, aun no suficientemente estudiados, están destinados á suministrar luz vivísima sobre las fuentes y los elementos de la tradición precolombiana. El amor por las exploraciones geográficas comienza á dar resultados halagüeños, merced á los esfuerzos del *Instituto Geográfico Argentino,* á quien la ciencia nacional deberá muchos de sus progresos en la geografía, en la sociología y en la tradición, que, como es sabido, son los principales componentes de toda cultura y de todo organismo institucional.

Es por medio de esos trabajos, de esos estudios, de esas fatigas que llegarán algún día á acercarse las generaciones actuales á las remotísimas fuentes de donde brotaron; llegarán

(2) Tenemos entre nuestros escritores al distinguido doctor E. S Zeballos cuyos romances histórico-descriptivos: *La dinastía de los Piedra, Painé y Relmu*, han logrado merecida popularidad.

á conocer cada uno de los cataclismos que derribaron las antiguas sociedades, y las causas de sus renacimientos sucesivos. «Esa distancia de tiempo—diremos con Mr. de Lamartine,—esa descomposición de las lenguas, esas muertes y derrumbamientos de imperios que las hablaban, han hecho, pues, desaparecer en el pasado remoto del mundo inmensos tesoros de literatura. Nosotros exhumamos de tiempo en tiempo en la India, en el Egipto, en la China, algunos de sus despojos. Gloria á los hombres de letras, que los descifran y los recomponen, como Cuvier recomponía un mundo antediluviano con la ayuda de algunas osamentas!» Y yo agrego, ¡qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas si lograran con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica! Un pueblo sin tradiciones de su origen me parece que debe sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar á los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternales. Por eso las naciones que no tienen tradición la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya savia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.

La fantasía no morirá jamás bajo el peso de la inteligencia, como la poesía no se extingui-

rá de la tierra aunque la ciencia y la historia analicen é iluminen hasta el átomo la naturaleza y su pasado; antes al contrario, el arte y la poesía deben á la ciencia y á la historia el haber descubierto nuevos tesoros, que han sido como manantiales donde la belleza ha bebido nuevos encantos. La ciencia ha hecho brotar una Venus de Milo, como el sol hace brotar del fondo del horizonte una aurora boreal; nos ha revelado los *Vedas* como el alba hace abrir las rosas llenas de perfume y de rocío. La historia nos ha traído las palpitaciones del corazón humano en los paraísos ignorados de la tierra, las luchas magnánimas de la libertad inmaculada y los éxtasis del primitivo pensamiento religioso, que busca en las cumbres ideales su divinización, como las algas submarinas buscan en el aire y en la luz la fecundidad y la vida. La ciencia y la historia con sus múltiples auxiliares, y el pensamiento literario con su potencia deductiva y su fuerza de coordinación estética, nos harán algún día la grande y espléndida revelación de la biblia americana, que veo ya brotar de las nieblas del pasado, como la explosión de luz de un nuevo génesis.

X

Sabemos, merced á los trabajos de eruditos historiadores, por los libros que nos dejaron los cronistas de las guerras de Indias y por las investigaciones de la ciencia, que los araucanos tuvieron una adelantada civilización, que

remontaron su pensamiento á la más sublime de las ciencias exactas, y que indagaron las leyes que rigen la sucesión del tiempo; que cultivaron la elocuencia con altura, y el señor Gutiérrez y otros historiadores nos dan ejemplos de oraciones donde la forma y la intención revelan una idea muy avanzada del arte; que tuvieron sus poetas encargados de conservar la tradición de la raza, las glorias bélicas, la honra de sus dioses, y de enaltecer todo aquello que significa la manifestación de un pensamiento y de un alma; que tuvieron sus sacerdotes y sus augures, poseedores de la revelación divina y de los secretos del corazón humano, y bien se sabe cuánta importancia encierran para la explicación de los acontecimientos sociales estos personajes de que tanto provecho obtienen las creaciones literarias y líricas de la actualidad; que tuvieron sus músicos, sus fiestas solemnes, sus bailes nacionales, sus grandes pompas y sus tristes y solemnes funerales.

Las ideas religiosas eran el alma de su evolución social; sus sacerdotes los dueños de su corazón y de su voluntad, como en casi todos los pueblos de oriente y aun de la Europa, donde la religión entra como elemento esencial en la historia. Nosotros conocemos sus creencias, pero ignoramos los acontecimientos, las grandes y pequeñas conmociones que las diferencias teológicas produjeron entre ellos; y si por desgracia no pudieron las letras americanas penetrar en esos misterios y descifrar esos hechos, quedan como elementos seguros de inducción y de recomposición, los tipos sociales, las supersticiones, las palabras de su lenguaje imitativo y sus construcciones; y todas esas bases

de criterio pueden llevarnos, si no á la restauración perfecta de su organismo social, por lo menos á crear una tradición fundada en el genio de la raza, una poesía nacional que se inspire en su suelo, en sus creaciones fantásticas, y así, por último, hasta identificarnos con su modo de sentir y de pensar.

Hoy que la literatura dramática parece buscar en los secretos del corazón humano los efectos sorprendentes, y la fascinación estética es buscada en los tipos originales que dan vida á toda creación artística; hoy que la novela parece sacar su savia de la misma originalidad de caracteres; hoy que las tendencias del espíritu se dirigen al estudio del hombre bajo las fases y con el criterio de las nuevas ideas biológicas, que tan saludable revolución han producido en la añeja filosofía, nada más propicio que acudir á las fuentes puras de nuestras sociedades americanas. En ellas el dramaturgo encontraría caracteres originalísimos y profundos, que darían grandeza á su obra con sólo copiar la realidad, como Shakespeare hizo con sus personajes de épocas legendarias ó históricas; el novelista encontraría en las misteriosas influencias de la religión, de la superstición, del heroísmo, de la pasión salvaje, de la mezcla de la civilización cristiana con la savia indígena, tipos, pasiones, fatalismos, que combinados con arte darían nuevas formas á ese género literario tan gastado y enmohecido por los que careciendo de verdaderas facultades creadoras y descriptivas, no hacen sino alimentarse de los desperdicios de talentos superiores.

Las obras maestras de toda literatura son aquellas que condensan la índole y el genio de

las sociedades en que nacen, ó que logran ser la expresión gráfica de la naturaleza donde esas sociedades viven. Las demás llevan el sello de lo pasajero y transitorio; y si bien consiguen divertir á ciertas clases sociales durante un día, jamás serán el alimento de una generación y de una época.

La tradición, á su turno, tiene en las religiones nativas su fuente inagotable, porque no desdeña los detalles, sino que vive y se forma de ellos. Es el elemento atómico de la historia, la reveladora inagotable de las costumbres y de la vida íntima. Ella, explicando el sentido de una palabra, la significación de un jeroglífico, la filiación de un monumento, la fisonomía de una ruina perdida en la montaña, da vida á una narración llena de animación y de colorido, y con destello misterioso irradia sobre el carácter de una época y de una raza. La superstición, rasgo típico de toda sociedad en pañales, es uno de sus alimentos más ricos é inagotables, porque la superstición es el secreto de esas acciones que la historia no se digna profundizar. Vive del detalle, como la poesía vive de la armonía que flota sobre todas las cosas, y que nace de todos los choques, ya sea de los sentimientos como de las ideas que se atraen ó se rechazan en el movimiento perenne de la vida material ó inteligente.

Narrar esos acontecimientos de reducido teatro y de escasos personajes, recoger en un solo conjunto esas armonías salvajes que encantaron una generación, que brotaron de las sublimes montañas de los Andes, de los ríos y las selvas de nuestras regiones australes, sería pues, hacer resucitar el alma de la extinguida cultura araucana.

XI

Entre las razas que ocuparon lo que hoy es la República Argentina, es indudable que ninguna dejó huellas más vivas de su tradición y de su historia que la gran nación quichúa, y esto debido á las crónicas minuciosas que nos dejaron los primeros exploradores, y aun á que fué ella la que más señales dejó en su tierra de su genio y de su cultura. Ninguna como ella presenta mayor unidad y consistencia en sus hechos, y aunque sus noticias ciertas no se remontan más allá del siglo XIV, se ve que su historia comienza en aquella época, aunque con todas las nebulosidades de que los pueblos nacientes rodean los comienzos de su existencia.

Por la naturaleza de sus leyendas podríamos deducir que forman una humanidad distinta, con su génesis, sus mitos, sus primitivos ensayos sociales, hasta presentar los primeros hechos históricos, que pueden continuarse después en orden cronológico hasta la conquista, período en que la historia se apodera de ella hasta nuestros días; y aunque no es mi intento detenerme á discutir la exactitud de los orígenes que ellos se atribuyen, á semejanza de los indios del Asia, de los egipcios, de los germanos, de los hebreos, de los griegos, pienso que la tradición existe y que debe restaurarse comenzando por reunir en un conjunto sistemado y uniforme, todas las narraciones ya míticas ya positivas que, enunciadas por los pri-

meros cronistas de Indias, no han sido aún desarrolladas, ni llenados los vacíos que se advierten en la sucesión de los períodos de su vida.

La gran nación quichúa tiene su génesis propio, y como todos los orígenes del hombre, él se halla envuelto en la fábula que parece ser la atmósfera tenebrosa de donde brotan todas las creaciones y todas las existencias. Y si la ciencia ha penetrado en esos misterios de la concepción de los primeros seres, y puede descorrer el velo de la fábula con su poderosa y profunda mirada, la literatura sólo tiene la misión de recoger la fábula misma, tal cual la imaginó y la forjó en su mente oscura el hombre primitivo.

«Antes de Manco Capac, antes de la fundación de su gran imperio, los primitivos pobladores de aquellas feraces regiones habían recorrido ya muchos siglos en el camino de la civilización: ruinas de monumentos grandiosos y aun de ciudades enteras, cuyas diversas arquitecturas, no sólo son esencialmente distintas de la genuina arquitectura de los Incas, sino que también difieren notablemente entre sí, y respecto á las cuales, aun en el tiempo de los Incas, no quedaban más que vagas tradiciones: gran número de lenguas que iban cediendo su lugar á la lengua quichúa, que era la general del Imperio, y que muchas aún no habían desaparecido enteramente cuando los españoles llegaron con el habla de Castilla; diversas tradiciones, tan oscuras como fabulosas sobre los primeros pobladores de América, y sobre razas anteriores á la raza de los Incas; todo demuestra claramente que las tribus que poblaban las vastas comarcas en cuyo centro

se fundó la ciudad del Cuzco, que llegó á ser el corazón del Imperio, contaban ya un largo pasado antes de la aparición de Manto Capac.» (3).

Por otra parte, como todos los pueblos que se presentan á la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, la nación quichúa tuvo sus instituciones especiales más ó menos parecidas á la que nos enseñan las antiguas civilizaciones del Asia, de la Europa y del Africa; ella tuvo sus guerreros organizados á semejanza de Roma, un gobierno provincial con atribuciones y jurisdicción perfectamente deslindadas, su casta sacerdotal como el Egipto, como la India, como la Germania, como la Grecia; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, sus fiestas populares, donde la imagen del Baco helénico se presenta transfigurado por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeado de la confusa algarabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria; ella tuvo también, como la Grecia primitiva, sus danzas y sus bacanales donde el licor evoca la alegría, enciende la cólera, despierta el llanto, y de donde, después de una larga serie de transformaciones y evoluciones, surge vestida de su coturno regio, y con su máscara que nos aparta del mundo real para llevarnos á lo supuesto y lo impersonal, la tragedia solemne que se cincela con sus formas clásicas con Esquilo y Eurípides, y la comedia aristofánica que se viste con máscaras prestadas y con andrajos burlescos, donde va á ver el populacho el lado ridículo de aquellos personajes que en la tragedia

(3) Pacheco Zegarra, *Estudios sobre Ollantay*, París 1878.

le movieron al llanto; ella como todas las razas madres de la cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodistas, sus pintores, sus escultores y arquitectos. Sus *amautas* y *haravecus*, encargados de conservar la tradición patria, de formar y descifrar los admirables *quipus* de la escritura quichúa, escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revelaciones religiosas (4). Tuvo, por lo tanto, su gran poema nacional en el conjunto de todos aquellos cantares salvajes donde palpitaba su sentimiento nativo, donde expresaban su adoración ó su admiración por sus dioses naturales, entre los que descollaba el Sol como calor y alma de la naturaleza, de la Madre Tierra, culto prístino de todo ser animado.

Los orígenes de sus primeros reyes, he dicho, se pierden en las nebulosas de la fábula; pero aquellas tradiciones de raza trasmitidas oralmente ó por medio de su original sistema de escritura, y recogidas después por los primeros cronistas del descubrimiento de América, nos muestran al pueblo quichúa con una sociabilidad formada y en vía de evolución uniforme. Tenemos noticia de sus grandes y arriesgadas expediciones á las regiones andinas y á las grandes llanuras orientales, y sus rastros conservados aún, á pesar de los estragos de la guerra de conquista y del tiempo, nos indican que llegaron hasta las márgenes del Paraná, donde concluía la acción expan-

(4) Cieza de León. *Segunda parte de la crónica del Perú* c. XII.—Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, c. IV.

siva de la raza guaraní (5). Sabemos también que de las naciones más remotas, tanto aquellas que vivían al pie de las grandes nieves, como las que vivían abrumadas por el horror de la llanura abrasada, llegaban á la capital del Imperio—la sagrada Cuzco—los más abundantes y ricos tributos, forma semi-bárbara del impuesto, pero que revela un sistema de dominio y de vasallaje, no extraño á la civilización europea hasta el principio de los tiempos modernos. Conocemos cuánta suntuosidad y elegancia desplegaron en el ornato de su gran templo del Sol (Inti-huasi), merced al oro, la plata y la pedrería que extraían de los fabulosos veneros de los Andes, y como se deleitaban en rendir el homenaje del arte al que ellos consideraban el único y sabio autor de la naturaleza (6) y á sus divinidades inferiores. Es igualmente notable el que en su código religioso se comprendiera la institución de las vestales, las vírgenes consagradas al servicio del culto del Sol, y que debían elegirse entre todas las familias del Imperio; y este primer esbozo de la vida monástica que encontramos establecido desde los tiempos mitológicos de la India, de Egipto, de Grecia, de Roma, si bien en sí mismo no importa una concepción elevada de la religión, él ha subsistido en todas las naciones de la antigüedad precristiana en medio de las épocas de mayor cultura social. La violación de su voto sagrado de pureza se castigaba con la muerte, que sólo podía perdonarse, y

(5) V. F. López, *Geografía histórica del territorio argentino*, 1869. (*Revista de Buenos Aires*, tomo xx, pág. 608).

(6) Cieza de León, *Segunda parte de la crónica del Perú*, xxvii.

aún divinizarse, cuando de la culpa hubiera nacido un dios, porque la humanidad está siempre inclinada á deificar lo que nace del misterio.

Si, pues, tales rasgos caracterizan esta raza privilegiada de la América, y si ellos la asemejan á las razas que más luz destellaron desde la antigüedad hacia los tiempos de la cultura europea y cristiana, trasmitida por la tradición, por la poesía, por la historia, por la arquitectura y la escultura; y si admitimos que razas de semejante organización psico-fisiológica, desenvolviéndose en medios semejantes, deben producir las mismas ó parecidas manifestaciones externas ó internas, y engendrar los mismos ó parecidos sentimientos, creencias y facultades, es lógico deducir que la gran raza quichúa ha tenido en formación, si no acabadas, sus tradiciones épicas, religiosas y sentimentales, y que como sus congéneres del antiguo oriente, vivió largos siglos envuelta en la atmósfera luminosa de sus divinidades, de sus semidioses, de sus cantos, de sus monumentos, que dan hoy á las ruinas que todos los pueblos veneran, el aspecto de un génesis destruído repentinamente por el capricho de su creador en el momento álgido de su elaboración deslumbradora.

Si la literatura nacional no pudiera penetrar en el secreto de ese pasado, y desenterrar de las huacas y los templos todos los tesoros del pensamiento quichúa, ¡qué espléndido campo, no obstante, encontraría para sus creaciones en lo que conocemos de él por los trabajos de arqueólogos é historiadores! ¡Cuánto personaje ya legendario, ya fantástico, ya histórico nos presenta la América desde los tiempos más re-

motos, que pudieran ser objeto de poemas inmortales en los que respirarían el genio indígena, la savia tropical, el perfume de las selvas, la grandiosidad de las cordilleras, el misterio de los abismos, la majestad del desierto, el heroísmo de las luchas salvajes, la luz mística de tantas divinidades poéticas habitadoras de las cumbres y el amor puro con todos sus idilios y sus tragedias!

¡Y qué pálidos parecerían á nuestra imaginación los poemas tradicionales de Inglaterra, Alemania, Suiza, Francia y España, donde, sin embargo, sentimos todo el hervor y el brillo de la fantasía primitiva! El pueblo no repite de memoria esos poemas profundamente filosóficos que invitan á pensar, y que son hijos de la civilización moderna: ellos aprenden los cantos legendarios que refieren y celebran las hazañas de sus héroes, los sacrificios de sus mártires y las escenas del amor sin cálculo; y se complacen en recordar con religioso respeto sus orígenes, ya celestes ya terrenos, pero tradicionales; y la tradición, de esta manera sencilla y sentimental, obra tanto en la cultura social como las más tenebrosas y elevadas concepciones del espíritu.

Los versos del Tirteo, los cantos de Mesenia, las odas olímpicas, la epopeya homérica, las baladas anglo-sajonas, los romances castellanos, encantan más la imaginación popular que las tragedias de Esquilo y de Eurípides, que las sátiras de Horacio y de Juvenal, que los dramas de Shakespeare y Racine, que las comedias de Alarcón, Calderón, Moreto y Lope; y si quisiéramos levantar en el corazón del pueblo el sentimiento patriótico para la defensa nacional, no habríamos de hablarle en el

lenguaje de las academias, sino en el idioma candente de las glorias, de las batallas y de los martirios de nuestros héroes; les hablaríamos al sentimiento, porque él enciende las cenizas de los sepulcros y precipita á los pueblos á los grandes heroísmos.

XII

Aun la crítica no ha resuelto si los quichúas tuvieron su gran poema nacional; y aunque ha llegado hasta nosotros el *Ollantay,* tan discutido por su origen, escrito en el idioma de los Incas é inspirado en uno de los episodios más célebres de su historia, no parece prudente resolverse á adoptar la opinión de los apasionados partidarios de su filiación nativa, si se tiene en cuenta sus notables y visibles afinidades con el teatro español del Siglo de Oro.

Yo lo he leído, lo he meditado, lo he comparado con esmero con las obras más acabadas de la escena española, y mis impresiones son adversas á su origen americano; y no es porque crea que el genio quichúa no hubiera sido capaz de dar vida á una obra como ésta, porque su cultura artística llegó á una altura considerable, sino porque no le encuentro el sabor de la naturaleza, ni el colorido de las tradiciones de raza, ni el fervor de la creencia, ni la dulzura é ingenuidad de la poesía indígena, ni la fidelidad con los principios políticos de la nación á quien se le atribuye; y aunque es cierto que los poemas bárbaros de la India pri-

mitiva nos presentan ejemplos de una elevada concepción artística que irradia sobre el teatro griego, no creo que debemos deducir de aquí que la raza quichúa pudo haber dado formas más ó menos acabadas á sus obras literarias, porque la distancia de tiempo y espacio que separa á una y otra civilización es tan inmensa, que con la influencia del medio sociológico debió indudablemente perderse todo vínculo y todo reflejo entre ellas, á no ser los primitivos conceptos psicológicos que forman la esencia del ser inteligente.

Por lo menos, esa distancia de tiempo y espacio bastó para que las fuerzas externas de un nuevo clima, de una nueva naturaleza, de nuevas necesidades, de nuevas luchas, de nuevos fenómenos, transformaran por entero las tendencias morales, sociales, artísticas y religiosas del hombre americano, á tal punto que, puede decirse, se ha verificado en nuestro continente el nacimiento de una nueva humanidad organizada como la antigua, pero que forzosamente debía seguir corrientes ideales semejantes aunque no idénticas. Por otra parte, *Ollantay* no tiene parentesco literario, ni siquiera remoto, con el drama védico, de modo que toda deducción que quisiera llevarnos á afirmar la existencia de una filiación con aquel primero y deslumbrante génesis del arte, sería aventurada por lo remota.

En cambio, las afinidades de esta obra con el genio del drama ibérico son indudables; y sería incomprensible una coincidencia tal para que el quichúa hubiera creado ciertos personajes típicos de aquel teatro. Y nada tiene de difícil ni de extraño el que algún poeta conquistador hubiese querido ensayar la creación de

un drama basado en asuntos americanos, cosa por otra parte, que revela en el autor de *Ollantay* una felicísima elección; y aunque las escenas no se hallan distribuídas ni ligadas con la debida armonía estética, y como la noción de tiempo y espacio lo exige, esto bien podría ser efecto de que el autor tuviese más disposiciones líricas que dramáticas, ó por fin, que se hubiese extraviado parte del original durante las vicisitudes de la conquista, y no en manera alguna porque ignorase las reglas de composición teatral, puesto que en el mismo drama se muestra perfecto conocedor de muchos difíciles y delicados recursos con que se hermosean los mejores dramas modernos.

Pero lo que más me decide á pensar que él no ha nacido de la musa americana, es la falta completa de imágenes sacadas de la naturaleza, de la tierra donde actúan sus personajes; y si se exceptúan las canciones indígenas (yaraví) que figuran intercaladas con evidente cálculo, á semejanza de las que los pajes entonan bajo los balcones de sus amadas en algunas obras del teatro lírico moderno, y una que otra alusión á objetos ó lugares, personas ó divinidades demasiado conocidas—cosa que, por otra parte, está hecha con frialdad y medida, —no encuentro en el célebre *Ollantay* nada que demuestre un poema indígena, hijo genuino de una raza virgen que, ó no tuvo contacto alguno con la cultura europea, ó el que tuvo se borró por la fuerza de la distancia y de las influencias externas en una larga serie de siglos. No hallo más que una narración histórica de un episodio nacional bastante trascendental para dar motivo á un gran poema, pero nada de ese lirismo, de esa pasión salvaje, de esa pro-

fusión de imágenes muchas veces desordenadas, pero siempre inspiradas y deslumbrantes que desbordan en los poemas primitivos de la India, de la Siria, de la Grecia, de la Germania y de Inglaterra.

La primera inspiración del poeta nacional es describir la tierra nativa con todos los colores y las fantasías que su amor local le sugiere, exaltándolo, divinizándolo, para ofrecer á los héroes un teatro aparente á sus proezas inmortales, en las que los dioses actúan con todo el cortejo de sus divinidades, personificaciones á su vez de los múltiples fenómenos con que la naturaleza sorprende su mente embrionaria ó soñadora. Es esa la tendencia natural de la poesía indígena bajo todos los climas, porque ella vive de la belleza física y de las comparaciones que evocan en la fantasía de los pueblos sus atributos, sus formas, sus armonías y sus contrastes; es así como el arte en general ha aparecido en el mundo, imitando con el granito, con la arcilla, con el mármol, con el bronce ó en la tela, las formas reales de los objetos y de los fenómenos visibles, ó las que por deducción atribuyó el hombre á sus concepciones ideales.

El espíritu trae en sí mismo la llama, la facultad creadora, la materia candente, los colores; pero la naturaleza le da el molde en que han de fundirse, la forma que ha de ostentar la piedra, y el contorno y los matices que han de dar vida á la concepción ideal y al paisaje imaginado ó reproducido por el pincel. Pero en *Ollantay,* que se supone obra del genio quichúa, no resalta nada de esto, sino como un mero accidente que se desvanece ante la narración histórica ó tradicional; nada de aquella

pasión abrasadora ó de aquella semi-velada lujuria, de aquella admiración por las formas, de aquella exuberancia de imágenes arrancadas todas con asombrosa verdad de una tierra calentada y fecundada por el sol de los trópicos, que nos asombra y encanta, nos deleita y abruma en el poema eternamente joven y desbordante del *Cantar de los cantares;* por el contrario, si se exceptúan algunas lamentaciones amorosas desnudas de originalidad y de fuego salvaje, todo revela que el autor era esclavo de doctrinas espiritualistas, y de escrúpulos religiosos y morales sobrado conocidos, pero que nunca han dado origen á creaciones verdaderamente inspiradas en una naturaleza aun no modelada y restringida por reglas doctrinarias ó sistemáticas. El temor á la desnudez ha ahogado en el poeta todos esos arranques apasionados y libres, como son los que nacen de la naturaleza, y nos ha presentado un poema mucho más pudoroso y casto que los que el pueblo hebreo nos ha legado, y cuya belleza consiste en esa espléndida desnudez de las formas y espontaneidad de los afectos, que una errada concepción del arte ha venido después á encubrir con tupidos velos, y á ahogar con temores exagerados.

La poesía primitiva es esencialmente realista, porque nace de las formas, de los colores y de los sonidos reflejados en cada una de las facultades de nuestro ser, idealizados por nuestra fantasía para satisfacer así el anhelo investigador y analítico de la inteligencia. Citerea cubierta con la túnica hebrea no sería ya la espuma de las olas, ni la Venus de Milo sería ya la sonrisa de los astros; Eva condenada, maldita y obligada á ocultar sus líneas purísimas,

no es ya la primera alborada de la tierra, envuelta en la dorada nube de sus cabellos, como la creación en los haces deslumbrantes del primer sol.

Luego, pues, ese tímido recelo con que el autor de *Ollantay* oculta los arranques naturales de la savia indígena, no puede concebirse de origen americano en aquella época, sino como fruto de las ideas cristianas que inmigraron en el continente con la conquista; y aunque historiadores tan eminentes como el doctor López le atribuyan ese origen, y americanistas como Pacheco Zegarra lleguen á exaltar demasiado la civilización incana, los que juzgan con el criterio estético y sociológico, no pueden admitir esa afirmación que se oscurece ante la palidez de las imágenes, ante la ausencia de colorido local, ante la calculada mesura con que han sido prodigados los toques de efecto y de pasión, y ante la notable filiación europea de su índole literaria; y aunque no creo como el señor Mitre, que en la civilización quichúa no cabía una literatura dramática (7), ni como el señor Prescott, que la poesía sea una mala aliada de la historia, pienso sí que *Ollantay* no puede ser el drama de tal raza ni de tal clima, sino sólo que como tradición escrita, puede contarse entre los ricos elementos de la crónica americana, de que más tarde la literatura nacional puede sacar abundante partido: lo primero, porque no refleja el genio de la nación de que se supone ser obra, y lo segundo, porque él ha sido escrito por un hombre que observó de cerca las costumbres indí-

(7) *Ollantay. Estudios sobre el drama quichúa.* (*Nueva Revista de Buenos Aires*, t. I, p. 25).

genas, aún no borradas por la influencia genial de la raza conquistadora; y tiene la importancia histórica y tradicional de la *Araucana* y de las crónicas de Montesinos, Cieza de León, Garcilaso y tantos otros que escribieron lo que observaron durante la primera época de la conquista, esto es, cuando aun se mantenía puro el carácter nativo.

Es mi propósito estudiar especialmente este drama, no ya con el criterio del filólogo que busca las raíces del origen por el desarrollo del lenguaje, sino con el criterio puramente literario, que si no profundiza esas arduas investigaciones, proporciona al espíritu goces más superficiales pero más amenos; por eso no me detengo ahora en su análisis, ni en la discusión de la controversia que he esbozado apenas, y también porque admitiendo su origen europeo, tendría que colocarlo entre los temas que la época colonial suministrara para estas líneas escritas á la ligera, y sólo como un entretenimiento pasajero; como examinaré las obras más notables de nuestra literatura patria, que por su índole y su género merezcan calificarse entre las que forman nuestro arte nacional: pero ello será objeto de trabajos separados que iré preparando á medida que las ocupaciones de carácter más positivo, vayan dejándome el tiempo y el reposo necesarios para esta clase de meditaciones.

LIBRO SEGUNDO

I. El descubrimiento. Fusión de las razas.—II. Renovación del espíritu indígena. La epopeya americana.—III. Los héroes de la conquista.—IV. Los héroes del Evangelio.—V. Los tesoros. VI. Los milagros.—VII. Los jesuítas. La educación monástica.—VIII. El Diablo. Dos poemas nacionales. Las brujas.—IX. Las ciudades. Sus fundadores. Vida comunal.

I

Los primeros albores del siglo XVI anunciaron á la América la más grande de las sorpresas que hayan conmovido al mundo. Un continente ignorado y perdido entre los mares inmensurables fué sorprendido en su reposo, apenas turbado hasta entonces por sus propios sacudimientos, con la aparición de una raza nueva, aventurera y conquistadora que buscaba, como ha dicho el poeta,

ámbito y luz en apartadas zonas,

y que debía realizar la transformación más general en los destinos humanos y en las corrientes de la historia. Al mismo tiempo debía verificarse en nuestro continente una serie de evoluciones trascendentales en el carácter de

las razas aborígenes, evoluciones naturales y lógicas en toda mezcla de elementos heterogéneos obligados á amalgamarse por su coexistencia en un mismo espacio limitado por términos tan colosales como son los océanos que lo rodean.

La vieja raza latina después de haber conducido la civilización antigua hacia los tiempos modernos, salvándola de los cataclismos más sombríos de la Edad Media, no sin haber dejado jirones de su cuerpo, y encontrado estrechos los límites del viejo mundo, entre razas antagónicas y desiertos insondables que le cierran el paso por el norte y el oriente, tiende su vista hacia ese océano que desde tantos siglos se estrella con estruendo en sus costas, y se resuelve á lanzarse en sus soledades tempestuosas, dispuesta á realizar su sueño, ó á hundirse para siempre en los abismos sobre las débiles naves de Colón. Pero el misterio de los tiempos se descubre, y á ella cabe la gloria de haber anunciado al mundo la existencia de nuevo espacio para las ilimitadas expansiones de la vida.

Es en ese momento que se concibe el fruto que más tarde debía ser la América libre y hambrienta de civilización. De aquella unión de dos razas separadas por un océano, y que sin embargo se presentían por los rumores lejanos, como un diálogo de dos mundos perdidos en el espacio, nació una humanidad rejuvenecida, porque el viejo metal probado en añejas vicisitudes fué refundido en el molde vigoroso y virgen de un continente recién brotado de las olas. Pero el metal antiguo al vaciarse candente en el molde americano debía transformar su naturaleza, así como las pare-

des del molde debían asimilarse la esencia del metal al llenar de él por primera vez sus poros. Las más profundas y radicales transformaciones debían operarse en el carácter de una y otra raza; pero la elaboración tenia que ser lenta y trabajosa, y durante ella debía peligrar muchas veces en formidables estallidos y en sacudimientos febriles, la integridad de su organización y de su ser.

No es este un fenómeno nuevo en la historia, aunque media una enorme distancia entre los tiempos en que se ha producido. El Asia engendra en Europa la primera forma de la civilización humana con sus poemas, sus biblias y sus dioses; la Europa devuelve después con la Grecia al Asia carcomida los frutos madurados y embellecidos por un arte deslumbrador, realizando la reciprocidad más grandiosa y brillante entre dos humanidades. La Europa occidental á su vez se siente renovada en su savia virgen, en su fantasía germánica, por las ideas, las creaciones, los martirios, los prodigios y los fulgores de una religión que era todo un inmenso ideal; y Roma, la que inoculaba su espíritu desde los tiempos fabulosos á las razas que habitan las selvas septentrionales, siente también en su día la inundación mortífera del espíritu bárbaro que, como una consecuencia terrible de causas remotas, se desprende semejante á la lluvia de fuego de Sodoma y Gomorra, del fondo de los bosques de la misteriosa y tenebrosa Escitia.

La humanidad es como los mares que cubren el planeta: sus aguas no descansan un momento ni en la superficie ni el fondo, y aquí las corrientes submarinas de densidades diferentes mantienen en perpetua renovación las tem-

peraturas y en perpetua mudanza las viviendas de sus moradores. Las razas más civilizadas y viriles trasponen sus linderos para lanzarse sobre las tierras habitadas por otras de nivel moral inferior, llevándoles sus caracteres y su genio; y si en los océanos la ley de las densidades produce los desbordamientos y las inmersiones de los continentes, en la humanidad la ley de la cultura produce las grandes y sangrientas revoluciones que transforman y revisten de nueva vida las épocas.

La mitología, la poesía, la tradición asiáticas emigradas á la Grecia se transforman y se purifican en creaciones luminosas y en mármoles radiantes; la Grecia transportada á Roma ve degradar sus formas purísimas y profanar sus ritos tan misteriosos como poéticos y trascendentales, hasta caer envuelta ella misma en el cieno del Bajo Imperio. Cada civilización ha dejado un jirón de su túnica en la tierra donde ha emigrado, ó ha adquirido nuevos encantos, y nueva y más espléndida vestidura bajo las irradiaciones fecundas de nuevos climas y de nuevos paisajes. Como si las ideas, los sentimientos, las creaciones religiosas fueran el efecto de fenómenos ópticos, absorben matices diferentes al atravesar los rayos de otros soles, las emanaciones de otras atmósferas, los reverberos de otros mares.

Así, pues, la emigración latina sobre el continente americano poblado por una raza virgen y sin historia, desligada de los vínculos más ó menos consistentes que mantenían la intermitente armonía de las del viejo mundo, significaba la evolución más extensa en las ideas, en las inclinaciones, en las creencias, en los sentimientos, en la poesía y en el arte; y aun-

que el nivel intelectual de la raza invasora se elevara muy por arriba del de la raza conquistada, no por eso dejaría de verificarse el hecho natural de las influencias recíprocas que dan por resultado el nacimiento de un alma nueva, heredera de los caracteres físicos y psicológicos combinados de sus progenitores; y aunque la fuerza material de las armas y la fuerza espiritual de la creencia en la una debían fatalmente imponerse sobre la otra, no por eso dejaría de operarse en el carácter social y religioso de ambas la fusión lógica é inevitable, de la que resultarían elementos nuevos de sociabilidad y anhelos desconocidos del espíritu, que no llevaron sino virtualmente en su ser las razas madres.

II

Si la fisonomía de la raza se cambia con la mezcla de una distinta; si los acontecimientos que se suceden en un pueblo primitivo llevan un sello marcado de uniformidad y un solo sentido general de evolución; si las ideas religiosas, nacidas al contacto del mundo visible por la evocación del pensamiento y de la poesía nativos, se conmueven ante la aparición de dioses desconocidos; si las mismas artes desarrolladas por sí solas en un medio ambiente rodeado siempre por la naturaleza, reciben el soplo regenerador de un espíritu más elevado; si tales son las transformaciones que resultan de esas trasmigraciones del espíritu, dedúzcase cuánta perturbación llevaron á la naciente y

autonómica cultura americana las nuevas nociones, los nuevos ideales, las nuevas formas que la raza latina ha adquirido en el curso de su larga vida, y con las que ha evolucionado en el mundo durante tantos siglos.

Si al principio los hechos históricos de las naciones de América tuvieron el sello que la naturaleza les imponía, y si todo cuanto obraban, pensaban y sentían era inspirado por esas influencias invisibles de la tierra, que hablan al espíritu de los hombres agrupados con un lenguaje que se parece á las corrientes atmosféricas, intangibles pero formidables, bien se comprende que la vista de nuevos recursos para ellos ignorados, y de los que nunca les hablaron sus sabios, sus sacerdotes, ni sus divinidades, debía ser un motivo de asombro y de espanto, y la duda sobre sus propias concepciones ideales debió levantarse en sus cerebros infantiles, acostumbrados á explicarse todos los fenómenos con el sencillo pero falible criterio natural.

Sus combates no revestirían ya el terrible aspecto de las luchas del cielo y de la tierra, mezcla de horror y de encantamiento, de cataclismos sombríos y de paisajes apacibles; y más de una vez en el delirio del ardor bélico, evocando las sombras protectoras de sus antepasados ó de sus pillanes amigos, que tantas veces intervinieron en sus triunfos, como los dioses en las luchas homéricas, se sintieron desamparados por ellos en su desgracia y abandonados en su desesperación. Su asombro era inmenso al contemplar la indiferencia de sus dioses en frente del estrago que las armas enemigas sembraban en sus filas; aquellas armas que estallaban en las montañas con es-

truendo semejante á los truenos que las sacuden en su base, y que repetidos por la sucesión interminable de cumbres y de abismos que se dilatan hasta perderse en regiones ignoradas, recuerdan ó traen á la mente la imagen de la destrucción de un mundo. Aquel fragor extraño levantado por el poder de unos hombres que no se arredraban ante las más difíciles y escarpadas cordilleras, que penetraban sin miedo en las gargantas donde moraban los genios infernales ó donde se escondía la guarida de las fieras, que no habían temido lanzarse á la inmensidad de ese océano sin límites donde terminaba el universo para el indio, fué sin duda causa de inquietudes, de dolores, de desencantos supremos que engendraron en el habitante de América, la desesperación, el heroísmo de fiera, la voracidad del buitre, la crueldad de los monstruos y esa abnegación ante la muerte, que no se desvaneció en su corazón hasta que el último hijo de la tierra cayó vencido y encadenado por el invasor.

La poesía que recogiera esos gritos de dolor ante la triste perspectiva del adiós supremo á la patria, y la tradición que lograra referir los arranques desesperados y los martirios sublimes de esa raza desaparecida, serían las notas más altas de la epopeya de los siglos; serían la realización del ideal grandioso de esa epopeya que soñaron un tiempo los poetas europeos, cuando en presencia de las obras maestras de la antigüedad, desde Homero hasta Virgilio, y desde el Dante hasta Voltaire, se preguntaban por qué la musa contemporánea no ha producido una epopeya tan gradiosa como aquéllas.

La epopeya no es la vida de un hombre, ni

basta un poeta para concebirla; ella es la vida de un pueblo que ha combatido y que ha brillado sobre la historia como un astro sobre el mundo, y su poeta es el mismo pueblo que ha cantado y ha llorado cuando sus triunfos y sus desgracias han conmovido su espíritu, cuando ha precisado sublimizarse ante la batalla y levantarse del abismo después de haber caído con estruendo. He ahí el único sentido en que es verdadera la solución de Lamartine cuando afirma que no habrá epopeya mientras exista la Biblia; porque la Biblia es la tradición más completa que nos queda de la vida de una raza desde sus comienzos legendarios hasta sus últimas palpitaciones, desde el género divino, que ha logrado imponerse por más tiempo á la inteligencia humana, hasta el sublime desenlace del Calvario, que no es más que el desenlace de la eterna lucha de la razón contra las sombras ideales; porque esa raza unida y fuerte desde su nacimiento hasta su dispersión calamitosa, no dejó de cantar, ni de soñar, no dejó de combatir ni de celebrar sus héroes en ninguno de los instantes de su existencia; y porque elevando sus libros épicos á la consagración religiosa, supo conservarlos como el manantial perenne de su inspiración patriótica. He ahí también por qué los más grandes poemas épicos son aquellos en que los dioses han actuado con los héroes, como en Homero y en los poemas védicos, ó aquellos en que los mismos dioses dictaron ó escribieron las estrofas, como en la Biblia y en el Corán.

Para que el hombre se sienta arrastrado por la epopeya, es necesario que subyuguen su inteligencia y su corazón potencias superiores á las suyas, á las que pueda admirar y venerar,

y que contemple sus irradiaciones en medio del aparato maravilloso de la naturaleza. Las nieblas y los fulgores, los sacudimientos y los relámpagos del Ida, del Himalaya y del Sinaí, encierran en sus antros hirvientes la fascinación épica. Las grandes montañas albergan en sus cumbres las creaciones inmortales, como los genios superiores conciben los pensamientos que asombran á los siglos; y ¿qué montañas y qué cumbres más colosales y radiantes, más misteriosas y sagradas que las que brillan con nieve eterna sobre la América, y en cuyos secretos no ha penetrado aún la poesía? ¿Quién podrá decir jamás que en sus nieblas eternas, que no puede rasgar ni el sol que se suspende sobre ellas, no se esconde la biblia inmortal, la epopeya anhelada de los tiempos contemporáneos?

El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dió á Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquélla, cantando las tres épocas en que han recorrido sus laderas tres naciones, tres civilizaciones, tres categorías de héroes.

La creación legendaria de los primeros dioses americanos tuvo su fuego engendrador brotado de los volcanes, y es Prometeo conductor del fuego celeste; la conquista extranjera remontó esas cumbres para destruir una raza virgen y heroica llena de anhelos gigantescos, y es Prometeo encadenado; San Martín con la bandera argentina, que es la enseña de la nueva cultura humana, rompe las ligaduras del pensamiento y del corazón americanos,

hollando por última vez las cumbres tenebrosas, y el mundo contempla con asombro al nuevo Prometeo libertado.

No menos radical fué la transformación operada en los hábitos y en las prácticas sociales con la introducción de las nuevas creencias religiosas, que tan decisiva influencia ejercen en los actos humanos. Sociedades educadas en la gran religión de la naturaleza, que adoraban los dioses forjados por ellos mismos con la intuición de la divinidad, y que habían vivido bajo su amparo tutelar desde sus comienzos en la tierra, y sufrido y recibido sus consuelos, luchado y recibido su auxilio en los combates, sintieron temblar y desquiciarse su olimpo venerado ante los prodigios de un Dios y de unos hombres que sacrificaban su vida por el bien de sus semejantes.

Todo era para ellos un presagio triste de destrucción, pues que veían en aquellos invasores los agentes de la fatalidad, y todo les hablaba en tono de despedida eterna. Las armas invencibles de sus enemigos les traían la esclavitud en medio de su libertad sin límites; aquella cruz que veían levantarse sobre las cumbres rodeada de relámpagos y de nubes, les imponía una sumisión moral absoluta que era para ellos la esclavitud del alma; aquellos hombres extraordinarios que hablaban un lenguaje desconocido al pie de esa misma cruz, exhortándoles á la castidad, á la templanza, á la fraternidad, eran para ellos los portadores de su desgracia, porque venían á arrebatarles el dominio de la naturaleza.

No hay dolor más profundo para el salvaje que el verse despojado de sus dioses, porque con ellos pierde la patria, la religión y el

amor; pero nada como ellos los hace más heroicos y fuertes, y prefieren sucumbir luchando al pie de sus ídolos, ó emigrar á climas lejanos llevándose consigo en peregrinación fúnebre su divino tesoro. Y es esto lo que ha arrancado notas más altas y sublimes á la lira de todos los pueblos. Ese destierro nos ha dejado las lamentaciones de los profetas de Israel, y la epopeya de los hijos de Troya, errantes sobre los mares guardando los manes venerados. La narración bíblica del cautiverio, y la salida de Troya después del último incendio que derriba sus muros sagrados, repercutirán en los siglos con la sombría voz de los cataclismos humanos.

Y aquel gemido postrero de la América virgen, destronada de su pedestal de nieves inaccesibles, de bosques sonrientes, de ríos interminables, de llanuras tan majestuosas como el océano, nadie ha recogido ni cantado, y las lágrimas de tantos mártires se secaron en su corazón, se fundieron en el fuego enemigo, ó se multiplicaron en la esclavitud. Hay algo de bárbaro en el poder de la cultura misma, con lo que el corazón no puede jamás conformarse; hay algo horrible en esa necesidad de elevarse en el nivel moral, que forma parte esencial de la humanidad; y si la inteligencia lo acepta y lo ejecuta, la poesía lo lamenta. Hay en cada uno de esos reyes destronados por la civilización y conducidos á la servidumbre, el personaje de una tragedia de lágrimas: y más de una vez hemos visto á hijos de nuestra pampa morir de la nostalgia de esa inmensa patria que parece derramar en el alma de sus hijos tanto dolor como hay majestad en sus horizontes infinitos, cuando la conquista les ha arrancado

de ella y los ha llevado á la ciudad avasalladora y absorbente. No hay consuelo para esa muerte que consiste en atravesar el límite del desierto, para quien ha nacido en él, y se ha alimentado de su hálito sombrío y saturado de misterio... ¡Y cuánta historia de extraordinaria grandeza no hay oculta en cada una de esas hecatombes de tribus, en cada una de esas vidas que han cesado de latir al contacto cálido y á la presión del ambiente de una ciudad estrecha!

Con la conquista militar que introdujo las armas de la cultura, y con la conquista religiosa que introdujo una creencia tan distinta, y que había dominado el mundo, el carácter de los hechos históricos, tradicionales ó íntimos, se transforma para presentar el sello que las nuevas fuerzas sociales le imprimen; y así los elementos de la literatura, los despojos de los combates, los materiales de deducción sociológica, conducen á adoptar otro criterio en la elaboración tradicional; y si en la época antecolonial la tradición tiene la fisonomía de la naturaleza, desnuda de atavíos convencionales, y es en sí una copia de ella, desde la conquista la tradición absorbe mucho del carácter de la raza conquistadora, y esta misma comienza á ser fuente mucho más abundante y cierta, donde la literatura y la poesía recogen valiosos é interesantes acontecimientos. Entonces comienza á ser conocida la raza primitiva, y los cronistas de aquella guerra memorable y prolijos historiógrafos de nuestros días, han formado ya un verdadero tesoro literario, histórico y tradicional, de donde brotarán algún día la unidad de la tradición, y qui-

zá los elementos de la gran epopeya americana.

III

Cuando después de tres siglos volvemos la mente al pasado, y juzgamos los primeros descubridores y sus expediciones sobre esta tierra ignorada en su tiempo, el pensamiento se abruma y se fatiga al reconstruir en sí mismo aquellos lugares y aquellos peligros desconocidos, y por eso más grandes. Aventurarse en lo desconocido, es como lanzarse en un abismo; es como la inmolación de la vida; es el heroísmo y la abnegación. La fantasía acude al instante con su cortejo de creaciones radiantes para rodear las imágenes de esos hombres que no temen un océano cuyos términos se ignoraban; que se internan en unas tierras erizadas de selvas que cierran el camino y el horizonte; que remontan las corrientes de ríos cuyas fuentes son inaccesibles, sin saber adonde marchan, y donde levantarán su tienda de campaña; que se arrojan como las víctimas romanas, en matorrales cuajados de fieras; que se atreven á cruzar esa llanura solitaria que separa como un mar de fuego la región de los ríos de la región de las montañas, allí donde

> gira en vano, reconcentra
> la inmensidad, y no encuentra
> la vista en su vivo anhelo,
> do posar su fugaz vuelo
> como el pájaro en la mar;

y por último, que se empeñan en combates desesperados con la naturaleza, con el hombre y con las turbas voraces de salvajes que no conocen las leyes humanas, y que luchan como las fieras en defensa de una tierra que creyeron suya para siempre.

Contemplados á través de la enorme distancia de los tiempos, y cuando aun hoy día el desierto nos resiste con su salvaje heroísmo, esas figuras se agitan, se rodean de aureolas sobrenaturales, y la poesía las levanta al nivel de los héroes. Muchos de ellos cayeron en el abismo que sondeaban, y la naturaleza no cedió su dominio sin cobrar su tributo de sangre. Capitanes esforzados, corazones magnánimos resplandecieron con luz intensa en aquellos anales trágicos, ya pereciendo en manos de las tribus sanguinarias, ya bajo el golpe de la traición ó del odio de sus mismos compañeros de armas. Es que, cuando el hombre se siente aislado de sus semejantes, y en presencia de lo infinito, de lo desconocido, de la muerte misma, parece hallarse arrastrado ya á las alturas excelsas de la virtud, ya á los abismos más hondos de la maldad: la soledad le devora, y el hombre se defiende; é inmolar á sus semejantes es también, por desgracia, en esos momentos de solemne desesperación, un medio de defensa. El sacrificio humano ha sido en la infancia del mundo un modo de aplacar las iras de Dios y de la fatalidad, y el hombre abandonado en frente de la muerte, se cree desligado de los vínculos humanos, y es una fiera en el paroxismo del terror, ó es un Dios en la exaltación del entusiasmo.

He ahí el secreto de esos dramas sombríos que ensangrentaron las primeras naves explo-

radoras, y las primeras tiendas levantadas en las playas argentinas, y que nos han sido transmitidos por los sobrevivientes de tantas catástrofes. Pero al lado de esas páginas de sangre brillan los episodios heroicos que formarían epopeyas si los cantara un genio del arte; que serían narraciones deslumbradoras si la literatura contemporánea los exhumara del olvido, y las adornara con las flores nativas y con los encantos del estilo; que crearían palpitantes cantares romancescos, si la musa popular los recogiera y los transmitiera con las formas poéticas á las generaciones del porvenir.

¡Cuántos idilios ignorados y sublimes, sorprendidos por la planta invasora! ¡Cuántos amores tranquilos nacidos á la margen de nuestros poéticos ríos, convertidos en lágrimas y en duelo eterno! ¡Cuántos lazos que se soñaron indisolubles, rotos para siempre por la muerte, allí mismo donde se levantó la cabaña rústica rodeada de hiedras y entretejida de madreselvas perfumadas! Y allá en las montañas pobladas de genios juguetones como los gnomos germánicos, como los sátiros griegos, arrulladas por los ecos melodiosos de la noche que semejan diálogos musicales, donde Beethoven hubiera encontrado acentos sublimes para sus personajes vaporosos; donde el indio confiado en su dominio, se aventura sobre las cumbres y salta sobre las rocas haciéndolas rodar con estrépito hasta el abismo, ó se detiene sobre un pico elevado, semejante á una estatua de granito bañada por la luz de la luna que se suspende sobre las nieves, enamorada de su propia hermosura reflejada en el eterno espejo de las cimas blancas; ¡cuántas leyendas sumergidas en el torbellino que levantaron los

ejércitos profanadores de aquel solemne arrobamiento de una naturaleza virgen!

Nadie ha referido ni ha imaginado esos cuadros desenvueltos en medio de la soledad, ni las aventuras fantásticas de los guerreros extraviados en las selvas de las montañas, donde fueron atraídos por músicas seductoras ó por visiones fantásticas, á los palacios encantados que formaron los genios de la tierra en las entrañas del granito, ni las desapariciones repentinas de atrevidos exploradores, arrastrados á las alturas donde reina esa divinidad terrible que precipita al abismo, sobre el témpano de nieve, al profano que descubre los misterios de sus viviendas. Andersen ha encantado la imaginación del mundo relatando esas escenas que sólo descubre el poeta de la naturaleza, y la Virgen de los Ventisqueros, con sus fatales desvanecimientos, ha arrancado más de un grito de terror ante el espectáculo de una caída producida por el vértigo.

En el silencio de la noche un cacique viejo conduce sus hijos por senderos extraviados al lugar donde ha guardado sus tesoros, ó donde ha descubierto el filón macizo de oro ó de plata que será la fortuna de sus descendientes; y esos senderos recorridos tantas veces después por la codicia aventurera, están sembrados de tragedias sangrientas que la rigidez de la montaña ha ocultado, quizá para siempre.

En lo alto de una meseta cubierta de árboles frondosos, un tejido de coronas de *flor del aire* delata el sitio donde en tiempos pasados se levantó la choza del amor salvaje y bonancible; y aquellas flores que se renuevan incesantemente, parece que invitan al poeta y al artista á escuchar la historia que ellas solas conser-

van, cuya poesía se derrama al espacio en su perfume embriagador, y cuyas flores blancas como la nieve de las cimas, adornaron tantas veces la cabellera negra de la hija de los bosques, de donde pasaron á las sienes del amado que vuelve victorioso de los combates.

¡ Oh santa poesía de las montañas y de las selvas de mi patria, leyendas vírgenes que lleváis en vuestros episodios toda la fantasía de su cielo! ¡ cuántas veces ha reposado mi espíritu en vuestros misterios sagrados, y he sentido desvanecerse, al contacto de vuestras alas incorpóreas, las nieblas de mi frente, tan temprano surcada por las meditaciones y las vigilias!

Relatar aquellas expediciones asombrosas y sus inesperados descubrimientos, los combates con la fiera, con el salvaje y con la naturaleza misma, donde se hundieron tantas vidas, las escenas sorprendidas en el éxtasis primitivo por la mirada extraña, las luchas sostenidas en los baluartes graníticos en presencia de la lucha de los elementos, los sacrificios en masa al borde de los abismos ó sobre la roca que cubría los huesos de los héroes indígenas, los gemidos fúnebres de las divinidades nativas destronadas de sus pedestales eternos, gemidos que aún resuenan y resonarán en los siglos sobre las alturas inaccesibles; traducir á la lengua nacional todo lo que revelan los despojos sobrevivientes de aquella época de luz y de sombra, de horrores y de encantos, de heroísmos y martirios, sería como evocar todo el pasado, y llevar nuestra generación á beber la savia primitiva en las fuentes cristalinas de la infancia de América. Y consagrar en la tradición escrita las hazañas de los héroes de la

conquista, sería colocar el lauro justiciero de la posteridad sobre sus frentes quemadas por los soles y el humo de las batallas, buscando nuevos derroteros á la civilización. ¡ De cuántos de ellos podría decirse lo que el héroe y poeta de la *Araucana* grabó sobre la corteza de un árbol secular, y que recuerda el epitafio conmovedor y solemne del mártir de las Termópilas:

Aquí llegó donde otro no ha llegado!

Cualquiera que pueda ser el juicio de la historia sobre los hechos generales de la conquista, en su relación con la moral y la justicia humanas, la poesía exaltará los nombres de esos soldados que conquistaron su gloria con su sacrificio, y la tradición americana perpetuará sus triunfos y sus desgracias rodeados con todo el encanto de lo extraordinario y de lo sublime; porque ellas se levantan de la esfera analítica para vibrar como la música de la naturaleza, sobre el nivel de los acontecimientos, retratando y exaltando lo que haya en ellos de maravilloso y de patético, de tierno y de dramático, y susceptible de despertar la fantasía y perpetuarse por el sentimiento y la admiración.

IV

Si el arrojo y la temeridad de unos hombres que se aventuraban armados á los mayores peligros, eran para los naturales motivo de

asombro, la vista de un misionero abandonado á sí mismo en las espantosas soledades de los desiertos y de las montañas, les inspiraba cierto temor supersticioso, como si vieran en él un ser sobrenatural, ó un agente de divinidades adversas. Y la razón es clara, porque los indígenas no podían comprender la causa, el poder, el motivo de esa abnegación que tantas veces ha llegado á lo sublime, y que fué el único secreto del triunfo de la religión cristiana en los primeros siglos de nuestra era. Los bosques de Germania y las Galias, las montañas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, las soledades de la Tebaida, han sido los escenarios más luminosos de la doctrina de Jesucristo, que resplandecía aún pura y limpia de cálculos temporales, y donde brillaron ese heroísmo y ese sacrificio de la vida que tienen toda la elocuencia de la verdad, aunque muchas veces fueran los extremos de la pasión.

El salvaje teme y diviniza lo que no comprende, y le abisma y le seduce. Y así, la presencia de aquellos misioneros en el centro mismo de sus dominios, donde se anunciaban como apariciones de ultratumba, clavando la cruz sobre lo alto de una roca, y que les hablaban en la lengua nativa con igual ó mayor perfección que ellos mismos, les atraía sin sentir y les arrojaba en grandes masas, por el solo efecto de la admiración y el temor supersticioso, en los brazos de una religión que no entendían sino á medias, y cuyo símbolo era esa cruz toscamente labrada en madera ó en granito.

La predicación del Evangelio en la América reviste todos los caracteres de una leyenda de martirios, digna de ser perpetuada, no ya sólo

por los anales de la Iglesia, sino por la musa profana que encontraría en ella asuntos de vivo y palpitante interés, de asombros, de sorpresas y de efectos admirables, en la evolución operada dentro de unos espíritus en infancia, inclinados á seguir los impulsos repentinos de la fascinación y del temor. La tradición de aquella cruzada es rica en cuadros de admirable colorido, que los mismos misioneros tuvieron el cuidado de conservar en la memoria, y de escribirlos para la gloria de su Iglesia, adornados con todas las fantasías inagotables de una religión espiritualista, donde lo sobrenatural ejerce un rol tan esencial en la solución de los acontecimientos; y de tal modo este recurso ha dado triunfos á la religión católica, que aun en épocas de adelantada cultura moral, han creído sus apóstoles y soldados que podían emplearle con ventaja, olvidando que lo sobrenatural es propio sólo de la infancia del hombre, de la raza ó de la humanidad, y que desde la infancia hacia la madurez, los temores y las fantasías van convirtiéndose, por una necesaria y natural evolución, en convicciones y en sistemas.

Pero sí en todas las edades lo maravilloso ha sido alimento indispensable de la poesía y la leyenda, porque siempre hay entre nuestras facultades una destinada á hermosear las más prosaicas verdades con el encanto de la fantasía y del ideal. Así, pues, las tradiciones que nos quedan de las misiones americanas, predicadas en la soledad por atrevidos apóstoles que no temieron las flechas, las fieras, los precipicios, nos han llegado revestidas de todas esas maravillas y prodigios que el catolicismo atribuye á sus potencias providenciales, como

el paganismo antiguo llenaba sus dogmas de personificaciones divinas que actuaban con admirable oportunidad en los sucesos humanos.

La historia de la predicación cristiana en todas partes del mundo es la fuente más rica en observaciones sobre el carácter de las razas primitivas; y el filósofo que aplicara el criterio positivo á esa multitud de acontecimientos que se nos presenta como obra de la providencia divina, podría reconstruir esas historias con materiales tomados de las nuevas doctrinas con que la ciencia ha enriquecido la literatura contemporánea. Pero el poeta y el tradicionista, que toman los acontecimientos con el colorido propio con que nacieron, y como efecto de la edad y de la fantasía de los pueblos que actuaron en ellos, se complacen en conservarlos con la misma fisonomía que los caracterizó al producirse; ellos reunen la cosecha, siegan la mies madura y amontonan las espigas que luego recogerán las máquinas encargadas de transformarlas en materias alimenticias.

La poesía y la tradición primitivas son los labriegos que conducen los frutos que más tarde han de alimentar el espíritu humano. Dejémoslas en su tarea rústica, con sus cantares de la faena que mantienen el entusiasmo y la paz de la vida; otros trabajadores más instruídos completan la obra de la industria, como los sabios se encargan de formular las reglas que gobiernan las sociedades.

La tradición nacional se transforma desde la inmigración de las creencias cristianas con la conquista religiosa; los acontecimientos varían de aspecto, y nueva serie de escenas enriquecen los anales indígenas, desde que nuevos

personajes entran á actuar en ellos. Al lado de las manifestaciones fantásticas de los dioses nativos, que hablan desde la nube tempestuosa á su pueblo atribulado, vemos ú oímos las divinidades invasoras en lucha con aquéllas por arrebatarles el corazón de sus adoradores; al lado de los viejos sacerdotes de la tribu, astrólogos y adivinos que dominan con el poder de los dioses, vemos aparecer el sacerdote de la civilización, envuelto en su túnica sombría y austera, arrancando á los fenómenos de la naturaleza las pruebas visibles de la existencia de un Dios único y creador de todas las cosas, ó imponiendo la templanza en las costumbres y la fraternidad en las relaciones sociales.

Pero no son las ideas las que más influyen en la transformación del espíritu indígena y del carácter de la tradición: son los sacerdotes mismos, su arrojo, su valor, su sacrificio, que perturban el ánimo infantil de la raza, que no concibe aquella muerte voluntaria por sostener una creencia, por dar fe de una palabra ó de un signo misterioso.

Las tradiciones que la memoria popular conserva, en que fueron actores los misioneros cristianos, están llenas de interés dramático y fantástico; y en las quebradas estrechas, en las llanuras sin agua, en los bosques desnudados por el incendio y el hacha, aun se señalan lugares consagrados por un martirio, por una conversión numerosa, por un milagro evidente. En algunas comarcas se encuentran confundidas en una mezcla casi informe, por lo incoherente, los mitos de las religiones aborígenes con las creaciones ideales del catolicismo, de manera que el espíritu más observador no descubriría sin gran trabajo la solución ra-

cional de ciertos acontecimientos; y en mi sentir, tal mezcla y confusión provienen de que los misioneros aprovecharon las prácticas religiosas de los indios, para transformarlas, por una aplicación semejante, en rituales católicos, siguiendo el procedimiento que Gregorio Magno aconsejaba á sus misioneros de los anglo-sajones. Pero la transformación verificada en el aparato exterior, no llegó á realizarse en la inteligencia.

Hoffmann hubiera encontrado en esas tradiciones oscuras sus mejores y más raros efectos, y Poe sus más sombríos cuadros; porque el estado nebuloso en que quedaron las ideas en algunas regiones del país, mantiene aún casi en su estado primitivo el espíritu popular; y son esas tinieblas las que ofrecen al poeta los más sorprendentes y ricos veneros de fantasía y de belleza.

El efecto moral, no obstante, cambia según los lugares, el temple de los habitantes y la mayor ó menor fuerza de la creencia natural; y así como en muchos casos se convirtieron poblaciones enteras ante la aparición de un prodigio, ó ante la palabra de los misioneros, en otros llegó la exaltación hasta convertir á los caciques en verdaderos monstruos de crueldad, sacrificando en muertes espantosas á los heroicos predicadores que entregan la vida con la resignación de los mártires antiguos. También es cierto, no era poco riesgo penetrar en la vida íntima de aquellos engreídos soberanos, dueños absolutos de la vida de sus súbditos, acostumbrados al placer sin trabas de la materia, é imponerles la moderación en medio de sus excesos!

Contribuyeron no poco á agriar el carácter

de los indios la violencia y la crueldad de sus conquistadores, que los consideraron como seres inferiores á la especie humana; y como la espada venía detrás de la cruz, cortando los vínculos naturales de la familia y de una costumbre inmemorial, con prescindencia de aquella caridad que predicaban las palabras, no tardaron en ver en aquellos solitarios misioneros agentes bélicos tan interesados como los guerreros mismos en la conquista de la tierra; creyeron que no venían sólo por la conversión del alma, sino también á recoger su parte de botín en las matanzas ó en los cautiverios; y si en algunas tribus hallaron la sumisión y la obediencia, en otras se estrellaron contra una resistencia que ha durado hasta el presente siglo.

Si he de atenerme al juicio de los cronistas de la época de las primeras expediciones, quienes observaron de cerca las costumbres nativas, los pueblos de la raza quichúa que más territorio ocuparon de lo que es hoy la nación argentina, gozaban ya entonces de una adelantada cultura moral, siéndoles ajenos muchos de los vicios que denigran la criatura humana, que son comunes á casi todas las razas en su estado salvaje; que cultivaban con un orden admirable sus tierras, y que vivían satisfechos de la virtud y del amor de sus reyes, de tal manera que forma un triste contraste aquel estado bonancible de costumbres, con la conducta cruel é injusta ante las leyes morales y sociales, que observaron los conquistadores cristianos; y esto hizo decir á uno de esos cronistas: «que por cierto no es pequeño dolor contemplar, que siendo aquellos Incas gentiles é idólatras, tuvieran tan buena orden para go-

bernar y conservar tierras tan largas, *y nosotros siendo chripstianos, hayamos destruido tantos reinos; porque, por donde quiera que han pasado chripstianos, conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego se va todo gastando*» (1).

Así, pues, no es extraño que estallara la cólera en aquellos corazones medio cultivados por una sabia aunque embrionaria dirección social; y como el amor y la ternura son los únicos recursos para dominar al niño que comienza á sentir los primeros impulsos de su voluntad caprichosa, y no la fuerza y el terror, aquellas naciones en la infancia hubieran cedido con la mejor resignación del mundo á las seducciones de la palabra evangélica, traducida en los hechos por una conducta caritativa hacia ellos, y en último caso á la guerra, pero á una guerra humana, inspirada en el derecho cristiano.

Con todo, y dejando de lado estos juicios históricos que podrían llevarme á formular un proceso por demás conocido, los misioneros católicos de aquel tiempo han merecido ser consagrados por la leyenda; y sus arriesgadas expediciones que levantan su valor y su piedad á una altura ideal, presentándolos como personajes sobrenaturales ó inspirados de Dios, en medio de una multitud de pueblos de índole belicosa y apasionada, ofrecen á la poesía y á la tradición escrita, caracteres interesantes que darían vida y colorido á la narración, y suave encanto á la imaginación popular.

Y tal influencia ejercieron sobre el espíritu

(1) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. XXII.

de los vencidos y de los vencedores, que cada uno de los hechos de la conquista va ligado á la propaganda religiosa, ó se halla rodeado de un milagro, de una aparición celeste, ó de una intervención favorable de Dios ó de sus santos mediadores. Así, la historia de la época colonial, y hasta los actos más ínfimos de la vida, están íntimamente saturados del espíritu religioso, á tal punto, que hay acontecimientos que la inteligencia popular no comprende sino como una manifestación del poder, del castigo ó del amor de Dios. Las ciudades tienen sus patronos en el cielo, y este título es el pago de una deuda sagrada por un milagro salvador. Muchos de los triunfos guerreros sobre los salvajes son obra de influencias de personajes celestes, movidos á compasión por el ruego de la tierra ó por la devoción de los jefes.

Desde la infancia del hombre los dioses intervinieron en los combates, y quizá los versos más sublimes de Homero son aquellos en que describe á los moradores del Olimpo mezclándose en el fragor de las armas, á donde la misma Venus se aventura con esa imprevisión femenina que no retrocede ante el mayor peligro, hasta que su sangre «semejante al rocío» es arrancada por una flecha certera.

Como en la mitología helénica, la religión católica ha creado una categoría secundaria de divinidades protectoras de la vida, que bajo la forma de personificaciones ideales de la naturaleza y sus fenómenos, ó sus accidentes periódicos, influyen en la sucesión de los acontecimientos. Ella tiene sus divinidades que presiden á la labor de la tierra, á la caída de las lluvias, á la fecundidad de las madres, á la paz doméstica; que preservan de los vientos abra-

sadores, de los rayos que devastan, de las pestes que diezman los pueblos, y todas esas personificaciones verdaderamente poéticas y encantadoras, encarnadas en la conciencia de las masas medio civilizadas, dan á las tradiciones que ellas conservan, un tinte y un sabor dulcemente simpáticos al corazón, y aún á los espíritus más ilustrados. ¡Cuánto hubiera prolongado su dominio en el mundo esa religión, si en vez de hacer de ellas objeto de dogmas y pretender avasallar con ellas la inteligencia, les hubiese conservado su sencillez primitiva, manteniéndolas aisladas en el corazón, y rodeadas sólo del encanto inocente de la poesía y del amor!

V

Estimulaba el celo de los conquistadores la esperanza, sobrado fundada, de encontrar tesoros ingentes acumulados por los indios, y extraídos de sus riquísimas minas. Las crónicas que llegaban á España deslumbraban con el brillo de los metales y pedrerías que adornaban los altares de los ídolos, y como una religión pagana no merecía el respeto de gente civilizada, ni la propiedad inmemorial en manos de salvajes merecía ser respetada por cristianos, nada más fácil que despojar aquellos templos, arrebatar esas propiedades y violar los sepulcros, á donde, según una práctica muy antigua, los muertos llevaban sus riquezas en adornos, en vestidos, en utensilios domésticos, en arreos militares ó en atributos de poderío.

La expectativa era magnífica, y la codicia, ese móvil eterno de las tragedias humanas, armó el brazo de los aventureros contra el indígena, y aun fué causa de sangrientos sucesos que mancharon á los unos en la sangre de los otros. Las crónicas están llenas de episodios lúgubres, donde el hambre de una fortuna fácil hace estragos en las vidas y en la moral de aquellos hombres, que venían en nombre de la civilización cristiana á apoyar la propaganda evangélica. Ejecuciones inicuas que dejan en la sombra la barbarie de los vencidos, intrigas escandalosas y exacciones inhumanas, he ahí lo que revelan los rastros de la conquista sobre el suelo de América. La codicia era el fuego que devoraba todo lo que los Incas habían labrado, construído y cultivado, según la triste protesta que he copiado de Cieza.

Pero arriba de todo esto, y mirando los sucesos al través de la distancia, y tratando de referir las aventuras de aquellos rebuscadores de tesoros ocultos, ya sea en las quebradas de las montañas, en los cauces de los arroyos, ó en las tumbas dispersas ó escondidas, hay un interés verdaderamente fantástico en sus relatos, á los cuales no son extraños los personajes sobrenaturales de una ú otra religión.

Hay algo de trágico y de cómico á la vez, en aquella serie de intrigas que se enredan y desenredan en las sombras de la noche, y en esas excursiones misteriosas á las soledades de los bosques y de las montañas, guiados por algún indio prisionero que oyó contar á sus mayores de la existencia de un tesoro enterrado bajo los cimientos de un *pucará*, ó en el hueco de una enorme roca; y hay mucho de fantástico en la intervención del Demonio en

todas esas intrigas, con el legítimo interés de perder aquellos cristianos atrevidos que traían la cruz á sus dominios hasta entonces pacíficos, por lo ignorados; y ¿qué mucho, si hasta los mismos santos del cielo católico tomaron alguna vez bajo su cuidado el descubrir el derrotero de una mina ó de una huaca rica en tesoros, para proveer á sus devotos feligreses? Y aunque Jesús había predicado que nadie puede servir á dos señores—á Dios y á las riquezas,—bien valían tantos sacrificios por la fe, el premio de una excepción á aquella regla tan dura.

Las riquezas de los Incas eran fabulosas. Así lo dice el buen Cieza de León, que vió con sus propios ojos tantas maravillas, en estos párrafos que transcribo: «Por la gran riqueza que habíamos visto en estas partes, podremos creer ser verdad lo que se dice de las muchas que tuvieron los Incas; porque yo creo, lo que ya muchas veces tengo afirmado, que *en el mundo no hay tan rico reino de metal, pues cada día se descubren tan grandes veneros, así de oro como de plata*; y como en muchas partes de las provincias cogiesen en los ríos oro, y en los cerros sacasen plata, y todo era por un rey, pudo tener y pasar tanta grandeza; y dello yo no me espanto destas cosas, sino como la ciudad del Cuzgo y los templos suyos no eran hechos los edificios de oro puro... Y sacando tanta suma, y no pudiendo el hijo dejar que la memoria del padre, que se entiende su casa y familiares con su bulto, estuviese siempre entera, *estaban de muchos años allegados tesoros, tanto que todo el servicio de la casa del rey, así de cántaros para su uso de cocina, todo era oro y plata*; y esto no en un

lugar y en una parte lo tenía, sino en muchas, especialmente en las cabeceras de las provincias, donde había muchos plateros, los cuales trabajaban en hacer estas piezas; *y en los palacios y aposentos suyos había planchas destos metales, y sus ropas llenas de argentería y desmeraldas y turquesas y otras piedras preciosas de gran valor. Pues para sus mujeres tenían mayores riquezas para ornamento y servicio de sus personas, y sus andas todas estaban engastonadas en oro y plata y pedrería.* Sin esto, *en los depósitos había grandísima cantidad de oro en tejuelos, de plata en pasta,* y tenían mucha chaquira, ques en estremo menuda, y otras joyas muchas para sus toquis y borracheras; y para sus sacrificios eran más los que tenían destos tesoros; *y como tenían y guardaban aquella ceguedad de enterrar con los difuntos tesoros*, es de creer que cuando se hacían las exequias y entierro de estos reyes, que *sería increíble lo que meterían en las sepulturas.* En fin, sus atambores y asentamientos y estrumentos de música y armas para ellos eran de este metal; y por engrandecer su señorío, pareciéndoles que lo mucho que digo era poco, *mandaban por ley que ningún oro ni plata que entrasen en la ciudad del Cuzco, della pudiese salir*, so pena de muerte, lo cual ejecutaban luego en quien lo quebrantaba; y con esta ley, *siendo lo que entraba mucho y no saliendo nada, había tanto, que si cuando entraron los españoles se dieran otras mañas y tan presto no ejecutaran su crueldad en dar la muerte á Atahualpa, no se qué navíos bastaran á traer á las Españas tan grandes tesoros como están perdidos en las entrañas de la tierra y estarán*

por ser ya muertos los que los enterraron» (2).

He ahí, pues, la causa de esa gran agitación, y de ese febril empeño con que tales tesoros se buscaban, en la esperanza de volverse ricos en poco tiempo; porque estas crónicas llegaban á la Península, y de allí se desprendían masas de aventureros que no perdonaban suplicio alguno para lograr su intento. La tragedia del rescate de Atahualpa se ha hecho inmortal por la tradición, la poesía, la historia y el drama; y como ésta, muchas otras tuvieron lugar de un cabo á otro del gran Imperio, pues que, como dice Cieza, en cada cabeza de provincia, se depositaban los tesoros en los templos y en las sepulturas de los jefes, y las provincias llegaban hasta las orillas del Maule, en Chile, y en nuestro territorio, hasta el Río Cuarto y el Carcarañá. Pero la historia de los descubrimientos en regiones apartadas, y la tradición misma, se han perdido en el olvido á causa del alejamiento de los lugares, y apenas si nos queda un elemento de deducción en los cuantiosos tesoros que acumularon los jesuítas en sus retiros misteriosos, verdaderos baluartes inexpugnables de la fortuna, y en el lujo extraordinario con que adornaron y dotaron sus templos.

El mismo Cieza nos habla de que los reyes Incas solían exhibir públicamente el tesoro inmenso de Huaina-Capac, que tantas historias ha originado, y que dió al señor Miguel Luis Amunátegui tema para su hermosa tradición titulada *Un pacto con el diablo* (3). Y aumenta el interés de estos relatos la circunstancia

(2) *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. XIV.
(3) *Narraciones históricas*, p. 137.

de hallarse rodeados esos tesoros de toda la pompa y el misterio de la religión indígena, y más aun la creencia que divulgaban los misioneros, y que aceptaban de corazón aquellas católicas gentes, de que el Demonio se había apoderado de aquel Imperio, y que reinaba sobre él, pues que soplaba sobre sus reyes sus maléficas inspiraciones. El debía conocer todos aquellos secretos lugares tan codiciados; él mismo ayudaba á sus hijos á reunir riquezas para adornar los ídolos gentílicos, y para mantenerlos en la perdición y en el infierno; y ¡ cuántos católicos fervorosos no sintieron vacilar su fe, é inclinarse á llamar de su invisible morada al poderoso monarca de las sombras, para pedirle la revelación de un tesoro, como el doctor Fausto le pedía la juventud!

¡ Cuántas veces en la oscuridad de la noche, encerrados en su alcoba, aquellos hombres ansiosos de fortuna pronunciaron en voz baja, con toda la solemnidad de la liturgia satánica, el triple *¡incubus!*, evocador del espíritu maligno, y recurso supremo del que ha tentado todos los medios sin éxito favorable! Y él acudía siempre á su llamado, dispuesto á servirlos sin otro interés que el del alma, que iría á sus dominios una vez terminada su peregrinación terrestre. ¿Y qué era al fin y al cabo el alma—se decían,—después que el cuerpo deja de existir? Bien se puede en vida rendir culto á Dios y parecer un santo, siendo que se conserve en secreto el pacto celebrado con Satanás, que cobra tan tarde sus deudas; porque su inmortalidad, que él lleva como una condena, le permite fijar á sus deudores plazos muy cómodos, y aun dispensar intereses. Y muchos lo hicieron, y fueron ricos, sin importárseles

gran cosa la expectativa—que hoy debe ser una realidad,—de vivir su segunda vida en compañía eterna con su generoso acreedor.

Por su parte, aquellos creyentes más firmes en la fe—*in fide stabiles*,—pero que revestían una autoridad militar ó civil, y que no querían hacer tamaña traición á sus creencias, se valían de medios más positivos, si bien no más eficaces que el de la amistad con Lucifer, para obtener el anhelado secreto: con la ayuda de su autoridad y de sus armas obligaban á los indios que habían cavado las tumbas, conducido los muertos ó depositado las riquezas, á enseñarles el sendero que conducía á la huaca, bajo pena de la vida, ó de sufrir los más atroces tormentos.

Muchos espíritus fuertes murieron fieles á su secreto, pero los más cedían á tan formidables impulsos; y es digna de ocupar la atención del tradicionista, aquella sucesión de suplicios espantosos y de resistencias heroicas, que ponen de relieve el temple de una raza, ó la fuerza de una superstición en cuyo nombre morían y se mantenían fieles á los huesos de sus reyes; porque aun tratándose de salvajes, hay actos que por su naturaleza y los móviles que los inspiran, despiertan en el espíritu más bien cultivado cierto sagrado respeto, y es el que impone siempre el sacrificio humano, ya por el error, por la verdad ó por el Dios que se adora.

La abnegación que conduce al martirio ha consagrado las grandes verdades como los grandes errores que la humanidad ha venerado durante siglos; y no es menos grande el carácter de la víctima porque sea un salvaje del desierto, que el del sabio, del apóstol, del solda-

do que llegan al sacrificio por la doctrina, por la creencia, por la patria; ni es menos palpitante la historia del uno en su humilde y reducida esfera, que la que refiere los momentos sublimes de los otros, en el círculo luminoso de los grandes hechos.

VI

Lo maravilloso es esencial á todas las religiones, pues que ellas son obra de las inteligencias cuando no han llegado aún á conocer las leyes físicas que engendran y gobiernan la naturaleza. Por medio de concepciones fantásticas el hombre primitivo llena el gran vacío de sus facultades, integrándolas de esa manera transitoria, hasta que la elevación y la cultura de su razón las desalojan, de modo que la evolución de la inteligencia podría representarse por la disminución del volumen que las creencias religiosas ocupan en el cerebro. Y es propio de las religiones apoderarse profundamente del individuo, hasta avasallarlo y reemplazar su criterio propio con el criterio sobrenatural, porque parten del principio de una sabiduría omnipresente, que asiste á la elaboración y á la produción de todos los sucesos naturales y humanos. Así, el hombre educado en este ambiente moral, no necesita de sí mismo ni de su propia razón para el desenvolvimiento de su vida: todas las cosas tienen á sus ojos una causa común. Pero para la comprensión de cada uno de los fenómenos que la

naturaleza le presenta, esa razón suprema y general se multiplica en atributos especiales que, personificados en un sistema, forman verdaderas potencias divinas semejantes á la gran potencia universal, y semejantes al hombre mismo en sus formas visibles; y si para la inteligencia cultivada esas idealidades se desvanecen al análisis, para la imaginación, en todas las esferas intelectuales, siempre tienen algo de hermoso que encanta, porque la poesía que vive de lo bello bajo cualquiera forma, ejerce constantemente su influencia, y derrama sus armonías sobre el espíritu que la concibe, la modela y la admira.

El milagro en el catolicismo es la forma de lo maravilloso, es la manifestación evidente de esa potencia divina que preside, como una ley permanente, la sucesión de los fenómenos naturales; él ha sido durante las épocas de transición de la humanidad, la prueba más formidable de la verdad de una religión que venía con el prestigio de un martirio sublime; y tanto más brillantes y deslumbradores fueron sus efectos, cuando más infantiles eran los pueblos donde se predicaba.

En América sus triunfos se multiplican, y resplandecen con luz intensa y nueva; su poder se extiende de uno á otro de sus extremos, y la imaginación de sus razas aborígenes absorbe al fin esas deslumbrantes creaciones con todo el calor de su savia virgen, asimilándolas á sus propias concepciones ideales. Ellas penetran en las costumbres con los nuevos elementos de cultura, y de aquí un nuevo carácter en los hechos sociales, y una nueva dirección en la vida. Pero la transformación, como todas las que renuevan en cualquier sen-

tido el espíritu humano, no se verificó de repente, sino que fueron menester algunos siglos de luchas y de pruebas, en las que actuaron no sólo los hombres portadores de la nueva creencia y los héroes de la raza conquistada, sino los dioses conquistadores con todo su aparato de milagros, en frente de los dioses nativos que, á su vez, despliegan todo el esplendor de sus falanges luminosas ó sombrías sobre las corrientes atmosféricas, ó bajo las moles graníticas, teatro sublime de la lucha entre dos olimpos que se disputan el dominio de una raza.

Pero los predicadores católicos, conocedores de las causas y de las leyes naturales, podían preparar los efectos sorprendentes de sus milagros, haciéndolos aparecer en el momento sicológico á los ojos de sus enemigos, al contrario de éstos, acostumbrados á admirar sus divinidades y á recibir sus influencias, desprovistos de toda idea preconcebida, como que les atribuían una existencia independiente de su propia razón.

Así, cuando los cultivos se quemaban á los rayos de un sol de llama, y la lluvia tardaba en caer sobre la tierra sedienta, y llamaban en vano sus dioses protectores, aparecían las imágenes de los santos invasores de un modo misterioso á anunciarles la lluvia, que ha de hacer florecer sus mieses y vestir de verdura sus campos; y los sacerdotes de la nueva religión se presentaban después diciendo, que, puesto que sus dioses los abandonaban no acudiendo á sus ruegos fervorosos, abrazaran el culto de los suyos que se compadecían de sus desgracias, y venían en su socorro aún sin ser llamados. Aquellas gentes sencillas, al saborear los

frutos salvados de la sequía, bendecían unos dioses tan benignos, y á los hombres que enseñaban su culto y predicaban su religión.

De este modo la predicación sancionada por Dios con sus milagros, ha operado las conversiones tan numerosas de que la tradición ha conservado memoria, llevando á los neófitos á los extremos de la nueva fe, á la que se entregaban en cuerpo y alma, no sabiendo marcar la línea que divide la sumisión religiosa de la sumisión personal, y poniendo al servicio del culto de las imágenes vencedoras todo el fervor que consagraban á sus ídolos, aumentando en intensidad por la admiración ó el temor que produjeron su conversión.

De tal manera, la religión ayudó eficazmente á la conquista militar, rodeando sus ejércitos con la aureola de la divinidad, apareciendo como un trasunto humano de los que en los tiempos de la rebelión satánica combatieron en las alturas invisibles contra los numerosos soldados del pecado. Y no hay uno solo de los grandes acontecimientos de aquella guerra, que no lleve el sello de la intervención divina, que no aparezca realizado para la gloria de la religión cristiana, ó para confirmar uno ó muchos puntos de su doctrina, ó los atributos de su Dios. Así la tradición de esos hechos llega hasta nosotros adornada con las fantasías, divinizada por la presencia de los santos ó de sus milagros, y hoy apenas si podría hallarse interés alguno en sus relatos si los despojáramos de su vestidura religiosa, que es lo que constituye su fondo y su fin; del mismo modo que no podríamos hallar encanto en las tradiciones bíblicas, si prescindiéramos de la par-

te que cupo en los sucesos de Jehová, á sus agentes alados, ó á sus profetas.

La tradición no analiza, porque no es la historia; y así como el geólogo reune los objetos que caracterizaron una época remota para trazar su historia natural, el historiador del espíritu humano acopia las tradiciones de todos los tiempos con el colorido propio con que nacieron, para trazar la historia del desenvolvimiento evolucional de la cultura; y por eso la literatura nacional, al relatar los hechos tradicionales de la conquista, debe tener un cuidado bien prolijo en no borrar los tintes característicos de esa época, como si se tratara de conservar una tela del Renacimiento, encontrada en los escombros de una ruina.

Los literatos americanos que se ocuparon de escribir las tradiciones de aquel tiempo, tanto en el Perú como en Chile y entre nosotros, no aprovecharon este elemento fecundo de bellezas, como sería de desear en asuntos que tocan tan de cerca la índole nacional, sino que dejaron á los cronistas de la Iglesia transmitir la narración de los hechos, lo que, bien se comprende, hacían sólo con el interés de su propaganda, y en manera alguna con el de iluminar las sendas del historiador independiente en su averiguación del pasado, ni con el fin de dar á conocer la sociabilidad de los pueblos americanos durante la mezcla de las razas. Verdad es que los que dedicaron su tiempo á este género de trabajos, sólo fueron los historiadores, y al hacerlo, era que aprovechaban los materiales encontrados en el curso de sus investigaciones históricas, pero siempre con el criterio positivo del cronista ó del filósofo, y no con el criterio estético del artista, que copia el cuadro

real sin analizar las leyes fundamentales que dan vida al paisaje, ó determinar los hechos de sus actores.

La tradición es un género especialísimo de composición, que no tiene de la historia sino el marco, pero que saca toda su animación y su interés de las circunstancias extraordinarias, de los móviles íntimos, de las supersticiones, de los sentimientos, de las costumbres puestas en juego para producir un suceso que por sí solo no constituye una historia, sino un episodio, un drama, un idilio, narrados en el estilo sencillo y propio de los asuntos y de los personajes que actúan en ellos. Ella se aproxima á la poesía tanto, que podemos decir que son hermanas, que viven del mismo elemento, y están destinadas á los mismos objetos; de manera que la poesía casi siempre forma la tradición, y ésta á su vez se adorna con todos los atavíos de la poesía.

Así, pues, no debemos relatar las tradiciones populares con el estilo severo y descarnado del historiador que refiere juzgando, sino más bien con el del artista que procura encantar, vistiendo la verdad con los atractivos de la belleza y de la imaginación; porque la naturaleza misma de los sucesos tradicionales, nacidos espontáneamente del carácter de una raza, de un pueblo, de una familia, en el transcurso de su vida social ó doméstica, y en los que se reflejan sus genialidades, sus caprichos, sus gustos, sus pasiones exige que sean contados más bien en la velada del invierno, y en el reducido círculo del hogar, que analizados en las academias donde se juzgan y se pesan los grandes problemas de la ciencia, de la política ó del arte.

Por eso pienso que nuestras letras se enriquecerían con esos asuntos, absorbidos hasta ahora por la literatura mística, y se lograría el doble objeto de deleitar los espíritus con narraciones fantásticas, novelescas ó pastoriles, y de quitarles el sello propagandista de una religión militante, presentándolas con el atractivo de la poesía y con la amenidad del estilo, que tanto influyen para rodear la vida de placeres intelectuales, comunes al pobre que vive alejado de los grandes círculos, y al que entrega sus horas fatigosas al vértigo de la fortuna.

Las montañas de Córdoba, la Rioja, Catamarca, hasta los valles más estrechos y escondidos de los Andes, los bosques de las Misiones, de Corrientes, y los llanos mismos intermedios, están sembrados de restos que atestiguan el paso de una misión religiosa, y donde se conserva el recuerdo de un portento divino. Yo he visto en Córdoba ruinas sagradas, y en mi provincia, á corta distancia de la capital, se levantaban hasta hace meses, las rústicas paredes de la vivienda que Francisco Solano, el *portentoso apóstol del Reino del Perú,* construyó con sus propias manos, con piedras superpuestas, y donde predicaba la conversión á las tribus congregadas, y donde más de un milagro vino á sellar con la autoridad de Dios su palabra inspirada.

En la humilde morada que mis abuelos levantaron en medio de esas mismas montañas, se conserva todavía una imagen de San Isidro—la idea católica de la Ceres antigua,—en actitud de arar la tierra, teniendo sujeto un par de bueyes de yeso. El es el patrón de la aldea, y este título, otorgado por la inocente fe de mis mayores, es debido á un milagro que salvó las

sementeras de una larga sequía, hecho tan frecuente en aquella tierra hasta hoy desolada: él hizo caer la lluvia bienhechora que reanimó las fuentes en el seno del granito, y fecundó la tierra; y cuando las hordas vandálicas de la guerra civil penetraron á sangre y fuego en esa morada que yo venero, mis padres huyeron como las aves perseguidas, pero llevaron consigo aquella imagen en la que amaban y conservaban la tradición del hogar (4).

Y así, en cada una de las pequeñas poblaciones fundadas por los primeros españoles, ya sobre los valles, los llanos ó las laderas, ya sobre los cimientos de aldeas indígenas destruídas por los combates, se conserva una tradición milagrosa en que un santo ó un ángel bienhechor salvaron las gentes de una matanza ó de un flagelo. Y ellas viven á su amparo entregadas á su culto, hasta que la civilización derriba los monumentos de la tradición y renueva el espíritu nativo; y son felices con esa felicidad de la ignorancia y de la fe, que no se alteran mientras el pensamiento no se agita con independencia.

Los templos antiquísimos construídos con la arquitectura más sencilla que pueda el hombre ejecutar, y que quedan en muchas ciudades y campañas como un testimonio de la época colonial, están llenos de tradiciones en las que resalta el elemento sobrenatural, y se conservan allí porque en ellas no penetra un rayo solo del espíritu moderno que viene transformando nuestro genio y nuestra tradición nacionales. Los templos de San Francisco, en la

(4) Entre mis ensayos literarios, conservo una tradición sobre este asunto, titulada: *La cueva de San Isidro*.

Rioja y Santiago, conservan aún, el primero un naranjo vetusto en cuyo tronco el infatigable apóstol había cavado un nicho para sus penitencias, y el segundo el cordón de su hábito, cuyo origen refiere uno de sus panegiristas como sigue: «un devoto suyo, y muy afecto, viéndose destituido de su presencia, le pidió que le dejase por amor de Dios alguna prenda de su amor, para templar el rigor de su soledad. Dexole la cuerda con que se ceñía, y en ella quedó tan enriquecido, como con una cesión de la omnipotencia, pues por medio de ella ha querido Dios hacer tantos milagros, que hasta el día de hoy se guarda en un Sagrario, como vínculo de prodigios, en Santiago del Estero» (5).

La semilla de estas sugestiones religiosas, sembrada por los misioneros, regada por las iglesias y sus comunidades, y fecundada por los cerebros rudimentarios de los naturales, fué transmitiéndose y ahondándose siempre por la fusión de las razas, hasta formar el carácter de la cultura nacional, y está muy lejos de abandonar el profundo surco donde ha caído; y hoy mismo, en las aldeas apartadas del interior, se presencia la aparición de santos y profetas que consiguen arrastrar enormes masas de gentío con sus gesticulaciones y sus

(5) *Epítome de la Vida, Virtudes y Milagros del Portentoso Apóstol del Reyno del Perú, San Francisco Solano.* Compuesto por el señor JUAN RODRÍGUEZ DE CISNEROS, Lector de Teología, Examinador y Juez Sinodal, etc., etc., etc. Reimpreso en Buenos Aires, y dedicado á don Manuel Ferreyra de la Cruz, Síndico del Convento de San Francisco. En la Real Imprenta de los Niños Expósitos, con las licencias necesarias. Año de 1790.—El DR. A. J. CARRANZA en sus eruditas notas á los Libros Capitulares de Santiago del Estero, consigna también el mismo hecho y su tradición.

aparatos casi siempre asquerosos, que los hace aparecer como poseídos del Espíritu Santo, y que recuerda las épocas de mayor degradación de la especie humana. Por lo general, la población nativa se encuentra aún en su estado más pasivo de sugestión religiosa, sin que la evidencia de los progresos sociales, ni las enseñanzas de las escuelas, sean parte á levantarlas un palmo del abismo en que se arrastran.

En diversas épocas de la historia se han visto pueblos fanatizados al extremo, pero en ningún país del mundo penetró más adentro esa fe que embrutece cuando se abandona á la inercia de cerebros embrionarios, que en los que forman la República Argentina, donde por más tiempo se radican sus apóstoles. Y en cuanto á la tradición, puede decirse que una gran parte de nuestra población se halla aún en el período primitivo de su evolución intelectual, en el que las ideas se conciben en su forma más grosera, y las sugestiones se verifican en su grado más alto de automatismo. Lo sobrenatural, lo inverosímil, lo monstruoso, serían hoy mismo un alimento intelectual de esa población criolla que se mantiene, por su alejamiento de los grandes centros de cultura, como lo estaban en el tiempo de mayor apogeo de la dominación religiosa.

VII

«Por este tiempo se presenta en la escena de la conquista y amalgama de pueblos salva-

jes, el más extraño elemento que haya figurado en la historia de las conquistas. Una asociación religiosa, animada de un espíritu asombroso de acción, bajo una disciplina severa y con sólo las armas de la persuasión y la superioridad intelectual de la raza blanca, acomete la empresa de organizar sociedades con base salvaje, sobre un principio religioso, con un gobierno teocrático de tutela espiritual absoluta. Tales son las misiones famosas del Paraguay, que llenaron por dos siglos el mundo con su gloria, que produjeron en efecto excelentes historiadores y panegiristas de la Orden, hasta que despertando los celos del gobierno civil de la España, fueron secuestrados y transportados á Europa los Padres Jesuítas, sin que las autoridades que se dieron á las veintiuna Misiones, con sesenta mil habitantes que regenteaban, fuesen parte á retenerlos en sus pintorescas villas al lado de los altares donde acostumbraban elevar preces y cánticos á la Virgen Santísima, más que á Dios» (6).

Con la entrada de estos singulares apóstoles de la religión conquistadora, la dirección y el carácter de la propaganda toman nuevos bríos y más seguro ascendiente sobre los espíritus. Ellos llevan á todas partes el prestigio del misterio y de la fuerza moral; y desde el siglo XV en que aparecen en la historia, su nombre y sus actos, como las olas del océano, no dejan un instante de resonar en los oídos de la humanidad, ni reposan un momento en su misión extraordinaria.

Las guerras de religión que sacudieron el corazón de la Europa en el siglo XVI les en-

(6) SARMIENTO. *Conflicto y armonias de las razas*, t. I, p. 34.

cuentran en la plenitud de su vigor, y ellos solos hicieron en esos tiempos de borrascas, lo que no pudieron los ejércitos ni la diplomacia. Organizados con independencia del Papado, y sobre bases mucho más sólidas que la Iglesia misma, porque son humanas y positivas, llegan á infundir temor á los reyes, porque estudian y explotan los más recónditos móviles del alma, porque abdican su libertad, haciendo de la obediencia pasiva la fuerza de su unión, y porque no hay palmo de la tierra, ni principio de moral, ni doctrina científica, ni evolución social, ni dogma religioso que no giren en torno de su propia personalidad de tal manera que ninguna asociación humana, ni aun los más grandes imperios, lograron más que ellos extender su influencia. Son monárquicos en Francia, conspiradores en Alemania y en Inglaterra contra la monarquía; son regicidas bajo Luis XIV y los Estuardos; predican el Evangelio en todas partes y sus arcas se llenan de tesoros; tienen una moral para el público y otra muy diferente para sí mismos.

Pero tal organización y tales medios de propaganda y de influencia, si bien son eficaces desde luego, y en épocas de atraso, no pudiendo permanecer ocultos sin herir vitales intereses y derechos humanos, sociales y políticos, no tardaron en ser apreciados con toda la magnitud de su peligro por los Estados, los individuos, los filósofos y aun los mismos doctores de la Iglesia católica. No se marcha impunemente contra las olas agitadas, ni se vuelve jamás la dirección de los ríos, ni el genio más portentoso podría detener la marcha del espíritu humano.

En la América conquistada y sometida, vie-

ron horizontes ilimitados á sus planes de dominación universal, y se lanzaron sobre ella con todo el prestigio de sus triunfos, con todo el caudal de su astucia, con todo el arsenal de su ciencia; y puestos al servicio de la conquista, como se hubieran opuesto á ella en caso necesario, hicieron más por el triunfo de las armas y de la fe que muchos ejércitos, y que sus predecesores de otras órdenes religiosas. Penetran en las moradas más ocultas del salvaje, y le ofuscan y dominan con el misterio y el terror espiritual; descubren tesoros ingentes acumulados por la naturaleza y por el hombre, y sus riquezas se vuelven fabulosas; levantan templos y colegios en las montañas y en los llanos; aspiran á realizar su idea teocrática absoluta del gobierno en las Misiones del Paraguay y de Corrientes, y asientan, por último, en Córdoba, los cimientos formidables de su poder y de su acción. De allí se extendían por caminos invisibles ó desconocidos por todo el virreinato, del mismo modo que se extienden las sombras sobre la tierra. Llegan á conocer y contar hasta las menores pulsaciones del continente, y una especie de comunicación eléctrica les mantiene unidos á través de los desiertos, las cordilleras y los mares.

Así, de tan asombrosa manera, su aliento soplaba en todas partes al mismo tiempo, en todos los dominios de la política, de la vida social, de la religión, de la industria, del comercio, de la guerra y de las artes; su vida y manejos misteriosos llenan de temores y supersticiones los espíritus más cultos, y bien pronto son mirados como seres superiores á su especie. Y bien se comprende que su influencia sobre todas las manifestaciones de la vida debía

ser tan profunda y general para llenarla y saturarla de su espíritu, y para que la tradición recibiera de ellos colores nuevos y abundantes motivos para sus relatos, hasta el punto de constituir por sí solos, desde su advenimiento, el único centro á cuyo rededor giran los hechos sociales, y que no existan tradiciones más interesantes en su aspecto maravilloso ó fantástico, tenebroso ó diabólico, que aquellas en que intervienen como actores ya sea directos, ya sea como inspiradores de las acciones, ó evocadores de los milagros que asombraron á las gentes y las decidieron á convertirse á la nueva fe.

La literatura americana, la ciencia y la tradición deben á los jesuítas tesoros preciosos y elementos valiosísimos, gracias á sus prolijos estudios del país, á sus crónicas verdaderamente notables, escritas, es cierto, *ad majorem Dei gloriam,* pero no por eso menos importantes para la historia. Gracias á los trabajos de Lozano, de Guevara y otros, hemos podido los argentinos reconstruir la sucesión no interrumpida de nuestra historia desde la conquista, conocer las costumbres indígenas que la espada y la colonización habían extinguido, los primeros antagonismos que estallaron entre nuestros conquistadores, los primeros ensayos de la vida municipal trasplantada de España, las aventuras arriesgadas y novelescas de soldados y sacerdotes, las peripecias interminables que precedieron á la fundación de las ciudades y á la organización de sus gobiernos, y en fin, las menores palpitaciones de la vida en aquella sociedad tan agitada y combatida. Los dos historiadores que he nombrado suministran al poeta y al tradicionista los asuntos más her-

mosos en que no faltan aquellos colores sombríos ó nebulosos de la fábula, los dramas animados de la pasión, los horrores de la tragedia, los idilios del amor, los extremos de la fe, las fascinaciones del milagro, ni las tenebrosas y malignas maquinaciones de Luzbel, quien debió sentir temblar sus miembros calcinados cuando el primer jesuíta puso su planta en América. La tradición nacional está saturada de la influencia de esta institución, y las obras que nos legaron sus cronistas y sus sabios, son los más preciosos materiales que el sociólogo aprovechará para sus investigaciones sobre la evolución de nuestra cultura contemporánea.

Nada más propio de una creación fantástica que ese misterio impenetrable que rodea los actos de la Orden, de cuyos templos brotan los prodigios como el relámpago de las nubes, según una frase de un hombre célebre; nada que levante más supersticiones y conjeturas caprichosas, que esas mil versiones de todos repetidas, que les atribuyen las prácticas más extrañas y sombrías en la soledad de sus claustros; nada que provoque tanto la imaginación, como esas apariciones repentinas del hábito negro en los sitios donde es menos esperado, y donde, sin embargo, él tiene orden y necesidad de aparecer; nada que llene el espíritu de asombro y de recelo supersticioso, como esas revelaciones extraordinarias sobre sucesos cuyos autores quisieran sepultar en el olvido y en la muerte.

Me imagino que los naturales encontrarían en estos extraños personajes algo de ese Demonio que les enseñaron á temer, pero que no podrían resistir á las seducciones de su magia,

porque apareciendo siempre como por una evocación diabólica, con el traje con que Mefistófeles se aparece á Fausto, tenían como aquél, el encanto avasallador de la sabiduría para hacer que el temor precediera al respeto, que la admiración expulsara de los corazones el odio.

Es de la nebulosidad de los orígenes y de las concepciones mitológicas de la raza germánica, que nació esa literatura legendaria tan encantadora y deslumbrante que admiramos hoy en Alemania, Inglaterra y Dinamarca; y es el misterio inviolable de los jesuítas, lo que dió lugar en América á las tradiciones más llenas de interés, por la intervención que las inteligencias rudimentarias atribuyen en sus actos á los seres sobrenaturales, sean infernales ó celestes, y porque siempre la oscuridad ejerce sobre el cerebro alucinaciones y temores involuntarios, que luego personifica ó modela en seres animados ó en figuras plásticas.

Contribuyó esencialmente á afianzar el éxito de sus conquistas el profundo estudio que hacían del carácter de los indígenas y de sus instintos, para dominarlos con la satisfacción pasajera de sus caprichos ó de sus necesidades. hasta que penetraron de lleno en la nueva vida que les imponían, y se sometieron como esclavos ó autómatas á su servicio ó á sus ceremonias. No de otra manera se explica que hayan podido levantar tantos y tan suntuosos templos, conventos y colegios en casi todas las ciudades de América, ni que hayan podido llevar á término esas asombrosas construcciones subterráneas que alcanzaban longitudes increíbles, verdaderas catacumbas donde no penetraban los rayos del sol, ó más bien, caminos

ocultos por donde se mantenía esa comunicación invisible en que consistía el secreto de su unidad de acción.

Donde puede verse la magnitud de esas obras es en Córdoba, donde tuvieron su asiento y su foco para sus trabajos de esta parte del continente, y en donde más varias y extravagantes leyendas se ha forjado la imaginación popular sobre la forma y destino de esas excavaciones, que han ido apareciendo á medida que se abrían los cimientos de la ciudad moderna. Ya se ve en ellas fines siniestros como los que causaron la destrucción de los Templarios, suponiéndoles autores de ejecuciones silenciosas cuyas víctimas sepultaban en aquellas cuevas, ya móviles interesados y sórdidos como la avaricia, que acumulaba allí sus ingentes tesoros extraídos de las minas de los indígenas, hasta que fuera tiempo de trasladarlos á Roma, desde donde saldrían en forma de moneda á alimentar las empresas que mantenían en todo el universo; ora se les creía autores de raptos y desapariciones repentinas de las hijas de los caciques que más atraían por su hermosura, y que catequizaban con la palabra divina para consumar sus caprichos en las profundidades de la tierra, de donde no volvían á salir jamás las tristes víctimas; ora los menos inclinados á suposiciones malignas de carácter terrenal, atribuían á esos subterráneos tenebrosos el fin de servir á las comunicaciones de los Padres con los espíritus buenos y malos de la tierra, ó con el Dios en cuyo nombre luchaban con las armas de la religión.

Así, pues, aquellas ciudades que, como Córdoba, fueron centro principal ó de alguna importancia para la vida jesuítica, son las here-

deras más directas de las leyendas que originaron, y del sello típico que inocularon en las costumbres; y aquella ciudad, como muchos otros pueblos de la misma provincia, ostenta todavía los claustros de construcción y arquitectura especialmente jesuíticas, que tienen más de rigidez que de elegancia, que evocan más bien la melancolía y el terror, que no la admiración y el placer. La vista de esos restos que el tiempo comienza á demoler, transporta la mente á las sombrías arcadas de los castillos feudales, de donde han brotado á la posteridad las leyendas más sublimes y encantadoras, recogidas y engrandecidas con el arte moderno por dos grandes poetas de ese género, representantes de las dos razas que elaboraron la civilización europea: Walter-Scott y Zorrilla.

No flotaban muy distantes de la verdad las creencias del vulgo sobre los grandes tesoros acumulados por los jesuítas en sus subterráneos, porque la historia y la tradición oral de otras provincias han confirmado, por lo menos, el hecho de que explotaron con gran ventaja las más ricas minas del Famatina, que desde el tiempo de los Incas suministraba abundantes metales para los templos del Sol, y que durante la época colonial llamaba ya la atención del mundo (7); y se sabe que los adornos y objetos del culto para las Iglesias de Córdoba, fueron fabricados con el oro y la plata de aquel cerro fabuloso, tanto por sus ri-

(7) Don Guillermo Dávila, *El mineral de Famatina*. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos desde la conquista hasta nuestros días. (*Revista de Buenos Aires*, t. XXIII, página 66)

quezas como por sus leyendas, inagotables las unas é imperecederas las otras, porque llevan en sí toda la fantasía y el esplendor del cielo donde reverberan sus nieves seculares. He ahí porque la Rioja es, quizá, más rica en tradiciones que las demás provincias, y por qué ellas se caracterizan por una fantasía más pura y exaltada. Ella fué el suelo privilegiado de los misioneros jesuítas, sus naturales los más amados y solicitados por su piedad, y sus montañas mejor exploradas por sus geólogos y sus geógrafos.

«Medio siglo hacía que el Tucumán había sido descubierto y ocupado por los españoles. Los jesuítas tenían ya prósperas misiones en el Río de la Plata, Paraguay y Córdoba, cuando la Rioja fué fundada; así es que no tardaron en obtener concesiones para establecerse allí, como lo estaban ya en los demás países conquistados. Esta misión prosperaba de una manera rápida, tanto en catecúmenos como en la adquisición de propiedades y objetos de lujo para sus conventos y templos, de tal manera que llegó á llamar la atención pública... Susurrábase de que los indios de la misión que tenían catequizados, habíanles descubierto el secreto de las minas de Famatina, que tenían siempre oculto, y aun entregádoles barras de plata y oro que conservaban de sus trabajos anteriores».

«Pero todo esto no pasó de conjeturas más ó menos fundadas, y luego desvanecidas por la impenetrable reserva y prudencia que siempre han caracterizado los actos de esta célebre Orden. Ellos siguieron probablemente aprovechando por muchos años en el silencio de sus claustros, las ventajas que les proporcionaba

un tesoro á tan fácil costo adquirido; y decíase en aquel tiempo que la prosperidad á que habían llegado sus establecimientos en Buenos Aires, Córdoba y el Paraguay, no era extraña á las riquezas extraídas del cerro de Famantina». (8)

Yo he recogido muchas de ellas de algunos ancianos de mi pueblo, y he observado la huella característica de la Orden de Loyola en ciertas costumbres que, nacidas de la raza, fueron transformadas después por su adaptación á la cultura religiosa, y en algunas de las supersticiones reinantes, en donde resaltan sus inspiraciones, y las influencias que sus misterios y sus ceremonias singularísimas ejercían en el carácter nativo. Me propongo escribirlas y publicarlas, no como una obra con medianas pretensiones literarias, sino para que sirvan de base á la historia de mi provincia, única que no la tiene, porque los bárbaros que la ensangrentaron en época aciaga, parece que quisieron destruir hasta los rastros de su paso por la tierra.

Pero dejo de lado estas reminiscencias que á cada paso me asaltan, y vuelvo á ocuparme de la influencia que los jesuítas ejercieron en el espíritu de la tradición nacional. Ella ha trascendido á todas las esferas de la vida, y no poca parte cabe en sus resultados á la enseñanza que les es peculiar, y que, como lo reconocen Macaulay y Buckle, les ha dado durante un largo período de la historia, un dominio absoluto sobre la sociedad.

(8) Don GUILLERMO DÁVILA, *El mineral de Famatina*. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos desde la conquista hasta nuestros días. (*Revista de Buenos Aires*, t. XXIII, pág. 66).

Es de esa manera, fundando colegios y dedicándoles sus cuidados más prolijos, que lograron hacerse necesarios, confirmados después en la opinión pública, cuando el éxito de los estudios atraía hacia ellos las ambiciones; y como ponían especial atención en elegir entre los jóvenes aquellos más inteligentes, con la mira de aprovecharlos para la gloria de la Orden, era evidente que el resultado de sus tareas escolares debía ser brillante. Con todo, y sin entrar á juzgar su enseñanza á la luz de la filosofía, es indudable que ellos formaron entre nosotros los primeros esbozos de la ilustración y de la literatura, ampliados y encauzados después en corrientes más humanas cuando la libertad fué penetrando en nuestra cultura; pero dejaron gérmenes que más tarde hicieron su aparición en algunos caracteres de nuestra historia, y que trascendieron á las altas esferas de la política y del gobierno.

La vida monástica impuesta á sus discípulos como sistema, porque era más propia para sus objetos de dominación personal, y para imbuirles mejor y de un modo más directo los sentimientos y las ideas de su Orden, fué origen de sucesos importantísimos desarrollados en el silencio de los claustros, y conservados sólo por sus mismos actores, quienes los relataron después; y bien se comprende que en aquellos estrechos horizontes donde el espíritu y la fantasía se condensaban á la medida del recinto, como el aire que respiraban, debía hacer germinar en esos cerebros enfermizos y en esos corazones perpetuamente refrenados, las ideas y los sentimientos más sombríos y lúgubres; especies de Segismundos educados en una cueva y con la cadena al pie, debían convertirse

en «fieras de los hombres», cuando no en misántropos intratables; porque el libre albedrío encadenado arroja maldiciones que llegan al cielo ó conmueven la humanidad, y la inteligencia y el corazón aherrojados, concluyen por envolverse en sombras mucho más profundas y fatales que las de la tierra, donde por lo menos, el rocío regenerador cae sobre las plantas, y prepara los capullos que la mañana ha de convertir en flores.

«Me imagino la impresión desagradable que producirían aquellos claustros, en donde desfilaban á la media luz de un crepúsculo artificial, todas esas sombras humanas, entregadas á sus meditaciones excesivas, transidas por la anemia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infolios; con la sangre hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro gimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria». (9)

Imagínese cuántos dramas tenebrosos se producirían en tales escenarios; cuáles serían los efectos, las transcendencias exteriores de tantos pensamientos audaces y valientes, ahogados al nacer por la mano de hierro del maestro rígido, que espía como la fiera en acecho, el despertar de aquellas inteligencias vigorosas; cuánta poesía al mismo tiempo en los sueños de libertad forjados en la soledad y en el encierro, por tantos jóvenes nacidos en medio de una naturaleza desbordante y de un clima fecundo, y que sentían bullir alrededor de sus prisiones, como se siente el ruido de la marea lejana, las primeras palpitaciones del sentimiento nacional, los gritos y los cantos de la

(9) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, II, p. 27.

muchedumbre, las pasiones sociales, en fin, que atraen y que seducen, porque ellas engendran las grandes revoluciones que emancipan los espíritus; y ¡qué abundancia de elementos para el tradicionista, que encontraría tal vez en cada uno de esos dramas, escolares, en cada pensamiento comprimido ó castigado con exceso, la causa primera de las guerras civiles que más tarde ensangrentaron nuestros hogares, y llevaron al naufragio las libertades conquistadas por la Revolución!

Es en Córdoba donde debe ir á recogerse todas las tradiciones de la vida monástica instituída por los jesuítas desde el siglo VXII; allí estuvo el foco de esa educación que el Deán Funes clasificó con palabras tan duras, y de donde salieron los hombres que actuaron en nuestros principales acontecimientos. Allí se conservaba de generación en generación, hasta que se suprimió el sistema claustral, el recuerdo de cada uno de esos episodios que se habían celebrado más en los años pasados, y cuyo relato formaba el tema de las veladas estudiantiles; y más de un nombre ilustre figura en tradiciones que habrían sido inmortalizadas por el genio alemán, y en las que la superstición, las creencias terroríficas y las almas condenadas son el fondo, dan el colorido y engendran el drama fantástico.

Aún más tarde, siendo muy niño, he oído en el célebre colegio de Monserrat, muchos de esos relatos verdaderamente encantadores á la imaginación, y he sentido los mismos temores, y he oído los mismos ruidos misteriosos que sintieron y perturbaron el sueño de todas las generaciones de estudiantes anteriores á la mía; y confieso que si pudieran escribirse con

el mismo sentimiento que despertaban al ser escuchados en el silencio de la noche por un grupo juvenil y soñador, en torno á la vetusta chimenea que ilumina apenas la cara del narrador oficioso pero no menos entusiasta, y cuando todo es tinieblas más allá de ellos, se tendría las leyendas más hermosas, como las mejores que conocemos de los tiempos medioevales, nacidas en los conventos ó en los castillos solitarios, donde iba á recogerlas el trovador errante encargado de perpetuarlas en la memoria por la poesía.

VIII

Hay un personaje que anima todas las tradiciones de la América, dándoles su mayor atractivo; que figura en casi todas ellas con un rol importantísimo, y sin cuya existencia no sería posible explicarse muchos de los sucesos que se perpetúan desde el tiempo de la conquista hasta nuestros días. El, según el sentir de los ingenuos cronistas de Indias, poseía como dueño absoluto todas las almas de este continente, manteniéndolas sumidas en la idolatría y alejados del cielo; él inspiraba sus prácticas y sus costumbres repugnantes, sus sacrificios humanos, sus guerras devastadoras; él halagaba á los indios con el descubrimiento de inmensos tesoros que ponía en sus manos, y él levantaba y adornaba de oro, plata y pedrería los altares de sus ídolos; él mantenía la poligamia y la esclavitud entre los natura-

les, y todas esas instituciones que chocaban á los propagadores de la fe católica: ese personaje es Luzbel, llamado popularmente el Diablo, nombre mucho más risueño y poético con que la imaginación universal ha designado la astucia del ángel destronado.

Desde que la humanidad existe, y aparecieron en su mente los primeros rudimentos filosóficos, la idea del bien se le presentó como la oposición del mal; y así como personificó en Dios la virtud, personificó en Luzbel la maldad; así como Dios crea y edifica, Luzbel destruye; Dios es la luz, Luzbel la sombra; y según la tradición genesíaca, habiendo antes de su rebelión poseído la ciencia eterna, no pudo despojársele de este atributo que constituye la base de su poder. Nacido como Dios, del cerebro del hombre, toma tantas formas, caracteres, atributos y designios, cuantas son las influencias sociológicas que transforman las ideas y la imaginación de las razas. Su existencia ideal tiene el mismo origen que Dios, porque el hombre no ha podido formarse concepto del bien sin tenerlo formado del mal, que es su término de comparación, y si el uno es eterno, el otro lo es también; si el uno es universal porque sigue á todas partes el pensamiento que lo concibe, el otro es también universal porque forma una esencia de ese pensamiento.

Si todas las manifestaciones externas del bien en el alma, en el cuerpo, en la naturaleza inanimada, se personifican y asemejan á la esencia generadora, todas las transcendencias del mal toman asimismo las formas y los caracteres opuestos, porque son derivados del mal, principio originario. El antagonismo que nace

en el cerebro al concebir una idea, es una ley permanente en todas las esferas donde la idea alcanza y se manifiesta. Desde las religiones primitivas del Oriente, hasta las últimas razas recientemente descubiertas en sus asilos ocultos en su estado de barbarie, Satanás aparece en frente del Dios creador con tantas formas como la idea que forja las religiones: ya es el ángel rebelde del cielo, ya el Arihman persa, ya el Vichnou indio y sus espíritus maléficos, ya la Parca destructora, ya, en fin, los malos espíritus americanos que toman tantos nombres y formas como las razas diversas los conciben.

El Diablo existía, pues, en América, como personaje mítico, cuando ella fué descubierta, y existía bajo la forma de espíritus adversos al hombre, y los cuales se manifestaban en las voces siniestras de las montañas, en el rayo que aniquila la naturaleza, en las malas pasiones del alma, en los ruidos aterradores de la noche. El araucano, el pampeano, el quichúa, el guaraní, todos lo concibieron, lo temieron y lo explotaron para sus actos, cuando ellos debían ser inspirados en la destrucción de sus enemigos; de manera que no erraban del todo los misioneros y los cronistas de las Indias, cuando aseguraban que él poseía tan vastos dominios, sugiriendo á sus moradores sus cultos idolátricos.

Pero con la inmigración del catolicismo, el Satanás americano adquiere nuevas formas, tomadas de las antiguas supersticiones y leyendas europeas; su fisonomía ideal se multiplica y se difunde en mil acepciones tan diversas como los asuntos ó actos de la vida en que la creencia popular lo hacía intervenir; su po-

der sobre los espíritus, en vez de disminuir aumenta, porque se le abren nuevos horizontes que no alcanzó á divisar mientras habitaron el continente las razas aborígenes sin mezcla; cada familia conquistadora traía consigo las tradiciones propias de su pueblo, como los penates antiguos, y con ellas todas las supersticiones que heredaron de sus mayores; y de tan varia manera, la tosca y grosera idea del Espíritu maligno que el americano se había forjado, se refina y se colora, se agiganta y resplandece con la luz que destellan sobre su figura siniestra las más elevadas civilizaciones que la conquista importó de Europa, en cuyas literaturas ocupa un puesto prominente como elemento estético y como personaje de sus obras.

Como si se tratara de una de esas creaciones que sólo basta á formar el pensamiento y la labor de todas las épocas y de todas las razas, el Diablo condensa en torno de su personalidad eternamente joven, todo el esfuerzo del genio de los siglos, de los que cada uno le ha dejado una huella de su inspiración, una pincelada más, un golpe de su cincel y un rasgo de su buril candente: desde la concepción mosaica que le presenta como el símbolo de la razón rebelde y de la revolución, perfilado en su *non serviam* sublime; desde las poéticas y multicolores idealizaciones védicas y griegas, hasta la sombría y pavorosa pintura del Dante que le coloca en el centro de la tierra, como si fuera el foco común de gravedad de todas las cosas y de todos los hombres, y hasta la colosal creación miltoniana que se inspira en el pensamiento mosaico, pero modelado con un cincel de fuego, presentándolo con toda la gran-

deza de la desesperación, con todo el fulgor rojizo de la cólera impotente, y con toda la sublimidad de la protesta secular; y aun más, hasta la mística epopeya de Klopstock donde el Satanás bíblico pone en acción todo su genio y toda la falange de sus recursos infernales, para arrebatar á la redención la humanidad purificada en el Calvario; en todas estas épocas, en todas estas epopeyas grandiosas é inmensas, Satanás es una figura de dimensiones extraordinarias que pone en peligro muchas veces la obra de Jehová, y que llega á iluminar por instantes el espacio infinito con el relámpago de una sonrisa de triunfo. El siente el hastío supremo de su inmortalidad inevitable, sus desencantos y sus dolores, tan grandes como su pensamiento, y comprende que la vida del universo concluirá con la suya en el *solvet seclum* final, y exclama:

> Tombez, écrasez-moi, foudres, monceaux des mondes!
> Dans le sommeil sacré que je sois englouti!
> Et les lâches heureux, et de races damnées,
> Par l'espace éclatant qui n'a ni fond ni bord,
> Entendront une voix disant : Satan est mort!
> Et se sera ta fin, Œuvre des six journées! (10)

El sentimiento religioso de las sociedades de Europa, elaborado en el cristianismo y modelado en formas diversas por las Iglesias que se desprenden de él, al dar su sello á las costumbres y usos familiares, y nacimiento á las supersticiones más ó menos refinadas que caracterizan la humanidad, hace del Diablo un personaje más accesible á todas las inteligencias, y le da tantas formas y atributos como

(10) Leconte de Lisle.

la imaginación de cada pueblo y de cada clima lo sueña; así, él interviene en los sucesos más íntimos de la vida doméstica, comunal, pastoril, religiosa y social, y en cada leyenda su ser adquiere las vestiduras y las genialidades propias del asunto y del temple moral ó psicológico de la sociedad en que actúa; y en muchos de ellos es el conductor de la gracia, de lo cómico, de la justicia burlesca que castiga con el ridículo, el mediador en los amores contrariados, el protector siempre oportuno de los desamparados de la riqueza y de la gloria, el testigo infalible é inesperado de los crímenes alevosos y de las promesas secretas, y en todas partes la causa oculta de esos sucesos desgraciados é inexplicables que conmueven el corazón de un pueblo con toda la fuerza del misterio que los rodea.

Su omnipotencia, su ubicuidad, su sabiduría inagotable para sus designios, le permiten contar cada una de las palpitaciones del corazón humano en el espacio, y antes que la idea ó el sentimiento se han convertido en acción, él tiende su red invisible, y esparce su aliento maléfico para inclinarla á su favor; y de ahí la lucha eterna del hombre con la fatalidad, que parece complacerse en torcer el curso de sus acciones, ó en arrastrarle á fines no concebidos, lucha que se agita en el fondo del cerebro y del corazón, y que constituye el aspecto dramático, novelesco ó cómico de los hechos humanos; de ahí también que el Diablo sea un personaje indispensable en todas las tradiciones de los pueblos cristianos, de tal modo que desde la infancia este nombre comienza á sonar en nuestros oídos, y nuestra fantasía á darle formas tan caprichosas como ella; y si el

catolicismo, al personificar las grandes ideas, desfiguró y redujo á límites casi materiales la sublime creación del Luzbel de la primera rebelión, las costumbres, la imaginación y la poesía de todos los pueblos lo han salvado de la degradación y del envilecimiento, para hacer de él algo como un espíritu familiar, á quien se mira, no ya con la repugnancia y el odio que inspira su pecado, sino con cierta simpatía risueña como la que despierta el personaje que nos divierte con sus travesuras ingeniosas y con sus agudezas chispeantes.

El mismo pueblo español no ha escapado á esta transfiguración del réprobo Luzbel, á pesar de la presión dogmática que la Iglesia ejerció sobre él, más que sobre los otros pueblos que dominó en sus tiempos de gloria; y España tiene una literatura más rica en leyendas que las demás razas del continente, pero llevando un tinte marcado de religiosidad, que es el fondo de su propio carácter. Ella transportó á la América su genio y su naturaleza, sus sentimientos religiosos y sus costumbres caballerescas, sus sueños de gloria y sus supersticiones, y con la predicación católica, nos trajo el Diablo vestido ya con los mil atributos que le había otorgado la fantasía de todos los pueblos cristianos, para incorporarlo á las muchas creaciones del genio nativo, como un elemento de sujeción moral por el temor á la desgracia, ó por el horror á la condenación eterna en la mansión del rey de la noche imperecedera; y como todas las razas indígenas tenían ya formada la idea de un mal espíritu tutelar de todas las calamidades y malas inspiraciones, el Diablo del catolicismo fué recibido y asimilado por ellos con admirable facilidad,

multiplicando sus atributos y sus dominios con la inmigración á un suelo virgen, y donde sus enemigos seculares venían á levantar templos á la obediencia que él rechazó en los tiempos antegenesíacos.

El caudal de sus recursos de ingenio, de su ciencia maléfica, de su gracia, de su maldad refinada, de su furor insaciable, de su diplomacia y de su hipocresía exquisita y cómica, crecieron en proporción de la nueva empresa que se presentaba con todo el aparato de una lucha miltoniana. Y no fué pequeña ventaja para él lo desconocido que eran para sus enemigos el nuevo teatro de la guerra, y el carácter de las gentes cuyo dominio venían á disputarle, y es en los primeros pasos de la conquista que obtiene triunfos ruidosos, y sus carcajadas de satisfacción debían resonar en el abismo como un himno tenebroso de victoria. Pero bien pronto su alegría feroz se convierte en el despecho que le corroe sin descanso, cuando vió levantarse sobre cada una de las rocas que dominan las planicies, y en los más profundos bosques, la cruz que le avasalla, que le obliga á bajar sus ojos centelleantes, y á morder el labio trémulo del coraje impotente.

Entonces de guerrero se transforma en político; de soberano orgulloso de las sombras, en el cortesano dúctil y elástico, que llevando por linterna la hipocresía sonriente, ilumina la senda que conduce al lado de los poderosos; de explorador infatigable de todas las viviendas y refugios humanos, se convierte en policiano oficioso que ronda incesantemente en las aldeas y en las ciudades, buscando sorprender secretas aventuras del amor, del vicio ó de la ambición, para ofrecer su ayuda maravillosa

al enamorado, al delincuente ó al ambicioso, y ganarse su afecto y su alma; y entonces también despliega todo el tesoro de su ingenio y de su magia para tender las redes más caprichosas á sus enemigos, y para adoptar las figuras, los tipos, la personificaciones más raras y extravagantes, con cuyo auxilio logra penetrar donde nadie podría imaginarlo; allí consigue apoderarse de las extremidades de hilos enredados en la sombra del misterio; aplicar muchas veces un castigo merecido y justiciero al criminal ó al infidente que juegan con el honor propio y ajeno, al abrigo de una falsa santidad ó mentida honradez; acudir por una súbita aparición al llamado extremo del jugador que en la embriaguez del dinero, después de haber perdido hasta la honra de su casa, no tiene otra mercancía que su propia alma para convertir en moneda, y allí ofrecerle el tesoro suspirado en cambio de ella; atravesar, mezclado al torbellino de las vanidades mundanas, los salones y las calles donde se ostentan las galas del amor propio ó de la ambición, del vicio enmascarado, ó del amor fingido en el interés de una fortuna sin fatigas; y allí, pasando como cualquier caballero á la moda, descubre bajo las máscaras sociales sus futuros súbditos, desvela sin trabajo las falsas reputaciones en cuyas aras la multitud aturdida quema el pesado incienso de la adulación, y allí, por último, su semblante inquieto se ilumina y repliega á cada instante con sonrisas que son carcajadas en la conciencia, y que van, como el trueno, á repercutir con estruendo en los negros abismos de su imperio.

Y no se diga que esto es inadmisible tratándose de una cultura naciente, porque desde las

primeras expediciones, los españoles transportaron á América los usos de su corte, formando una en pequeño alrededor de cada jefe afortunado y de cada virrey, como sucedió en Méjico, en el Perú, en Buenos Aires, en Chile, y en cada ciudad donde llegó á constituirse un núcleo social más ó menos importante.

El elemento nativo desaparece, porque entra en la servidumbre y en los trabajos rurales, quedando sólo en la ciudad la raza dominadora; y son proverbiales, porque han llamado durante siglos la atención del mundo, las aficiones aventureras, las costumbres caballerescas, el amor bullicioso y pendenciero de la cultura española, que dieron origen al teatro más brillante de su historia literaria, y á las leyendas saturadas de ese mismo espíritu, y adornadas con las riquísimas creaciones fantásticas propias de la raza. Añádese á estas cualidades la influencia profunda de las ideas y los sentimientos religiosos, que siempre fueron unidos, en el carácter español, á las más atrevidas empresas del amor y de la espada, y que contribuyeron á dar á sus maneras, á sus usos y á su educación en general, ese tinte novelesco y esa tendencia á asimilarse todo lo que hiere su imaginación con brillo inusitado, y que tanto se reflejan en las obras de su literatura y en las tradiciones ya heroicas, ya íntimas que conserva desde los tiempos más remotos.

La tradición argentina, como la general de la América española, está saturada de aquel espíritu y los relatos transmitidos del pasado, en los que sólo son actores los que trajeron la civilización, se caracterizan por los mismos rasgos que distinguen á la nación origina-

ria; pero entrando á investigar las costumbres y el genio de las razas nativas, su transformación por la mezcla de ambas, y la revolución profunda introducida en los sentimientos y concepciones religiosas por la predicación, la tradición adquiere cierta variedad impuesta por la influencia de la propia naturaleza; y si antes de la conquista y durante la guerra, predominaba el sello indígena en todos los hechos tradicionales, después de ellas es el genio invasor el que domina en todas las manifestaciones del espíritu. Los ritos y las prácticas de su idolatría se convierten en las idealizaciones de la nueva creencia, pero no se borran del todo en la imaginación del indígena; y de este modo se advierte una mezcla apenas descifrable de conceptos, de personificaciones, de ceremonias, que llevan siempre algo de las dos religiones.

Así como la idea del Baco griego se transformaba con los elementos geniales de los pueblos que visitaba en sus emigraciones, Satanás ha recibido, al ser impuesto al indígena americano, formas extrañas que no habían concebido sus creadores; como todas las concepciones comunes á la inteligencia, tomó mucho de la índole y del carácter de la tierra donde inmigró con el catolicismo; pero al multiplicar sus formas, multiplicó sus atributos, y su rol en los acontecimientos se vuelve más interesante y poético, porque se ve llevado á intervenir en mayor número de ellos, y de una manera propia á un estado primitivo de cultura, donde todos los fenómenos físicos y sociales tienen siempre algo de la poesía de las alboradas.

No busquemos en el Diablo de la tradición

argentina esa figura colosal que brilla en el *Génesis,* en el *Paraíso Perdido* y en la *Mesiada,* ni el horrible monstruo descrito por el Dante; aquí se humaniza, sigue las evoluciones del genio nativo, y se aviene á las costumbres refinadas de la civilización española en sus lujosos estrados, remedos de la corte metropolitana; él es un personaje rústico y grotesco en la vida de campaña, y se mezcla al bullicio de la faena rural, deslizándose entre los bosques donde se anuncia por rumores misteriosos y músicas extrañas, semejante á un sátiro burlesco; visita las cabañas de la aldea semi-indígena, apareciéndose bajo mil formas fantásticas, para llevar el espanto á las imaginaciones sencillas, ó cometer sus raptos por la fascinación diabólica, convirtiéndose en serpiente tentadora en medio de los ópimos frutos que la tierra ofrece á manos llenas á los moradores del paraíso de América, renovando así la escena legendaria del Edén primitivo; asiste invisible pero activamente á los combates entre los naturales que defienden sus fortalezas graníticas ó sus ciudades salvajes, y los ejércitos disciplinados que llevan por salvaguardia la cruz que él ha jurado destruir; y más de una vez habló á sus protegidos desde el fondo de la noche en el lenguaje de fuego del relámpago, ó manifestó su acción en el incendio y en la tiniebla que devastan los campamentos enemigos ó ciegan á los combatientes; se oculta detrás de la roca donde predica el misionero, para infundir la duda en el ánimo receloso de su salvaje auditorio, ó armar su brazo contra él, y más de una vez se atrevió á subir al púlpito de alguna iglesia de aldea, revestido con el hábito sacerdotal, y predicar

con la misma si no más animada y persuasiva elocuencia que un verdadero sacerdote de Cristo; sigue de cerca las intrigas cortesanas tejidas por el amor, la ambición ó la codicia, para precipitar desenlaces inesperados, urdiéndolos muchas veces él mismo para darse el placer de reir de sus enemigos sorprendidos en curiosas infidencias contra su honor, su religión y su rey; fué en oportuno auxilio de muchos nobles arruinados que vinieron á América buscando rehacer su disipada fortuna, ya sea desenterrando tesoros de caciques muertos, ya cavando una mina donde el metal codiciado brillaba á la luz del sol, de donde nace quizá la expresión tan común de *vender su alma al Diablo,* entre los que siguen las vueltas interminables de la caprichosa viajera; sin ninguna pretensión de carácter terrenal, intervenía á su manera en las maquinaciones políticas, ya se tratara de escalar posiciones encumbradas de donde se gobernaban extensos territorios y se administraban tesoros fabulosos, ya sólo de una alcaldía mezquina, donde es fama que se crece más en vanidad quijotesca que en la escala de las riquezas, y dió el triunfo á más de un político de andrajos, á no pocos pordioseros hizo alcaldes, y cuando la gana le dió, él mismo gobernó con muy buena ciencia, haciendo justicia pronta y barata (11), como la desearían muchas naciones de la tierra en esta época de régimen democrático; por fin, su acción irradia sobre todos los hechos colectivos, toca los resortes con mano maestra, asume los roles más difíciles en esta intermi-

(11) La hermosa tradición de RICARDO PALMA. *El Alcalde de Paucarcolla,* versa sobre este tema.

nable comedia humana, donde un pesimista encontraría en la variedad de hábiles disfraces el secreto de los éxitos asombrosos; habla todos los idiomas, y con mayor perfección, aquel que se emplea para conseguir voluntades acariciando las vanidades ajenas, y fomentando el vicio disfrazado de los poderosos; penetra en los recintos más ocultos donde el sabio, el avaro y el amante se entregan á sus delirios y vigilias, para burlar la ciencia trasnochada con la verdad terrible con que habla á Fausto, para atormentar la avaricia con la visión de la muerte y para sorprender el amor en sus paroxismos solitarios.

Pero en todo hay que admirar el espíritu de justicia que le guía contra los vicios sociales, porque siempre se presenta como el ejecutor de la sentencia que la moral universal pronuncia sobre las acciones, sean apenas concebidas ó ya practicadas, apoderándose del culpable no bien ha ideado su falta; y este carácter es común á las tradiciones de algunos pueblos de Europa, y ha hecho que sea mirado con menos rigor del que usa con él la religión, concibiéndolo alguna vez como elemento del bien, por el solo hecho de ser el mal definido, universal y permanente, y el dueño de todas las almas que se apartan del sendero que conduce á la gracia eterna.

Pero no siempre la victoria le ha sonreído, ni sus triunfos se consiguieron con facilidad en la lucha con la virtud y con la divinidad que le persigue; y es desde el advenimiento de los jesuítas á la América, que su empresa se vuelve más difícil y sus triunfos más dudosos, porque aquéllos han minado las bases de su fortaleza y su poder, descubriendo su secreto de la

persuasión, su arte de dominar la voluntad ajena, y su ciencia irresistible para superar todas las dificultades y los peligros de las más arduas empresas: fueron como un general que hubiese examinado el campo enemigo y el plan de operaciones antes de la batalla; en una palabra, veía en el jesuíta un *alter ego* tanto más peligroso, cuanto que llevaba el apoyo de aquellos ángeles soldados que le vencieron en su rebelión inmemorial.

En todas sus maquinaciones y sus intrigas, por más hábiles que fuesen siempre encontraba á su antagonista con una red tendida, con una trampa levantada, y más de una vez hubo de morder con su cólera nerviosa la punta de sus dedos crispados, ante su propia impotencia, vencido por la astucia del hábito negro que se alzaba en todas partes delante de él, con su mudo misterio y con su sombrío esteicismo que desarman todos los planes contrarios. Nadie como el hijo de Loyola sabe preparar y explotar el hecho sobrenatural que ha de asombrar y aturdir al indígena, y nadie como él sabe investigar los senderos ocultos, que antes sólo el Diablo conocía y transitaba; y hasta las grutas tenebrosas donde éste celebraba sus concilios, con su espeluznante corte de brujas y demás seres diabólicos, fueron descubiertas por aquel ojo investigador que parece ver en los rincones más ignorados de la tierra, como en las cavidades infinitesimales del pensamiento, para adivinar la acción que se medita y el desenlace que seguirá á cada intriga urdida para el triunfo de Satanás.

Los cronistas de la Orden han narrado sus triunfos contra el espíritu maligno, pero toca á la tradición imparcial, al espíritu del pueblo

descubrir las tramas que dieran lugar á esos triunfos, despojándolos del colorido jesuítico, y haciendo intervenir en ellas á cada personaje con el rol que desempeñó en la acción, las creencias ó supersticiones que le inspiraron y las alternativas siempre fantásticas ó dramáticas que forman el interés del suceso. Dios y la Iglesia han tenido solamente sus cronistas y sus poetas; faltan los cronistas y los poetas de Luzbel; y por cierto que sus relatos serían atrayentes, iluminados por la luz rojiza de sus maleficios y de sus evocaciones teatrales, por sus metamorfosis, siempre anunciadas por un fenómeno extraño, y por los destellos chispeantes de su cólera ó de su risa, que contagia como un flúido eléctrico á toda la naturaleza.

Si hay unción, maravillas y deslumbramientos celestiales en la narración del cronista y del poeta de la fe, hay sobrecogimientos, prodigios y fascinaciones fantásticas en las leyendas y los poemas donde el Diablo actúa como héroe. En tanto que los miles de sucesos milagrosos que la historia religiosa nos refiere, convidan al sueño y llegan á fastidiar por su designio propagandista, las proezas y aventuras maravillosas de Satanás, leídas en el invierno al calor del hogar, ó relatadas en el estío al resplandor de la luna, excitan el cerebro, y hacen vagar la imaginación por mundos invisibles de luces y de sombras, que al sucederse, mantienen el espíritu en arrobamiento delicioso.

Hé ahí el campo inmenso de la musa nacional, no explotado sino por historiadores que en sus momentos de ocio, se entretuvieron en referir los hechos tradicionales que encontraron flotando sobre la superficie de la historia,

como la música de la naturaleza flota sobre las selvas y las montañas, pero no dedicándole toda su labor ni todo su espíritu, como lo hubieran hecho el literato y el poeta, encargados de traducir en la leyenda y en el poema los secretos é íntimas palpitaciones de la raza, del pueblo, de la familia en su evolución sociológica.

Son hermosas y llenas de colorido y animación las narraciones de Quesada, de Gutiérrez, de la Gorriti, de López, etc., pero sus motivos pertenecen más á la historia que á la leyenda, tienden más á la descripción real que á la creación ideal, lo que por otra parte no significa un defecto, sino un sistema. Pero la literatura tradicional es independiente, y forma un género intermedio entre la historia y la poesía, porque tomando como base los hechos humanos y sociales, los explica, desenvuelve y adorna con la fantasía poética, que rodea como una aureola de luces y perfumes los acontecimientos de la vida de las sociedades en infancia.

En cuanto á mí, sé decir que las tradiciones ó leyendas de todos los pueblos de Europa, en las que lo fantástico forma el alma del relato, me producen goces estéticos de incomparable dulzura, manteniéndome en espíritu sobre corrientes ideales que desearía fueran sin término; y como en estas páginas juzgo más con el criterio del corazón y de la fantasía, que con el del filósofo que se entretiene en derribar los sueños, pienso que nuestras tradiciones, narradas en estilo más bien poético que histórico, más bien travieso y ameno que severo y analítico, ofrecen á nuestra literatura tesoros inagotables de bellezas que harían algún día las delicias de nuestro espíritu, levantando al

mismo tiempo el temple de nuestra sociedad, que como todas, será tanto más culta y elevada cuanto más ame las lecturas que ejercitan la fantasía, el sentimiento y la razón.

Esta es la verdadera literatura del hogar, que le mantiene unido y feliz, porque aleja las meditaciones positivistas que conducen á realidades y ambiciones perturbadoras del sosiego, y no deja entrar en los oídos inocentes y en las inteligencias en desarrollo, las voces y las sugestiones sombrías de pasiones mezquinas, de odios y calumnias que ruedan por las calles de las ciudades populosas, con ese ruido siniestro y aterrador que el viento helado del invierno produce en las ramas de los árboles, y congela la sangre de las venas, ó que interceptan el camino de la vida como las tres fieras que asaltan á Dante extraviado en la selva impenetrable, y de las que él ha definido una en dos tercetos inmortales:

Che questa bestia, per la qual tu gride,
Non lascia altrui pasar per la sua via,
Ma tanto lo impedisce, che l'uccide:
Ed ha natura si malvagia e ria,
Che mai non empie la bramosa voglia,
E dopo'l pasto ha più fame que pria.

La prueba más evidente de esta influencia moralizadora de la literatura legendaria, nos la dan las sociedades de origen germánico y anglo-sajón, donde son proverbiales el culto del hogar doméstico, que defienden de la maledicencia como defienden el santuario de su religión, y la costumbre de las veladas familiares, donde se renuevan constantemente las innumerables leyendas fabulosas en que fundan su sentimiento patrio, y que han sido

transmitidas por los bardos de todos los tiempos. Mil veces bendita sea esa llama del hogar, que alimentada por el amor y la fraternidad, mantiene siempre viva la fe en el porvenir, el valor en las grandes luchas de la vida, y forma las grandes virtudes cívicas, que con el sacrificio y el heroísmo, salvan las nacionalidades de las catástrofes de la historia.

En nuestra literatura nacional le está reservado al Diablo, como personaje, un lugar prominente; él ha asistido en mil maneras y formas diversas á la evolución de nuestra cultura moral, de nuestros sentimientos y de nuestros sueños juveniles; y cuando tengamos poetas legendarios, y músicos que den su alma de armonías al poema, le veremos surgir del fondo de su nebulosa eterna, rodeado de una aureola de estrofas y de acordes, que tendrán toda la sublime entonación y la magia diabólica de su ser, con los que Goethe, Gounod, Wagner y Boito han encantado y siguen inundando de inspiración el mundo contemporáneo; porque nada ofrece mejores motivos y creaciones al poema musical, que lo fantástico y legendario, puesto que ambos tienen de común la atmósfera en que se agitan, y los sentimientos y las emociones que despiertan.

Si «la música es el vapor del arte», según Víctor Hugo, la poesía y la tradición legendarias son, en cierto modo, el vapor de la historia. Y el gran secreto de la revolución literario-musical de Wagner, lo encuentro yo en haber adoptado para sus dramas los asuntos de la riquísima leyenda germánica, que dan á sus obras en fusión grandiosa, el doble encanto de lo fantástico en la poesía, y lo fantástico que forma la esencia de la música. ¡Cuánto

asunto ofrecen al músico esas escenas de nuestras montañas pobladas de mitos luminosos, de poemas que aun no han sido referidos ni cantados sino por la musa primitiva en la soledad prehistórica! ¡Con qué extraordinario resplandor brillaría Luzbel sobre las cumbres cubiertas de nieve, lanzando á su enemigo eterno el reto de rebelión y de combate, que repercute con la misma intensidad á través de los siglos, en el drama musical que se propusiera traducir en acordes las revelaciones de la naturaleza en sus horizontes, en sus montañas, en sus selvas, en la cabaña rústica, en el corazón salvaje y en las tragedias que llenan la historia de nuestra América indígena!

La inmortal figura de Mefistófeles se rejuvenecería, al reaparecer en la escena revestido con los nuevos atributos con que la superstición y las leyendas americanas le han enriquecido, y actuando en los hechos y aventuras de los conquistadores y misioneros, en las intrigas palaciegas y en los dramas del amor, con la misma ciencia que despliega en *Fausto,* pero en un teatro más aparente á sus proezas, y en frente de enemigos que le atacan sin embozo y con sus mismas armas. Las leyendas de América son el campo de las futuras creaciones musicales y poéticas, á donde acudirán á no dudarlo, los literatos y los poetas, cuando la cultura social y el espíritu fatigado les exijan lecturas que refresquen el ánimo, agiten la fantasía, renueven los sentidos relajados con la percepción constante de las realidades desnudas, que como todas las cosas monótonas, acaban por adormecer la fibra ó la facultad con que se las admira ó se las juzga.

Nuestra literatura actual cuenta con dos

poemas que gozan de justa popularidad, porque son genuinamente nacionales, y porque reflejan el genio del habitante de nuestras llanuras, donde en otro tiempo resonó la musa popular con acentos penetrados de esa melancolía dulce y apacible de su cielo y de sus horizontes: esos poemas son el *Fausto* de del Campo, y el *Santos Vega* de Obligado; y aunque tenemos otros como *Martín Fierro, Lázaro* y *La Fibra Salvaje,* obras maestras en su género, y verdaderos poemas nacionales, porque son el alma de nuestras masas en una época, menciono los primeros, porque ellos versan sobre el tema de estas líneas; en ellos se pone de relieve la concepción de Satanás forjada por el pueblo, que le ha sido legada por la cultura religiosa de la conquista y asimilada á la tradición de la tierra.

El poema de del Campo es la obra más completa que pueda consultar el que quiera conocer á fondo el alma del gaucho pampeano, y su inteligencia aplicada al criterio de los problemas filosóficos, religiosos y sociales de nuestra civilización; y aunque el poeta haya puesto en su personaje mucho de su propia inspiración, en nada disminuye la verdad, puesto que refleja el alma de su héroe y la naturaleza de su suelo, tan rico en bellezas y en fantasías. «El Satanás de sus versos, dice Juan Carlos Gómez, huele á azufre, hace santiguarse, y su inacabable sarcasmo

"suelta una risa tan fiera
que toda la noche entera
en mis orejas sonó."

«Algo de siniestro sobrecoge á la naturaleza al aparecer con su infernal guitarra:

"Haciendo un extraño ruido
en las hojas tropezaban
los pájaros que volaban
á guarecerse en su nido."

El poeta ha preparado el efecto de su gran poema con mano maestra; le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos á los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos ó tiernos, y de supersticiones infantiles que á cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego, pero que ellos saben conjurar con la invocación de la Virgen María, esa *maris stella,* que tantas veces ha salvado del crimen y de la nostalgia del desierto al gaucho perseguido por la justicia, ú obligado á ahogarse en el reducido recinto de la ciudad que le repudia como elemento extraño á la civilización.

Aumenta el encanto y la majestad de la escena el idioma propio de sus actores, que tratando de un asunto eminentemente clásico, parece vibrar con el siniestro eco de esas risas diabólicas que estremecen, ó de los ruidos desordenados con que la turba satánica atruena la mansión infernal; y al mismo tiempo, se presta amirablemente para la expresión espontánea y genuina de las impresiones producidas por el relato, y de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados. El pasaje en que por primera vez el recuerdo de Satanás viene á su memoria, está traído y escrito con verdadera oportunidad y maestría: es lo que da nacimiento al poema

que ha de desenvolverse en un diálogo sabroso, en que cruzan como nubes coloreadas por el iris los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de calor inagotables.

Cuenta Laguna cómo las prendas que ostenta su caballo fueron ganadas al juego, y se entabla este diálogo, que por sí mismo revela cómo arraigan en el espíritu del gaucho la creencia y la superstición respecto de Satanás, y el sello profundamente religioso de todo su ser:

¿Y sabe lo que decía
cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala
debe tener brujería.
A la cuenta se creería
que el Diablo y yo...
—¡Callesé
amigo! ¿no sabe usté
que la otra noche lo he visto
al demonio?
—¡Jesucristo!...
—Hace bien, santigüesé.
—¡Pues no me he de santigua !
Con esas cosas no juego;
pero no importa, le ruego
que me dentre á relatar
el cómo llegó á topar
con el *Malo*. ¡Virgen Santa!
solo el pensarlo me espanta.

Y he aquí cómo todo el poema nace de un recuerdo, de aquel que más profundamente se grabó en su memoria, porque fué la impresión más fuerte que su alma ha recibido durante el espectáculo. La idea del Diablo domina y sirve de centro á la acción, y en toda ella se nota, distribuídas con prudencia y arte inimitables, las evocaciones del Espíritu maligno en medio

de estremecimientos involuntarios y de exclamaciones en que estallan el temor supersticioso que domina al narrador, y al mismo tiempo la fe religiosa y la devoción á la Virgen ó á Jesús, con que espanta la imagen maléfica de su cerebro excitado. Y como ese recuerdo y esa idea es lo que ocupa y domina su espíritu, cada una de las alternativas de la lucha en que Mefistófeles es vencido por la influencia divina arranca á los dos interlocutores las más ingenuas y gozosas exclamaciones de triunfo, así como toman un aire de misterioso temor y asombro, cuando recuerdan los prodigios de la magia infernal.

Es en este poema donde se reflejan con vivos colores las múltiples concepciones que del Satanás de la Biblia se ha forjado el paisano argentino; él no es ya solamente el ángel del mal y de la perversidad eternas, ni lleva siempre sobre su cabeza las fulminaciones de la cólera divina: algunas veces se presenta á su imaginación más humano, más risueño y más amable, y hasta ha llegado á participar de las costumbres de la pampa, mezclándose á la vida de sus moradores. A fuerza de ser temido y nombrado ante ellos, ha llegado á ser familiar en sus conversaciones, y como elemento indispensable de sus locuciones más espirituales. Él es el superlativo de todas las cosas, de todas las artes, de todas las facultades que el hombre ejercita, pero que para el gaucho son motivo de asombro, y ha recibido tantos nombres como las supersticiones le conciben.

En *Fausto,* esas transformaciones están manifiestas y reflejadas de un modo admirable. Satanás ha consentido en dar á su protegido

el corazón de Margarita, pero no sin su convenio de costumbre:

—"Poco á poco:
si quiere hagamos un pato:
usté su alma me ha de dar,
y en todo lo he de ayudar:
¿le parece bien el trato?"
Como el Doctor consintió,
el Diablo sacó un papel,
y le hizo firmar en él
cuanto la gana le dió.
—¡Dotor, y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao,
si se topó ese abogao
con la orma de su zapato?

La satisfacción más íntima rebosa en los dos interlocutores del poema, cuando el relato llega al pasaje en que el capitán presenta al Diablo la cruz de la espada. La fe sencilla resplandece en sus ojos y destella en su lenguaje como un astro que anuncia la victoria:

—¡Viera al Diablo retorcerse
como culebra, aparcero!
—¡Oiganle!
—Mordió el acero
y comenzó á estremecerse;

y cuando recuerdan la serenata cantada bajo las ventanas de Margarita, el corazón de la pampa se dilata como si quisiera absorber todas las emanaciones perfumadas de sus selvas, todo ese ambiente infinito que se extiende sobre horizontes sin término. La grande y solemne poesía del payador despierta al instante evocada por un recuerdo en medio de la soledad donde hablan aquellos dos fiilósofos del desierto, y toda la admiración que el gaucho tributa al que sabe arrancar á su guitarra los lamentos que gimen en su alma, se vuelve ha-

cia Satanás, que en ese momento se levanta en su cerebro como una irradiación de luz espléndida, como la música misma de las trovas nacionales, desapareciendo por entero, y como por una mágica evolución, toda idea ó temor religiosos: el arte ha reemplazado á la creencia, el músico al idólatra:

Al rato el Diablo dentró
con don Fausto, muy del brazo,
y una guitarra, amigazo,
ahi mesmo desenvainó.
—¿Que me dice, amigo Pollo?
—Como lo oye, compañero:
el Diablo es tan guitarrero
como el paisano más criollo.

Entre los tipos de la leyenda nacional, la inmortal figura de Santos Vega destella sobre el fondo inmenso de nuestra pampa como una aurora inmortal de poesía y amor; él es la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que inunda las campañas, desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra, que al perder el hogar donde nació, el campo donde aprendió á leer en la naturaleza, y á asimilarse sus armonías misteriosas, parece que va perdiendo hasta esa sensibilidad refinada, que en otros tiempos nos hizo escuchar cantares deliciosos que aun resuenan en las brisas desoladas de la llanura, y nos hizo admirar imágenes que sólo han quedado grabadas en sus crepúsculos.

De todo ese mundo ideal, de todo ese majestuoso poema cantado en los llanos por el payador de otra edad, sólo Santos Vega brilla sobre las ruinas con luz imperecedera; pero el gaucho apenas le recuerda, y su memoria se

ha salvado del olvido, porque la literatura de las ciudades ha recogido sus trovas para nutrir de savia virgen sus concepciones, y para iluminar alguna vez con sus destellos misteriosos el monótono escenario de sus poemas. Sólo un genio sobrenatural podía vencer el poderoso estro del poeta nativo que condensaba todas las facultades intelectuales de su pueblo y de su raza; sólo los dioses podían superar en inspiración y en bellezas al cantor de la Ilíada; sólo los genios alados de los bosques de Arcadia ó de Sicilia podían modular canciones más dulces que Virgilio y Teócrito; sólo Satanás podía arrancar á la guitarra de la pampa argentina gemidos más profundos y arrebatadores, y cantar más conmovedoras endechas que Santos Vega, el tipo semidivino de nuestra poesía nacional. El, como Homero, se diviniza y desvanece en la imaginación popular, porque se confunde con la poesía misma cuya esencia es incorpórea y etérea, y llega á creerse que jamás existió, ó así lo afirma el sentimiento de un pueblo decidido á hacer de él la personificación humana de ese genio poético que anima á toda una raza, y que, cantando, soñando, gimiendo en estrofas que vibran sin dueño aparente, como el concierto de las tardes campestres, forma el grande y universal poema de esa raza, de su territorio y de su cielo.

Santos Vega es el astro que resplandece sobre ese inmenso poema: poeta y héroe de sus creaciones tan rápidas, como vibrantes é inesperadas, se asemeja á esos poetas de la India que actúan entre el luminoso cortejo de sus héroes legendarios, amados de los dioses, porque de ellos reciben la inmortalidad de una juventud eterna.

Santos Vega es la musa nacional que canta con los rumores de la naturaleza; Echeverría es el poeta clásico que recoge esa grandiosa poesía para elevarla y darle la forma de la cultura; Obligado es el heredero legítimo de esas riquezas deslumbrantes que iban desapareciendo de la memoria, arrastradas por los vientos tempestuosos del progreso que transforma las ruinas en palacios, porque él ha templado su lira al unísono con esa música vaga que adormece los espíritus, arrancada por manos invisibles de las cuerdas siempre tensas de nuestra espléndida tierra, y de nuestro clima saturado de inspiración. Su *Santos Vega,* esbozo radiante del gran poema de la pampa que se escribirá algún día, es la tradición del poeta legendario vencido por el poder superior de la civilización avasalladora, personificada en el Diablo, en ese Satanás eternamente joven, que parece ser el portador de las grandes evoluciones de la humanidad. Este es el sentido transcendental; pero la tradición en sí misma, escrita en la estrofa amada de su héroe, nos da una vez más el ejemplo del concepto que el hijo de la tierra se formaba del Espíritu de las tinieblas. El es la suprema inspiración, la suprema poesía, la suprema ciencia; y á pesar de que su conciencia religiosa le abomina y le condena, su criterio artístico le adora y le diviniza; porque el arte, ya cante las alabanzas del rey profeta en el salterio de oro, esculpa ó pinte una Dolorosa sobre las telas de Rafael, ó celebre en las estrofas inmortales de Milton y del Tasso los triunfos de la idea cristiana, ó ya erija un Olimpo sensual en el laúd profano de Homero, esculpa una Venus de Milo, ó arrebate y exalte el sentido en las

estrofas ardientes de Safo, siempre es la chispa, el relámpago encerrado en nuestro cerebro, que iluminando los horizontes humanos, nos acerca á la divinidad, porque es ese «algo de dioses» que cada hombre lleva en su ser.

Satanás en el poema de Obligado es una verdadera creación del arte nacional, una idea más grande que muchas de las que nos admiran y enceguecen en los rotundos períodos andradianos; una síntesis filosófica que bien puede llamarse la fórmula poética de nuestra evolución social; y quizá porque no aturde y ofusca los sentidos, y porque el espacio de su expansión ideal es el alma misma, no brilla como otras creaciones de nuestra literatura, con todo el fulgor de la popularidad que, no obstante, alcanzará más sólida y profunda, cuando la crítica se dirija hacia esos dominios del pensamiento.

El Diablo humanizado en Juan sin Ropa, un payador desconocido que aparece en la escena rodeado por un misterio que sobrecoge y suspende, es la poesía sobrenatural, es el genio superior á la raza, único que puede vencer y sepultar en la nada al poeta de la tierra. En la *payada* memorable de la tradición, su fuego divino se anuncia por secretos presentimientos que nublan la frente y el alma de Santos Vega, y que le hacen presentir su muerte. Pero oigamos algunas de estas décimas que parecen arrancadas al alma del desierto.

Turba entonces el sagrado
silencio que á Vega cerca,
un jinete que se acerca
á la carrera lanzado;
retumba el desierto hollado
por el casco volador;

y aunque el grupo en su estupor,
contenerlo pretendía,
llega, salta, lo desvía,
y sacude al payador.
Recién el rostro sombrío
de aquel hombre mudos vieron,
y observándole, sintieron
temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
y desenvuelto ademán,
y dijo: "Entre los que están
no tengo ningún amigo,
pero, al fin, para testigo
lo mismo es Pedro que Juan."
Alzó Vega la alta frente,
y le contempló un instante,
enseñando en su semblante
cierto hastío indiferente.
—Por fin, dijo fríamente
el recién llegado, estamos
juntos los dos, y encontramos
la ocasión, que éstos provocan,
de saber cómo se chocan
las canciones que cantamos.
Así diciendo enseñó
una guitarra en sus manos,
y en los raigones cercanos
preludiando se sentó.
. . . .

Y aquel extraño payador, abortado por la sombra, canta los *tristes* y los *cielos* de la pampa con encanto sobrehumano, arrancando á su guitarra diabólica sonidos que electrizan, gemidos que desesperan y nublan de tinieblas el alma, acordes que arrebatan y se derraman en el espacio, evocando los seres invisibles que lo pueblan, para agruparlos en torno suyo, suspensos de sus armonías de ultratumba.

Santos Vega le escucha con el corazón agitado por la influencia magnética de aquellos cantos desconocidos para él mismo, para él, que había penetrado en los más recónditos se-

cretos del arte, de la pasión, del cielo y del desierto de su patria, cuya alma y cuyas fibras llevaba en las suyas. La multitud extasiada que sirve de jurado en aquel certamen sublime, contiene, por amor á su poeta adorado, el grito del entusiasmo que fermenta en sus pechos inquietos, pero él comprende su derrota, porque admira á su enemigo, y le diviniza en su propia mente, y porque los más extraños prodigios le indican que su adversario no es un ser humano como él, sino que sus trovas son las irradiaciones de un genio divino bajado á la tierra para anunciarle su muerte; y exclama entonces, con la desesperación de la agonía, estas palabras que son el adiós sombrío y eterno de la musa de la pampa:

Santos Vega se va á hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
el momento de morir!

Algo como una niebla fúnebre se extiende sobre el desierto solitario, á medida que este adiós va dilatándose sobre la brisa de la tarde, quejumbroso como el lamento de la bordona de donde nació, hasta los últimos confines de su cielo amado, al mismo tiempo que la pupila centelleante del poeta nativo se clava por la vez postrera en los ojos de su querida, que tiene el instinto del amor y de la admiración hacia su poeta, como la rubia de Mágdala lo tenía para el sublime é inspirado Nazareno. La *prenda del payador* admira y ama con el alma inmensa del desierto; Magdalena admira y ama con el alma infinita de ese cielo azul que promete el Evangelio á las almas purificadas por la contemplación.

El payador se desvanece en el horizonte de nuestro cielo sin dejar más que un recuerdo, como rastro informe de su paso, mientras que su vencedor, convertido en serpiente de fuego, incendia hasta el ombú majestuoso donde tantas veces sus endechas se elevaron á la altura, y donde tantas veces los hijos de la llanura se apiñaron para adorarle y bendecirle con lágrimas que eran laureles tributados por el corazón de su patria.

El Diablo, por una concepción extraña, pero que entra en la índole de nuestra imaginación popular, es el instrumento elegido por la fatalidad para dar la muerte al payador legendario, cuya imagen, sin embargo, brilla sobre los horizontes de nuestra literatura y de nuestra tradición, como la estrella polar que marca á los poetas del presente y del futuro la senda que lleva á la creación de nuestra gran poesía nacional. Y es gloria del joven bardo argentino el haber levantado como bandera de combate, esa musa que nacida y creada con Santos Vega, resplandece con luz clásica en Echeverría, que será en el tiempo el refugio donde vayan á fortalecer sus arpas desfallecidas nuestros poetas filósofos, cansados de edificar sin fruto sobre cimientos prestados por civilizaciones ajenas.

El *Santos Vega* de Obligado es un modelo de la tradición nacional, á la vez que, como hemos dicho, el esbozo radiante del gran poema de la pampa borrado por el soplo de la transformación de la raza, pero que renacerá de las ruinas del pasado como las estatuas griegas después de la inmensa inundación de los pueblos del Norte. Porque las evoluciones humanas son como las capas de tierra que los

siglos amontonan sobre los escombros: el arado del labrador, que rasga el suelo para encerrar la semilla, tropieza algún día con un fragmento del mármol antiguo, y aquel fragmento es un relámpago que alumbra el pasado, y es la revelación de un mundo luminoso que proyecta sus rayos vivificantes sobre el futuro.

El poeta nacional del porvenir, evocando en sus canciones los recuerdos de la edad primitiva, será respondido algún día por «el alma del viejo Santos» que vaga eternamente en el espacio, como el ángel condenado de Klopstock, esperando ver abiertas las puertas de ese cielo tan deseado, donde se goza de la armonía que adormece los mundos, y donde se cantan las alabanzas místicas en las arpas divinas.

Pero he olvidado á mi Satanás, y es fuerza acudir á su llamado insinuante. El, como todas las divinidades del mundo ideal, tiene sus agentes en la tierra dotados de un reflejo de su poder sobrenatural, que extiende ó limita á voluntad según sus designios, y que distribuye sobre todos los puntos del globo, á manera de irradiaciones de su propia personalidad.

Los bosques solitarios y sombríos, las grutas oscuras de las montañas, las ruinas enmohecidas de las ciudades, se pueblan por la noche de una multitud de seres deformes, de heterogénea naturaleza y de espeluznante aspecto, que se arrastran en la tiniebla en pos del hombre incauto ó temerario que no respeta sus ritos misteriosos; que conocen las esencias maravillosas que obran sobre la vida y sobre las leyes físicas que rigen el mundo, transformándolas ó suspendiéndolas transitoriamente, mientras dura la ejecución de sus designios

satánicos; que engendran ese mundo confuso y tumultuoso de endriagos y de grifos, que en la vigilia ó en los sueños agitados ve la imaginación calenturienta, enroscándose como serpientes interminables en nuestro cuerpo, haciendo curvas indefinidas en el espacio de la mente; que con sus combinaciones de una química infernal crean un palacio aéreo, una montaña, un universo, en fin, para ofrecerlo á las almas cautivas de sus encantamientos, hasta que el Diablo las conduce al infierno, ó hasta que un santo protector las salva de sus garras inmundas; que por medio de inoculaciones invisibles, introducen en el organismo del hombre enfermedades asquerosas ó delirios feroces, hasta que el exorcismo sagrado las expulsa y purifica el cuerpo; que celebran sus sesiones tempestuosas como el fragor de las aguas interiores en las grutas de la montaña, el sexto día de la semana, y en las cuales deliberan sobre la suerte de los mortales, y resuelven el plan de sus operaciones diabólicas, prefiriendo para sus moradas las aldeas ó los suburbios de las ciudades, porque allí habitan las gentes sencillas más inclinadas á caer en sus seducciones arteras; que encarnan en la persona de alguna vieja desencajada y escuálida, de esas que parecen aves de rapiña, y que antes han sido iniciadas con toda solemnidad en los misterios del Aquelarre por un juramento eterno que las vincula á la causa común de Luzbel.

Las brujas son en todas las razas y en todos los países esos agentes del Espíritu maligno; las hubo en América entre los quichúas, los araucanos y los guaraníes; pero cuando el Satanás del catolicismo se radica en la tierra

conquistada, inunda nuestras aldeas, nuestros arrabales, nuestras montañas, toda la corte civilizada de la hechicería que hacía el espanto de los pueblos europeos, y de la que nos han quedado tradiciones innumerables que dan á conocer á fondo la tenebrosa institución (12). Ellas han desempeñado un rol trágico en la historia de las luchas religiosas de los tiempos modernos, y hubo una época en que sirvieron admirablemente á la Inquisición, para llevar á la hoguera millares de gentes inofensivas, bajo el pretexto de que servían á la falange sabática.

En las ruinas de los castillos medioevales, perdidas en las montañas y abandonadas del hombre, pululaban las brujas al lado de los pájaros nocturnos que anunciaban con sus graznidos siniestros la existencia del Aquelarre subterráneo, y esparcían el terror sobre las comarcas vecinas hasta convertir ese sitio en parajes vedados aún á la agrupación humana y al trabajo de la tierra.

Nada más propio de la imaginación de las tribus indígenas de América que estas creaciones fantásticas, que tan vivamente la hieren en su período primitivo; y es así que no tardaron en convertir sus hechiceros tradicionales que, según ellos, vivían en íntima comunicación con el Mal Espíritu, en las brujas de la cultura europea, que no eran sino una forma más pulida y una institución más sistemática que la de aquéllos. Pero parecen haber sido más propias de la civilización quichúa que

(12) Entre las leyendas más completas que la Europa conserva, y que la literatura ofrece sobre este asunto, se señala la de Nuñez de Arce, titulada *Sancho Gil*.

de la araucana y guaraní, porque aun hoy se conserva en las provincias andinas, hasta Mendoza, la misma superstición entre las gentes ignorantes de las campañas, que aun no han recibido un rayo de luz de la nueva educación social.

Yo mismo recuerdo que los criados de la casa me contaban las historias más extrañas y extravagantes de las brujas de mi pueblo, y aun hace poco tiempo había un anciano loco, á quien se le tenía por iniciado en los secretos de la *Salamanca*—que es el nombre que allí se da á la infernal institución,—y se señalaban como brujos de profesión algunos viejos del lugar.

He oído á ese mismo anciano, rodeado de un gran círculo de oyentes, referir con los detalles más minuciosos todas las ceremonias de la brujería; y me han llamado sobre todo la atención dos puntos del ritual de la iniciación, por lo que tienen de transcendental para averiguar el género de ideas que poseía aquella gente. Se cuenta que las pruebas más fuertes á que se sometía el neófito, eran: la primera, hacerle pasar con los ojos vendados sobre una larga y afilada cuchilla, debajo de la cual había serpientes y monstruos de todas formas, dispuestos á devorarlo si caía; y la segunda y definitiva, que había de escarnecer del modo más inmundo la imagen de un Cristo que se hallaba colocada en la extremidad de aquel puente terrible, pronunciando las blasfemias más asquerosas á que puede llegar el envilecimiento humano.

Sea que tan raras ideas fueran reminiscencias informes de antiquísimas sectas del viejo mundo, ó insinuadas por los misioneros para

hacer más odiosa á los naturales la institución de la hechicería, que practicaban con mucha generalidad, la verdad es que ella ha existido antes y después de la conquista bajo diversas formas, pero conservando la misma idea dominante, y que aun hay personas que creen en la existencia de tales seres maléficos.

De aquí ha nacido una gran cantidad de cuentos de brujas que tienen todo el colorido de esas narraciones fantásticas y tenebrosas, de que están llenas las literaturas europeas, y en especial la española; y no pocas veces se ha visto, en mi pueblo, al menos, algunos miserables ancianos que se entretenían en recoger objetos arrojados á los muladares, perseguidos y apedreados por la multitud, por creerlos ocupados en buscar los elementos para sus brebajes maravillosos.

Así, pues, las brujas tienen en nuestras tradiciones un rol importantísimo, y una parte no pequeña en la obra en que el Diablo se halla empeñado desde el principio del mundo; y así como el Dios del catolicismo se vale de sus santos para hacer sus milagros, Satanás tiene sus brujas para manifestar por su medio las fuerzas mágicas de su sombría ciencia.

IX

Están llenas de interés dramático y de novedosas aventuras las expediciones de los primeros descubridores de nuestro suelo, en busca del asiento donde debían levantarse las futu-

ras ciudades. Hay luchas memorables que ya la novela y la poesía han hecho imperecederas, y en las que se puso á prueba el valor temerario de los conquistadores, en frente del salvaje heroísmo de los nativos en defensa de sus hogares; y tanto más grande y profundo era su empeño en el combate, cuanto que veían á sus enemigos plantar los cimientos que demostraban el ánimo de perpetuarse en la posesión de sus tierras.

La fundación de las ciudades de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero, Salta y Rioja, está llena de episodios, ora trágicos y dignos de la musa épica, ora fabulosos y fantásticos, en que la imaginación del indígena se mezcla con el fervor de la creencia religiosa del vencedor, para rodear los hechos de circunstancias sobrenaturales. Unas veces los denodados expedicionarios emprenden verdaderas odiseas de sufrimientos á través de desiertos desconocidos, sembrando de cadáveres el camino; otras se traban encarnizadas luchas con la naturaleza misma, que parece complacerse en llenar de espantos y de presagios lúgubres aquellos espíritus hambrientos de reposo.

Los que descendían de Chile al oriente de los Andes, después de franquear los pasos que sólo las fieras ó los bárbaros transitaron, creyeron tal vez lugar aparente para el hogar de futuros pueblos, verdaderos páramos donde quizá encontraron un pasajero verdor que juzgaron durable, y aconsejados por la fatiga más que por la pericia ó la previsión, abrieron los cimientos de ciudades que más tarde debían ser esclavizadas por las fuerzas latentes ó visibles de la naturaleza, empeñada en des-

truir la obra del hombre, ó verse condenadas á un combate secular contra ella.

¡ Y cuánta influencia ha tenido sobre los destinos de nuestra nacionalidad aquella primera piedra colocada para servir de base á las ciudades del porvenir! ¡ Cuánta lucha, cuánto aislamiento, cuánta miseria se sembró en aquellos primeros surcos abiertos sobre esta tierra ignorada, de donde debían brotar algún día para derramar sus frutos en la historia! ¡ Cuántos gérmenes misteriosos que aun se mantienen ocultos y enterrados para aparecer más tarde, á medida que el progreso vaya agotando nuestros problemas internos, y descorriendo el velo de nuestros destinos insondables! Es necesario que un pueblo tenga siempre problemas vitales que estudiar, para mantener la energía y el vigor, porque el día que llegara á abarcar con su vista todas las causas de sus fenómenos sociales, el anhelo de la cultura, de la ciencia y del arte se vería satisfecho de una vez, y descansaría confiado sobre la cumbre las alas que nunca deben reposar.

Las ciudades fundadas á enormes distancias unas de otras, separadas por llanuras que parecen mares de arena donde el sol fermenta, levantadas en el aislamiento y en lo desconocido, fueron quizá la causa de que sus primeros moradores adquiriesen aquel dominio de sí mismos, aquel celo y aquella decisión por mantener el gobierno comunal que habían traído de España como una reliquia sagrada, y que era á la vez el germen remoto, aunque inconscientemente sembrado de la libertad colectiva y de la emancipación del país, en un porvenir más ó menos ignorado. Esa diseminación de los centros de sociabilidad hace más atrayente

y transcendental la averiguación de los esfuerzos hechos por unos y otros, para establecer la solidaridad de la suerte en medio de aquel abandono, donde parecían ante sus propios ojos, deportados peligrosos á la salud del espíritu público, que es necesario aislar é incomunicar del resto de la especie.

Llama sobre todo la atención del historiador y del filósofo cuanto se refiere á la fundación de la ciudad de Córdoba, centro de la vida municipal, social y religiosa de la colonia, y donde por causas especiales planteaban las bases del sistema social más uniforme y duradero. «¡Con cuánta regularidad se establece—dice Sarmiento,—por una serie de actos y de actas de que se trae y deposita copia en Córdoba, el origen y transmisión del poder civil á su Virrey en el Cuzco, primero á sus lugartenientes en la Provincia de Tucumán, Juries y Diagitas, hasta llegar el delegado de la corona que va á plantar el rollo, so pena de la vida al que lo quitase, en la que va á ser plaza de Córdoba de la Nueva Andalucía, por ser andaluz el delegado, y querer amar la nueva patria tanto como la que dejó á orillas del Guadalquivir! No se necesita pedir á la imaginación su pincel para trazar la escena, conmovedora por su simplicidad, majestuosa por el objeto, que en un pequeño espacio de las playas del río Suquia reune caballeros españoles, soldados y gran número de indios atraídos por la novedad del caso, de la toldería que está sobre la barranca, y que es hoy el pueblo de indios» (13).

Y todas aquellas ceremonias, hijas del dere-

(13) *Conflicto y armonías*, t. I. pág. 71.

cho de la época, por cuyo medio se da satisfacción cumplida á la justicia universal que preside las grandes evoluciones, tienen para nosotros, que estudiamos los orígenes de nuestra sociabilidad, toda la importancia que en la liturgia católica se da al bautismo: aquel acto solemne de la posesión de la tierra, de la colocación de la primera piedra de la nueva ciudad, es el bautismo del derecho y de la justicia caído sobre las sienes de los nuevos pobladores, rodeado del solemne misterio de lo desconocido que se extiende en sus horizontes físicos, y en los horizontes mucho más sombríos é insondables del porvenir!

No menos grandioso y admirable se destaca en aquel grupo de héroes la figura gallarda, cortada en el molde épico, de aquel capitán esforzado que la tradición ha levantado al rango de los inmortales, que sus contemporáneos designaron con el nombre de *Rayo de la Guerra,* que algún día la epopeya ornará con la luz inmarcesible de la poesía, y que fué el terror de las tribus salvajes que dominaron los valles donde hoy se asienta Córdoba: el capitán Tristán de Tejada es ese carácter legendario que lleva en sí algo del arrojo aventurero del Cid, y que al lado de otros de su temple, que blandieron su espada desde Méjico hasta Chile, componen la pléyade deslumbrante de personajes que la tradición de la conquista ha de perpetuar y de reunir en un cuerpo luminoso, para encanto, ejemplo y veneración de las edades.

Allí, en las páginas de Lozano, de Guevara y del Deán Funes, se narran con toda la ingenuidad sencilla de la crónica, y con todo el entusiasmo que comunica el fervor religioso, las

hazañas de aquel héroe contra los indios que combatían con el número, la desesperación y la astucia, y que él sabe destruir con arranques de valor que recuerdan á los tipos homéricos de España, cuando los Cides y los Pelayos detenían las invasiones musulmanas. Tejeda en su caballo, saltando en medio de la multitud conjurada para matarle, y dando muerte á dos de sus caudillos, poniendo en fuga despavorida á los rebeldes, brilla con la misma luz que el de Vivar sembrando el espanto en las filas del sectario de Mahoma con su caballo, su espada y su figura inmortales; sus expediciones al desierto, donde llegaba descubriendo caminos abruptos y dominando pueblos, hasta encontrar los soldados que seguían á Ramírez de Velasco, recuerda las hazañas de los generales romanos, yendo á plantar el águila imperial en las soledades de Germania. La musa épica, la romancesca y tradicional recogerán algún día sus proezas para asombro de la posteridad, así como las de tantos otros que sobrepasaron en valor y temerario arrojo á sus más célebres antepasados.

Ramírez de Velasco, después de una peregrinación dolorosa que constituye por sí sola una odisea, llega á las faldas de la montaña que lleva su nombre, y allí plantea los cimientos de la ciudad de la Rioja, en una comarca célebre en las crónicas incásicas por sus minas tan llenas de oro, plata y demás metales útiles, como por sus leyendas fabulosas, que en nada ceden en interés y en poesía á las de las montañas escocesas ó germánicas; y como todo ha de escudriñar el narrador de sucesos antiguos, hará la luz sobre los móviles lucrativos del ilustre general, que le hicieron enclavar allí

su ciudad, como ahogada de un lado por un desierto ardiente y desolado, y por el otro, oprimida por una montaña que le cierra el horizonte donde se pone el sol; y habrá de leer el contrato celebrado entre el gobernador y el capitán Blas Ponce, según el cual éste «debía *ir á la provincia de los diaguitas á poblar y fundar en ellos una ciudad, hacer cementeras, descubrir y sostener minas públicas y sabidas de oro, plata y azogue,* y hasta lanzarse en el mundo fantástico de *los enterramientos, de las guacas y ofuscamientos del sol,* tras aquellos tesoros cuyo incentivo volvió, por lo menos, más ferviente el afán religioso de los conquistadores, *por traer en conocimiento de Dios nuestro Señor los muchos millones de ánimas que en esta Provincia carecían de la predicación del Santo Evangelio*» (14); habrá de referir las luchas sangrientas mantenidas entre el conquistador que buscaba repartir la tierra con sus yacimientos codiciados y sus moradores, á modo de tributo personal, y aquellos mismos seres humanos que peleaban como fieras, haciendo fortalezas del granito de sus cerros, y causa común la defensa del hogar donde nacieron y vivieron libres y felices desde los tiempos oscuros en que reinaron los dioses sobre su tierra.

Si hemos de dar crédito á los relatos de Lozano y otros cronistas de Indias, ninguna nación indígena se defendió con más bravura y denuedo, ni resistió tanto tiempo á las armas españolas, como aquella que, perteneciendo al gran imperio quichúa, se mantenía en las mon-

(14) MARDOQUEO NAVARRO. *Carta á los directores de «La Revista de Buenos Aires»,* t. XXIII, p. 5 y sig.

tañas de Famatina, como en un baluarte eterno, llegando hasta imponer un martirio atroz al jesuíta fray Antonio Torino que predicaba la sumisión (15); aunque, en verdad, la venganza llevada á cabo por el general Jerónimo Luis de Cabrera en la persona del cacique Coronilla, atándolo á cuatro potros salvajes (16), deja muy atrás en barbarie á las tribus más sanguinarias del centro de Africa. La guerra fué de exterminio y de venganza mutuos; y como tal, se llevó la ferocidad y el heroísmo á sus límites extremos: triste presagio de las matanzas que más tarde debían manchar aquel mismo suelo con la sangre de ciudadanos de un pueblo independiente, en plena guerra civil, que parecía ensañarse con más furor en él que en sus hermanos, y que ha dejado ejemplos memorables de abnegación humana, donde las mujeres se revisten del heroico valor de Esparta en defensa de sus hogares incendiados ó mancillados por la barbarie civilizada. ¡De tal modo la fatalidad ha querido poner á prueba aquel fragmento de nuestra patria, que muchas veces ha llegado á convertirse en un fúnebre montón de ruinas que clamaban al cielo!

Pero hagamos á un lado estas horribles tragedias de sangre que un día alimentarán la literatura nacional, y veamos como las instituciones municipales transplantadas de España, y legadas á cada ciudad como esencia de su misma vida, influyeron en el temple de nuestros primeros pobladores y en la sociabilidad del futuro. Porque no hay duda que ese precioso legado de libertad comunal, constituyen-

(15) Lozano, t. iv, pág. 434 á 438.
(16) Lozano, t. iv. pág. 462.

do un hábito de la raza conquistadora, debía arraigarse en su nueva patria, y sembrar los gérmenes fecundos de la libertad política, puesto que, como dicen los jurisconsultos, ella es la escuela primaria del gobierno propio.

Allí, en esas luchas de reducido escenario, en las que se debatía la suerte de una pequeña agrupación, debieron estallar, y estallaron antagonismos colectivos, que bien pueden llamarse los partidos de un pueblo libre, representados por hombres que encarnaban los afectos de las mayorías, y que éstos querían ver dirigiendo los resortes de su sociabilidad; y como cada cabildo conservaba sus prerrogativas propias y su autonomía electiva, la fórmula del propio gobierno local se hallaba planteada, y tocaba desarrollarla á los descendientes en las evoluciones de su propia vida interior.

Nacían del mismo modo, y por el mismo hecho, esos afectos inherentes al hombre por el suelo donde levanta su hogar y donde nacen sus hijos; y esos afectos, que parecen ser como el vínculo natural que une la planta al suelo, son los primeros elementos que constituyen el gran sentimiento colectivo de la nacionalidad, sin que sean parte á destruirlo ni las más enérgicas represiones del soberano que ve de lejos crecer el árbol plantado para sustento de su corona, ni las arbitrariedades legales tendentes á cortar las raíces por temor de perder la influencia del sentimiento patrio originario. Y como el hogar es el primer esbozo de la patria, y como la patria es la suma de sentimientos que muchos hogares reunidos despiertan en la masa social, obligados á evolucionar en unión

y concordia, la idea de la nación y del gobierno propio aparece sobre el conjunto; y esta idea, desprendida espontáneamente de cada uno, sigue su evolución natural hasta convertirse en el hecho visible.

Ese hecho es la organización constitucional, formada de la suma de relaciones creadas libremente por la naturaleza de las razas, por sus sentimientos, por sus ideales sociales y religiosos, cuando han sido reunidos en un mismo espacio para vivir en comunidad. Así, los primeros municipios establecidos en nuestra tierra son el hecho más transcendental de la historia nacional, por la doble razón de haber sido la semilla de nuestra emancipación, y la primera y más simple fórmula del gobierno que habíamos de consagrar para siempre con la sangre de nuestros héroes, en una Constitución que condensa todo el fruto de la civilización humana.

Pero no sólo en este aspecto transcendental de nuestra historia encuentra la tradición nacional campo inmenso para sus investigaciones minuciosas; tiene un horizonte más risueño y ameno, más limitado y liviano en las costumbres que nacen de semejante organización social; porque cada acontecimiento comunal, girando alrededor de un hombre, de un carácter, como en torno de su eje central, se presenta revestido con todos los colores que las pasiones, los caprichos, los sentimientos y hasta los defectos de ese hombre reflejan sobre él, y de ahí el aspecto trágico, cómico ó fabuloso con que la tradición remota de aquellos tiempos suele venir marcada. El alcalde de Zalamea sería el tipo perfecto de la virtud cí-

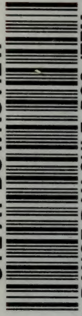
vica, que consigue levantar la humilde investidura al nivel de la corona, así como hay otros que han servido para dar alimento abundantísimo al ridículo, en la fecunda comedia española del siglo de Calderón. Y es de notar que en las tradiciones de la vida comunal, tanto en España como en América, las notas dominantes son la amenidad y el ridículo; y es admirable el provecho que sacaron de ellas los tradicionistas que, como Ricardo Palma, han llegado á ser eximios en este género de trabajos literarios.

Nunca lamentaremos los argentinos como merece la desaparición de los libros capitulares de muchos de nuestros antiguos cabildos, donde quedó escrita la historia del desenvolvimiento social de nuestras ciudades, y donde el tradicionista hubiera encontrado la fecunda mina de sus relatos, y no pocos caracteres verdaderamente dignos de ser perpetuados por la leyenda, sea por sus altas virtudes, sea por sus genialidades cómicas. Los vientos de nuestras vicisitudes políticas han dispersado aquellos preciosos libros que encerraron tanta historia palpitante, tanta noticia transcendental, tantos caracteres salientes y originales, cuyos relatos hubieran iluminado los tiempos medios, envueltos hoy en la penumbra de tres siglos.

He ahí por qué la tradición argentina de esos tiempos, con excepción de la de Buenos Aires, Córdoba y Santiago, pasa en silencio sin referirnos los dramas sociales desenvueltos bajo la influencia de esas instituciones, y sí sólo versa sobre aquellos acontecimientos en que fueron actores los soldados, los sacerdotes, los seres fabulosos, y hasta el Diablo,

cuya personalidad se destaca en la larga sucesión de nuestra historia tradicional con toda la magia de sus hechizos, de sus intrigas y de sus aventuras, iluminados por el resplandor rojizo de su cavernoso reino.

FIN DEL TOMO PRIMERO


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 22 08 16 011 3